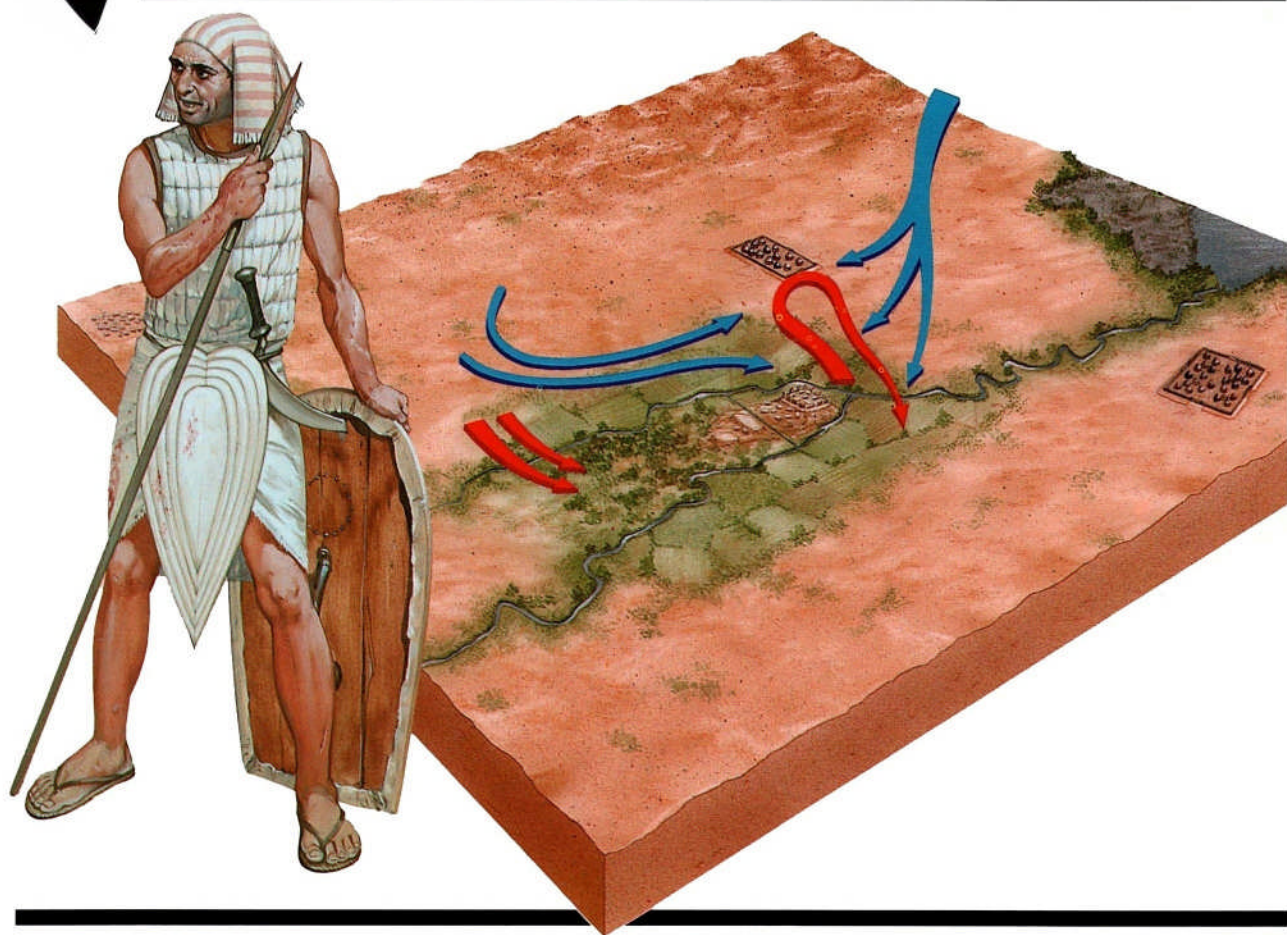


QADESH 1300 a.C.



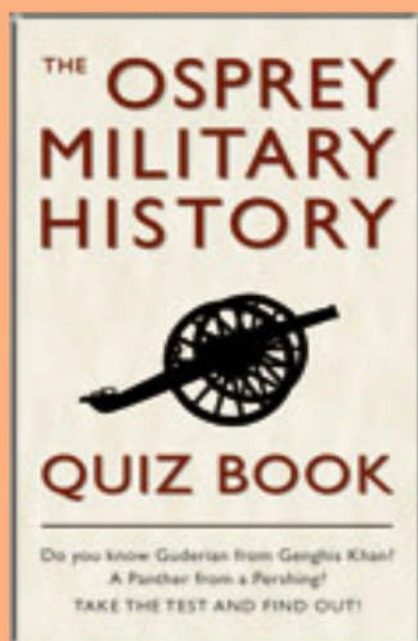
LA BATALLA DE LOS REYES GUERREROS

BATALLAS DE LA HISTORIA 29

QADESH 1300 a. C.

LA BATALLA DE LOS REYES GUERREROS

MARK HEALY



ÍNDICE

Introducción	02
Siria: Campo de batalla del Antiguo Oriente	
Medio	05
Amurru: El método estratégico	05
Suppiluliumas el Grande	07
Las campañas de Seti I	08
Ramses II y Muwatallish	10
Los ejércitos enfrentados	15
El poderío de Hatti	17
Faraón, ejército y estado	27
El ejército de Ramsés	30
El ejército de campaña	32
Las armas combatientes	34
Organización: La infantería	37
El arma de carros	39
La Batalla de Qadesh	44
Engaño	45
¿Qué pasó con los hititas?	53
El avance de P'Re	53
Se entra en combate	55
El asalto hitita	57
Primer <i>Excursus</i>	64
La segunda oleada hitita	75
Segundo <i>Excursus</i>	82
Consecuencias	89
Cronología	95

INTRODUCCIÓN

Una idea de la fascinación ejercida por la batalla de Qadesh la da el hecho de que casi tres milenios y cuarto después del acontecimiento continúa excitando el interés tanto del estudioso como del lego. No es sorprendente que esto sea así, ya que este enfrentamiento entre dos ejércitos fue el penúltimo acto de un drama cuyas escenas iniciales se desarrollaron durante los conflictos y rivalidades existentes entre las grandes potencias que caracterizaron la lucha por el dominio de Siria en el Antiguo Oriente Próximo durante los siglos XIV y XIII a. C. Es la esencia de los debilitados y decadentes imperios y reyes que, dominando su tiempo como colosos, fueron los últimos practicantes de una forma

de guerra que pronto quedaría eclipsada por la aparición de la Edad de Hierro.

Qadesh es la primera batalla de la historia de la humanidad cuyo transcurso puede ser reconstruido con gran detalle de manera fiable. Consecuentemente ha sido descrita con frecuencia en muchas obras sobre la guerra y la historia antiguas. Una característica notable de estas narraciones es que todas ellas ofrecen una descripción casi uniforme de la batalla. Todos estos relatos comparten una lectura casi literal y generalmente poco crítica, así como la aceptación de la veracidad de las fuentes del *Rameside* y de sus traducciones en todo lo concerniente a la exactitud filológica, las cuales

► Durante la 2ª mitad del segundo milenio el antiguo Oriente Próximo fue testigo de una prolongada y a veces dura contienda entre las grandes potencias de la época en su disputa por el control de Siria. Durante ese período el reino de Egipto había mantenido un permanente interés en la región, luchando primeramente contra el reino de Mitanni y, desde mediados del siglo XIV en adelante, contra su sucesor en Anatolia, el imperio hitita. Aunque empujados por intereses nacionales diferentes, los tres reinos compartían el común deseo de controlar la región a fin de explotar su gran riqueza material y el inmensamente beneficioso comercio internacional que había convertido Siria en el punto de encuentro del mundo antiguo. El reino del Nilo había tenido siempre un gran interés en esa región, y hay pruebas de la existencia de comercio con Byblos que llegan a tiempos tan lejanos como la Primera Dinastía. Sin embargo, el hecho característico que marcó el interés de Egipto en el Levante durante el período del Nuevo Reino (hacia 1565-1085) surgió a raíz de la expulsión de los invasores de Hicksos en el siglo XVI. El desarrollo de una estrategia militar defensiva consistente en la presencia y el mantenimiento del poder militar egipcio hasta lugares tan lejanos como Siria fue considerado como el mejor medio para garantizar la seguridad de las fronteras orientales. Aunque el poder militar fue la base del imperialismo egipcio en Canaán y el Levante, durante todo el Imperio Nuevo siempre se trató de una política minimalista. La preocupación más importante era la de garantizar el pago regular de los tributos por parte de los estados vasallos del imperio y en tanto que esto fue así, los gobernantes del Nilo mantuvieron las riendas sueltas en sus provincias asiáticas. Los pequeños estados del interior del «imperio» eran libres para llevar a cabo sus propias guerras de aniquilamiento; pero sus alianzas eran inconstantes y cuando las

grandes demostraciones militares no estaban próximas para recordarles a quién debían fidelidad, conspiraban con los enemigos de Egipto para sacudirse el yugo del faraón. Primero Mitanni y más tarde Hatti trataron de socavar el poder de Egipto en Siria central. En aquellos lugares donde había inestabilidad debido a que las fronteras no estaban bien definidas o a que había litigio entre las esferas de interés de las grandes potencias, allí había una oportunidad que los reinos vasallos aprovechaban para crear conflictos, enfrentando una potencia contra la otra. La prolongada campaña militar de Tuthmosis III en el norte de Siria tuvo como objetivo asegurar el permanente control egipcio en la región, sin embargo, aquel no pudo ser mantenido debido a que Siria se encontraba a más de 600 millas del Reino del Nilo. La permanente e importante presencia militar requerida para conservar una gran influencia egipcia en la región era un precio que aquellos no estaban dispuestos o en condiciones de pagar. La resolución de este largo conflicto con Mitanni mediante un tratado, durante el reinado de Tuthmosis IV determinó las fronteras entre los dos imperios y proporcionó tres generaciones de paz. Con el derrocamiento de Mitanni por los hititas a mediados del siglo XIV el problema resurgió de nuevo. La reticencia de los últimos faraones de la XVIII Dinastía para utilizar el poder militar en Siria determinó que la influencia y los territorios egipcios cayeran ante las conquistas hititas. Sin embargo, con la llegada de la XIX Dinastía se comenzó una nueva política como consecuencia del resurgimiento de un poder militar que tenía por finalidad reforzar el control de Egipto en sus posesiones asiáticas y finalmente recuperar los territorios «perdidos» de Siria central.

han recibido prioridad sobre las reconstrucciones de la batalla que toman seriamente las contingencias de las guerras que tuvieron lugar a finales de la Edad de Bronce. Dado que este número de «Batallas de la Historia» adoptará un punto de vista diferente acerca de lo ocurrido en Qadesh al considerar seriamente estos aspectos de la guerra, es necesario hacer una introducción para ofrecer una síntesis acerca de las narraciones tradicionales sobre la batalla. Esto permitirá al lector comprobar que el análisis crítico y el relato de los sucesos contenidos en este libro hacen una interpretación marcadamente diferente de los aconte-

cimientos que tuvieron lugar en Siria hace más de tres mil años.

Esencialmente, un resumen de las narraciones contenidas en la mayor parte de los textos nos llevaría a lo siguiente: el ejército (E.) de Ramsés II avanzó hacia la ciudad de Qadesh dividido en cuatro cuerpos de ejército (CEs.). El faraón se encontraba en el CE. de Amón, que iba a la vanguardia del E. egipcio. Tras cruzar el río Orontes para iniciar su aproximación a la ciudad desde el sur, dos beduinos al servicio de Hatti hicieron creer al incauto Ramsés que el E. hitita se encontraba al norte, a muchas millas de distancia. Ramsés, creyendo

La contienda por Siria



que había ganado terreno al rey hitita, Muwatallish, y pensando por tanto que contaba con una ventaja estratégica sobre su enemigo, ordenó a Amón que continuara avanzando hacia la ciudad sin más demora. Establecido su campamento al noroeste de Qadesh, el faraón se vio muy sorprendido al descubrir que el E. hitita no solamente había llegado antes, sino que además estaba desplegado para la batalla y oculto detrás del gran montículo sobre el que se había construido la ciudad de Qadesh.

Tras enviar a su Visir para avisar al 2º CE. de P'Re



▲ Considerado por muchos como el más grande de todos los faraones de Egipto, Tuthmosis III (1504-1450) labró el imperio egipcio en Canaán y el Levante. Bajo su égida, el E. egipcio se convirtió en la máquina de guerra más

grande de su tiempo y el Reino del Nilo en la mayor potencia de su época. Sus logros espolearon las ambiciones guerreras del joven Ramsés II, que quiso emular las de su gran antepasado de la XVIII Dinastía.

(El Re) que acudiera rápidamente, fue rodeado y víctima de una emboscada mientras cruzaba la llanura de Qadesh. El cuerpo de E. al completo se desintegró lleno de pánico mientras que una fuerza de 2.500 carros de guerra hititas que habían estado esperando al acecho cruzaron un vado del Orontes y se abalanzaron sobre la columna egipcia. Las huestes hititas giraron seguidamente hacia el norte para atacar el campamento de Amón. Muchos soldados hititas, después de atravesar la muralla de escudos, sucumbieron a la tentación de saquear el campamento. Lo mismo que P'Re, gran parte de las tropas de Amón, presas del pánico, abandonaron a su suerte a Ramsés. A pesar de todo, el faraón, poniéndose la armadura, saltó a su carro y, casi en solitario, contuvo a los carros hititas infligiéndoles cuantiosas pérdidas. El monarca hitita, observando el campo de batalla y rodeado por su infantería (Inf.) que aún no había participado en la batalla, dio la orden de que 1.000 carros más acudieran en ayuda de la primera oleada que, para entonces, y gracias al valor de Ramsés, se encontraban en una terrible situación. En el momento en que los refuerzos hititas llegaban al campo de batalla, el faraón fue salvado por la llegada de las tropas de Naharin. Éstas consistían en un cuerpo que previamente, de manera desapercibida para los hititas, había destacado el faraón del grueso principal del E. egipcio ordenándole efectuar la aproximación a Qadesh desde el norte. A su llegada, Ramsés pudo repeler el ataque hitita. Muchos jefes hititas y guerreros aliados yacían muertos en la llanura y muchos más fueron perseguidos hasta Qadesh o sufrieron la humillación de verse obligados a atravesar a nado el río Orontes para escapar a la ira de Ramsés. Algunas narraciones consideran que el combate continuó hasta el día siguiente, pero que, como consecuencia de la bravura del faraón y de las terribles pérdidas ocasionadas a los carros hititas, ese mismo día Muwatallish ofreció a Ramsés una tregua que fue aceptada, retirándose ambos ejércitos a sus respectivos territorios.

Estos son los elementos esenciales de la batalla de Qadesh tal y como es normalmente presentada. Si bien este libro acepta la mayor parte de lo anterior como marco, hay bastantes anomalías en las fuentes del *Rameside* que han de ser tenidas en cuenta. Cuando éstas son analizadas desde una perspectiva militar y no lingüística, ofrecen la posibilidad de hacer una narración diferente de la batalla de Qadesh. Sin embargo, tal narración requiere comprender los antecedentes de esta batalla, que se encuentran en el ámbito más amplio, de la compleja política internacional de las grandes potencias de la época, y en las relaciones con los

reinos vasallos, pequeños pero imprevisibles, del antiguo Oriente Próximo.

Siria: Campo de batalla del Antiguo Oriente Próximo

El continuado interés de las grandes potencias del Oriente Próximo por Siria se debía a sus deseos de dominar y explotar los recursos económicos y el comercio de la región. Durante este período Siria era el punto de encuentro del comercio mundial. Las mercancías procedentes del Egeo y de los territorios más lejanos entraban en el Oriente Próximo a través de puertos tales como Ugarit, cuyos buques dominaban el comercio marítimo en el Mediterráneo oriental. Excavaciones submarinas efectuadas en barcos de los últimos tiempos de la Edad de Bronce, tales como el descubierto cerca del cabo Gelidonio, cerca de la costa sur de Turquía, muestran una extraordinaria gama de las mercancías que transportaban entre las que se encuentran cobre, estaño, productos químicos, herramientas, lingotes de vidrio, marfil, loza fina, joyas, artículos de lujo, madera, productos textiles y alimenticios. Estas mercancías eran a continuación distribuidas por todo el Oriente Próximo, a través de una amplia red de rutas comerciales. Desde el este y el sur, estas mismas rutas terrestres eran utilizadas por los mercaderes que traían materias primas tales como metales preciosos, estaño, cobre, lapislázuli, y otras mercancías desde lugares tan lejanos como Irán y Afganistán, para comerciar con ellos en el emporio de Siria. Con su inherente fertilidad y riqueza en recursos naturales, Siria ofrecía, por tanto, mucho a las potencias depredadoras que buscaban utilizar tal riqueza en su propio beneficio. Hace treinta y tres siglos potencia «mundial» era sinónimo de control de Siria, por lo que no es de extrañar que durante casi 200 años las «grandes potencias» de Egipto, Mitanni y Hatti gas-taran mucha sangre y riquezas en guerras cuya finalidad era asegurarse el control de esta estratégica región. Si bien lo anterior nos proporciona el telón de fondo sobre las motivaciones de las grandes potencias en Siria en general, es posible, dentro de este contexto más amplio encontrar una serie de acontecimientos específicos que culminarían en la batalla de Qadesh.

En la primera mitad del siglo XIV, el reino hitita bajo el mando de su vigoroso monarca Suppiluliumas inició una demolición sistemática y muy fructífera de la posición del reino de Mitanni en el norte de Siria. El resultado inmediato fue el fin del *status quo* internacional que se había logrado en la región a raíz del tratado de paz entre Egipto y el

reino de Mitanni, que se había establecido durante el reinado de Tuthmosis IV (1425-17) dos generaciones antes. Ciertamente había sido un resurgimiento, si bien intermitente, del poder del Reino de Anatolia el que había promovido el acercamiento entre las dos potencias rivales tras muchas décadas de guerra en Siria. Este tratado fue bueno para los intereses de ambas potencias en esa época ya que Egipto, a pesar de los prodigiosos esfuerzos militares de Tuthmosis III y de su hijo Amenophis II, había sufrido una pérdida progresiva de territorios en esa región a manos de Mitanni. Éste, a su vez, como consecuencia del resurgimiento de su cercana y poderosa vecina Anatolia, se encontraba ante una próxima perspectiva de tener que soportar una guerra en dos frentes. Considerando las diversas alternativas, Saussatar, rey de Mitanni, decidió eliminar el frente sur aproximándose al reino del Nilo, con una oferta formal de «hermandad» que garantizaría el cese de las hostilidades en Siria, y establecería una alianza entre Mitanni y Egipto. Existían muchas razones para creer que este tratado fue considerado muy interesante por Egipto. Poco después del año décimo del reinado de Amenophis II, «...los jefes de Mitanni llegaron hasta él, con sus tributos a las espaldas, en busca de la paz de su Majestad».

El tratado se firmó finalmente durante los reinos de los respectivos sucesores de ambos reyes, cuando Tuthmosis IV contrajo matrimonio con la hija de Artatama de Mitanni. La cuestión más importante acordada por ambas partes fue la demarcación clara de las fronteras entre los dos imperios en la Siria central. Si bien no se ha encontrado ninguna copia del tratado propiamente dicho, los detalles específicos de la frontera pueden deducirse a partir de documentos posteriores (ver el mapa de la página 10). Sin embargo, reconocía las pretensiones de Egipto sobre Amurru, el valle estratégicamente vital del Eleuterio, y Qadesh. La formalización de estas fronteras, conllevaba el cese de las reclamaciones egipcias a los territorios que una vez pertenecieron a su dominios imperiales por virtud de las conquistas de los reyes Tuthmosis I y III. En esencia, los límites que finalmente fueron acordados son los existentes entre Egipto y Mitanni a la muerte de Amenophis II. Su significación real para el reino del Nilo yace en la forma en que durante los siguientes 200 años, hasta el reinado de Ramsés II, quedarían impresas en las mentes egipcias como fronteras fijas y permanentes. De hecho, la asunción de que esos límites marcaban las verdaderas fronteras del imperio del Nilo significaba que Egipto probablemente adoptaría todas las medidas necesarias contra cualquier potencia que intentara invadir las.

La frontera entre Egipto y Mitanni en Siria después del tratado, hacia 1417 a. C.



En las décadas siguientes, Mitanni y Egipto se beneficiaron de los dividendos de esta duradera paz. Durante este período la riqueza y prosperidad del nuevo reino de Egipto alcanzó su apogeo. Los tributos llegaban a raudales desde sus posesiones cananitas y las seguras fronteras con Mitanni permitían un libre movimiento de mercancías a lo largo de las rutas comerciales. Esta relativa tranquilidad duró tres décadas en las que todo el territorio del Creciente Fértil se hallaba aparentemente en paz como consecuencia del eje formado por las grandes potencias de Egipto, Mitanni y la Babilonia Kassita.

Amurru: El paso estratégico

Para acceder a sus territorios de la Siria central en el Orontes desde los puertos costeros, los egipcios tenían que utilizar el pasillo terrestre formado por el valle Eleuteros que discurría a través del territorio conocido coloquialmente como «Amurru». En épocas pasadas los ejércitos egipcios habían atravesado el valle Eleuteros antes de proceder al asalto de las posesiones de Mitanni en el norte de Siria. Aunque no puede negarse la importancia estratégica de esta ruta, su permanencia en las manos egipcias dependía a su vez de la posesión por parte del reino del Nilo de la ciudad de Qadesh, a orillas del Orontes. Qadesh estaba situada de tal manera que no solamente dominaba el extremo occidental del valle Eleuteros, sino que se encontraba en medio de la ruta de invasión egipcia a la llanura de la parte norte de Siria. Cualquier intento de atraer esta zona dentro de los límites del imperio del Nilo suponía la posesión de Qadesh por los egipcios. Tras el tratado de paz con Mitanni, Egipto dejó de

considerar estas posesiones en tales términos estratégicos al haberse acostumbrado sus dirigentes a no contar con los antiguos territorios del norte de Siria. Sin embargo, estaba claro que si en el futuro Egipto reanudaba sus aspiraciones imperiales sobre aquella región, esa importancia estratégica volvería de nuevo a primer plano. Fue precisamente la importancia de Qadesh y de Amurru y su posesión, la que ocasionaría el definitivo conflicto entre Egipto y Hatti.

La precisión con la que los territorios de Mitanni y Egipto fueron formalmente demarcados por el tratado, fue lo que ocasionó la gran duración del período de paz entre ambas potencias. El asentamiento de reinos vasallos fronterizos eliminó las fuentes potencialmente conflictivas entre ambos imperios. Sin embargo, la aparición de una entidad política que se hacía llamar «Amurru», durante el reinado de Amenophis III, ocasionó grandes problemas tanto a Egipto como a Mitanni. Teóricamente era una posesión egipcia, por lo que Amurru no era considerada por ninguno de los dos imperios como un reino legítimo, ya que no existía cuando se concluyó el tratado de paz. A pesar de todo, bajo el vigoroso liderazgo de un tal Abdi-Ashirta, y posteriormente de su hijo Aziru, los heterogéneos habitantes de la región, adquirieron cierta coherencia política que les permitió a finales del siglo XIV crear un reino que ocupaba los territorios situados entre el mar Mediterráneo y el valle del Orontes. No hay ninguna duda de que Abdi-Ashirta y su hijo fueron muy astutos y políticamente ingeniosos, aunque individualistas. Mientras que aparentemente profesaban lealtad y fidelidad a su señor Amenophis III de Egipto, Abdi-Ashirta se aprovechaba de la relativa indiferencia del reino del Nilo acerca de sus posesiones imperiales, para expandir su reino. La ausencia de una presencia militar egipcia eficaz en esa región permitió a aquel imponer su voluntad sobre los territorios limítrofes, algunos de los cuales apelaron en vano a Egipto buscando ayuda para combatir a este hombre fuerte.

Una idea de las dificultades que Amurru ocasionó a las grandes potencias la ofrece el hecho de que Mitanni consideró necesario emprender una acción militar para controlar a este teórico «vasallo» egipcio. Egipto, finalmente, reaccionaría también y envió una expedición militar; el problema de Amurru quedaría eliminado temporalmente a causa de la muerte de Abdi-Ashirta; sin embargo, las cosas habían trascendido ya a una esfera superior lo que supondría el principio del fin del acuerdo vigente durante varias generaciones entre Egipto y Mitanni, y en ese proceso, la creación

◀ *El aspecto más importante del tratado que determinó la «hermandad» entre Egipto y Mitanni fue la demarcación clara de sus respectivas fronteras imperiales en Siria. Aunque la aceptación de éstas exigía que Egipto renunciara a sus pretensiones sobre las ciudades y territorios (ver área en el mapa) que habían caído dentro de sus dominios durante los reinados de Tuthmosis III y Amenophis II, en realidad había estado perdiendo terreno frente a Mitanni en estas regiones durante algún tiempo. Esta clara demarcación*

evitó a Egipto la necesidad de efectuar demostraciones militares para convencer a sus vasallos sirios de que permanecieran siendo leales, ya que ambas potencias habían acordado no socavar sus respectivas esferas de influencia. En consecuencia, ningún E. egipcio hizo campaña en Siria durante aproximadamente sesenta años después de la firma del tratado. Esta estabilidad solamente sería socavada cuando los hititas iniciaron la destrucción de la posición de Mitanni en el norte de Siria.



◀ Si bien ahora se sabe con claridad que el imperio egipcio en el Levante se derrumbó durante el reinado de Amenophis IV, más conocido como Akhenatón (1353-35), importantes territorios se perdieron ante el resurgimiento del imperio hitita, bajo su dinámico rey Suppiluliumas. Aquellos fueron la ciudad de Qadesh a orillas del Órontes, posesión egipcia desde los tiempos de Amenophis II, y el paso estratégicamente importante de Amurru.

de las condiciones para el resurgimiento de Amurru.

Suppiluliumas el Grande

No es este el lugar adecuado para examinar con detalle la toma del control del norte de Siria por los hititas, sino de ver cómo sus consecuencias afectaron a las relaciones entre Egipto y Hatti, y cómo éstas a su vez culminaron en la batalla de Qadesh.

La ascensión al trono de Suppiluliumas puede ser fijada aproximadamente hacia el año 1380. Parece ser cierto que éste llegó al trono decidido a ejercer las pretensiones hititas sobre Siria, ya que las hostilidades con Mitanni se rompieron poco

después. En su primera campaña siria conquistó los estados de Alepo, Alalakh, Nuhashshe y Tunip situados al norte de Siria. Un intento hecho por Mitanni en la década siguiente para recuperar el control sobre sus antiguos vasallos, ahora vinculados a Hatti por un tratado, fue considerado por el monarca hitita como un *casus belli*, por lo que se lanzó a la segunda guerra siria y, declarando rebeldes a los antiguos reinos vasallos de Mitanni, Suppiluliumas cruzó el río Éufrates y entrando en el territorio de Ishuwa marchó directamente hacia el sur y, tras sorprender completamente a Mitanni, la atacó directamente en una campaña rapidísima, ocupó y saqueó su capital Washukkanni. Girando al oeste, el monarca hitita volvió a cruzar el Éufrates y

penetró en Siria, su verdadero objetivo, llegando hasta el sur de Carchemish.

Una vez vencido el poder de Mitanni, los restantes estados de Siria fueron cayendo ante él uno tras otro. Suppiluliumas los relaciona así: Alepo, Mukish, Niya, Arakhtu, Qatna y Nuhashshe (ver mapa 3). Egipto había visto también cómo perdía el control de la gran ciudad comercial de Ugarit y la vital posesión estratégica de Qadesh. El que todo esto ocurriera sin que se produjera una respuesta militar por parte del reino del Nilo merece alguna consideración. El que el faraón no acudiera en ayuda de su antiguo aliado se cita frecuentemente como una prueba del desinterés de Amenophis IV (en adelante Akhenatón) por su imperio asiático. Sin embargo, desde el ventajoso punto de vista de El Amarna, las cosas no se percibían de la misma forma. A pesar de las obligaciones del tratado, los primeros años del reinado de Akhenatón habían visto cómo se enfriaban las relaciones con Mitanni, y poco importaba a Egipto quién ocupaba Siria del Norte en tanto que las fronteras con el reino del Nilo fueran respetadas. En este aspecto parece ser que el astuto monarca hitita había dejado claro de antemano que su campaña estaba dirigida únicamente contra Mitanni y sus posesiones sirias.

De hecho, la ocupación de Qadesh por los hititas no había sido intencionada, sino consecuencia del intento hecho por el rey de Qadesh, que creía actuar en defensa de los intereses de su Señor egipcio, de bloquear el avance hitita hacia el sur. Derrotado en la batalla y tomada la ciudad, los dirigentes de Qadesh, incluyendo su rey y su hijo Aitakama, fueron llevados a Hattusas. Ahora los hititas tenían en sus manos una importante posesión y el que la retuvieran o no, sería considerado por Egipto como la prueba de fuego de las verdaderas intenciones de Hatti. El retorno de Aitakama pareció demostrar la veracidad de las afirmaciones hititas de no tener interés en el territorio egipcio, especialmente cuando aquel pudo renovar el estatus de Qadesh como vasallo de Egipto. Sin embargo, poco tiempo después de haber sido nombrado rey de Qadesh, Aitakama comenzó a actuar de una forma que indica que seguramente se había convertido en un secuaz de los hititas, y algunos dirigentes de otras ciudades vasallas de Egipto, notificaron los intentos hechos por el rey de Qadesh para convencerles de que se pasaran a la causa hitita, que juntamente con los ataques de Qadesh contra estos vasallos egipcios en Upe, sugieren que operaba como un caballo de Troya contra los egipcios por cuenta de Hatti.

Poco dispuesto como siempre a intervenir, Egipto se volvió a Aziru, el gobernante de Amurru y le encargó que protegiera los intereses egipcios en la re-

gión. Sin embargo, como en los tiempos de su padre, Aziru utilizó la encomienda y el oro egipcios para sus propios fines y comenzó a expandir de nuevo los límites de Amurru a expensas de los estados vasallos vecinos. Hasta Egipto llegaron los inquietantes rumores de que Aziru estaba haciendo un doble juego y coqueteando con los hititas habiendo incluso recibido amigablemente a los enviados de la potencia de Anatolia. Con Qadesh casi con toda certeza en el bando hitita y Amurru en contacto con ellos, era el momento de que Egipto actuara. Aziru recibió la orden de presentarse en la corte del faraón para explicar su conducta, mientras que Qadesh era considerada como una ciudad vasalla en rébeldía; era necesario adoptar una solución militar. Aunque muy escasamente documentado, hoy se cree que se produjo un asalto egipcio contra Qadesh durante el reinado de Akhenatón que terminó en fracaso, por lo que aquella pasó bajo el dominio del monarca hitita, y su recuperación se convirtió en el punto central de los esfuerzos militares egipcios hasta el reinado de Ramsés II. Aziru viajó de mala gana hasta la corte de Akhenatón, donde su estancia forzosa duró varios años. Fue la permanente falta de interés de los egipcios para destacar grandes fuerzas militares en Siria, así como su perseverancia en mantener una política de gobierno por terceros lo que determinó la liberación de Aziru y su regreso a Amurru. Se suponía que podía confiarse en él, al menos mientras que los intereses de Amurru coincidieran con los de Egipto.

Mientras tanto, Suppiluliumas había llevado a cabo una importante reorganización de la posición hitita en el norte de Siria. Carchemish había caído finalmente y el rey hitita procedió a poner esa ciudad así como a Alepo bajo el gobierno directo de sus hijos que, con sus propios medios militares, estarían en condiciones de atraerse la lealtad de los vasallos y de contrarrestar cualquier conflicto potencial. La proximidad de tan teóricamente numerosas fuerzas hititas en Siria y la ausencia de sus equivalentes egipcios en su parte del territorio sirio cambió dramáticamente el equilibrio de poder en la región. Para Aziru, la presencia de una poderosa base hitita en el norte de Siria decidió en que lado debía estar su lealtad; tras regresar a Amurru, revocó su juramento de vasallaje a Egipto y «...cayó a los pies del Sol, el Gran rey de Hatti» convirtiéndose así en vasallo de Suppiluliumas.

Con las deserciones de Amurru y Qadesh, Egipto había perdido dos posiciones estratégicas vitales en Siria central, y la frontera con Hatti había sido desplazada hasta el sur del valle Eleuteros. La consideración por los hititas de que esas fronteras eran definitivas nunca fue compartida por Egipto y, de he-



◀ Durante el período de 1352 a 1318, tres generales llevaron la doble corona del Alto y Bajo Egipto. El más importante de éstos y último rey de la XVIII Dinastía fue Horemheb. Este fue un gobernante severo que acometió la reorganización interna del reino y reforzó las vías de comunicación con Asia.

cho, la recuperación de los perdidos territorios de Amurru, Qadesh así como de otros más lejanos sería la confesada ambición de los primeros faraones de la XIX Dinastía.

Las campañas de Seti I

A la muerte de Tutankamón, en el año 1352, el E. tomó las riendas del poder en Egipto y durante los

siguientes treinta y dos años el trono de las dos tierras fue ocupado por tres generales. Cualquier deseo que hubiera podido existir de recuperar Amurru y Qadesh fue dejado a un lado ante la necesidad de reorganizar Egipto tras los conflictos ocurridos durante el reinado de Ahkenatón. A pesar de ello está claro que, a raíz de la pérdida de estas posesiones, la política egipcia en relación a su «imperio» sufrió un cambio radical. La utilización

de representantes como sustitutos del poder militar habían sido claramente una política inadecuada, y su sustitución por una nueva política descrita por los egiptólogos como «ocupación militar» encuentra testimonios en los descubrimientos arqueológicos del último período Amarna y al principio de la XIX Dinastía. La consecuencia que se extrae es que el E. se había convertido en la mano que guiaba la formulación de la política en Asia. Ya en el reinado de Horemheb (1348-20) se puede entrever la voluntad de recuperar los «territorios perdidos» de Egipto por medios militares. Fue él quien comenzó el reasentamiento de la vieja capital de Hicsos en Avaris, situada en el delta oriental. Su proximidad a las rutas que se dirigían a Canan y Siria le hacían un lugar excelente como base de operaciones adelantada para el rápido traslado de las fuerzas egipcias a Asia; de hecho así sucedería bajo el reinado de Seti y de su hijo.

Fue con la ascensión de Seti I al trono de Egipto cuando esta intención se hizo realidad. No había ninguna duda acerca de la ambición del nuevo faraón, y ello quedó patente en la elección de su nombre, Horus. En una consciente alusión al antenombre de Amosis I, fundador de la XVIII Dinastía y del imperio egipcio en Asia, se llamó a sí mismo «Repetidor del Nacimiento», es decir, el que inaugura un nuevo comienzo de la grandeza de Egipto. En el primer año de su reinado Seti dirigió su E. a Palestina para destruir una coalición de príncipes cananitas hostiles, y desde allí continuó hacia el norte a lo largo de la costa hasta el Líbano. La importancia de esta campaña no es tanto por lo que consiguió como por el hecho de que fue al mismo tiempo un aviso para el futuro y una consciente alusión al pasado. Por primera vez, posiblemente desde el reinado de Tuthmosis IV, el faraón dirigió personalmente el E. hasta las posesiones asiáticas de Egipto, y ello dio a conocer que se había roto con la política del período Amarna, en el que los militares habían sido utilizados a pequeña escala y principalmente en acciones de policía. Ahora los intereses egipcios estarían defendidos por todo un E. y dirigidos por el faraón en persona. Para Seti, así como para su hijo, el modelo de su política en Asia era Tuthmosis III, y en una consciente emulación de su estrategia, Seti se puso al frente de sus ejércitos en algún momento posterior al año 2, dirigiéndose hacia el norte para iniciar su ofensiva contra el imperio hitita.

Las campañas sirias de Seti se encuentran registradas en el ala occidental de su monumento de guerra en Karnak. Acompañando a la inscripción se encuentra la siguiente frase: «...El ascenso que



▲ Los rasgos momificados de Seti I (1318-04) todavía hoy muestran la determinación y resolución inherentes en sus vigorosas y fructíferas campañas para recuperar Qadesh de las manos hititas. No obstante, el hecho de que su hijo Ramsés II se

dispusiera a reconquistarla significa que, probablemente, los hititas la hubieran vuelto a tomar antes incluso de la muerte de Seti I.

el faraón...realizó con el fin de destruir la tierra de Qadesh y la tierra de Amurru». Un fragmento de la estela de la victoria recuperada en Qadesh y que tiene inscrita el nombre de Seti, es un testimonio de la toma por éste de la ciudad que quedaría bajo tutela egipcia por última vez. Sin embargo, se cree que en esta época Amurru permaneció fiel a su alianza con Hatti. La posesión de Qadesh permitiría al faraón llevar a cabo lo que más temían los hititas y emulando a Tuthmosis III, dirigió su E. has-



ta el norte de Siria, a través de Qadesh, y allí se enfrentó y derrotó a la fuerza hitita. El hecho de que la respuesta hitita no fuera más importante dado todo lo que se hallaba en juego, ha llevado a algunos estudiosos a sostener que el grueso del E. hitita, y no las levas vasallas sirias que fueron las que en realidad había derrotado Seti, se encontraban seriamente comprometidas en algún otro lugar. Y, de hecho, los problemas que planteaba Asiria en las fronteras orientales de Hatti, podrían haber significado que, por el momento, hubiera sido tolerado el éxito egipcio en Siria.

Sin embargo, según parece antes de la muerte de Seti en 1304, Qadesh había vuelto de nuevo al bando hitita, ya que en los anales de Mursilis se sugiere la existencia de un tratado con Egipto que, probablemente, dejara la cuestión Siria en el *status quo* anterior.

Así continuaron las cosas durante un tiempo y hasta el cuarto año del reinado del hijo de Seti, Ramsés II, no se volvería a romper la paz en Siria cuando repentinamente, al parecer Amurru, jugando el mismo juego de antaño, abandonó a Egipto. Ese mismo año el faraón se dirigió al frente de sus tropas hacia el norte en una rápida mar-

cha para recibir, probablemente, el juramento formal de sumisión de Benteshina, rey de Amurru. El nuevo monarca hitita Muwatallish no era ajeno a las aspiraciones de su homólogo egipcio; se sabía que Ramsés albergaba grandes ambiciones en el norte de Siria, pero para llevarlas a cabo Egipto necesitaba asegurar Qadesh en primer lugar, y en este asunto Hatti estaba obligado a actuar. Si Qadesh caía, la posición hitita en Siria y los estados satélites estratégicos de Alepo y Carchemish en particular quedarían amenazados por Egipto. A diferencia de la situación existente en la época de su padre, ahora no existía ningún peligro inmediato por parte de los asirios que distrajera al monarca hitita.

Así las cosas en el invierno de 1301 Muwatallish se dispuso a organizar un E. que, según él pretendía, recuperaría Amurru, aseguraría Qadesh y acabaría completamente con las aspiraciones militares egipcias en la región. El lugar de la futura batalla estaba claro para ambos bandos: al pie de las murallas de Qadesh, Ramsés y Muwatallish entablarían una de las más grandes batallas de la historia para determinar mediante las armas el futuro de sus respectivos imperios en Siria.

◀ Un gráfico basado en los relieves de la batalla de Seti I en Karnak que muestra al E. egipcio combatiendo en la llanura situada delante de Qadesh. De particular interés son la forma de la ciudadela en el lado superior derecho del gráfico y, debajo, la vegetación que marca el curso del afluente del Orontes conocido como Al-Mukadiyah, al oeste de la ciudad.

▶ Fue a primeros de junio de 1304 cuando Ramsés II accedió al trono de Egipto como único gobernante del Reino de las Dos Tierras. Esta estatua de granito negro del faraón le muestra con el aspecto que debía tener en la época de la batalla de Qadesh cuando contaba entre 25 y 29 años. Viste la corona «azul» o «de guerra», llamada Khepresh, que utilizó en la batalla.





◀ *Ramsés II fue el más grande de los constructores faraónicos del antiguo Egipto. Pocos de sus monumentos son tan impresionantes como el de el gran templo de Abu Simbel. Visible expresión de la deificación del faraón durante su reinado, es el ejemplo más característico de las numerosas construcciones esparcidas por los dos territorios que llevan su nombre.*

▼▶ *La supuesta momia de Ramsés II, descubierta por Emil Brugsch-Bey en un recinto secreto, con otras entre las que figuran los nombres de algunos de los más ilustres gobernantes del antiguo Egipto, en el Valle de los Reyes, en 1881. Análisis médicos recientes realizados en la momia en 1967, sin embargo, indican que podría pertenecer a un hombre entre cuarenta y cincuenta años de edad, en tanto que Ramsés II contaba 90 años cuando murió.*

RAMSÉS II Y MUWATALLISH

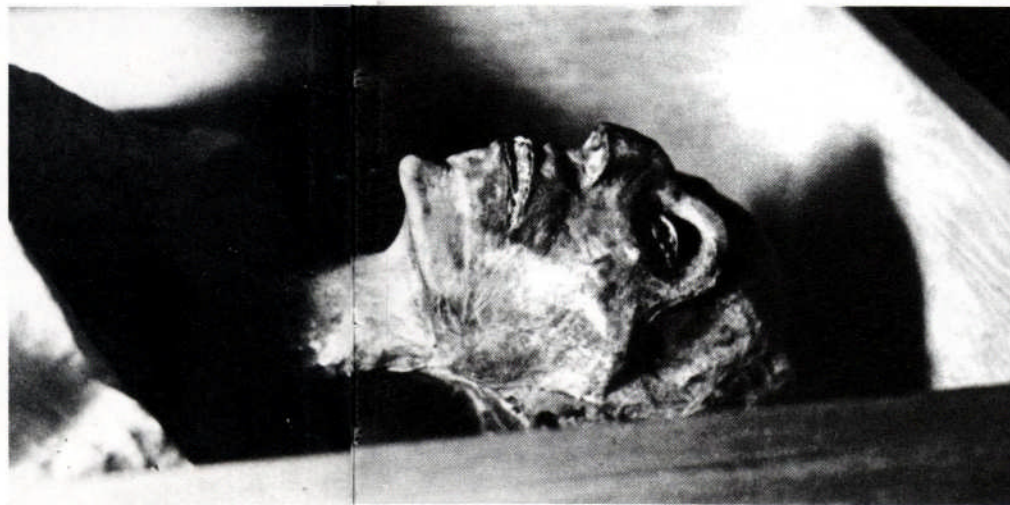


A la luz de la manifiesta intención de los faraones de la XIX Dinastía de recuperar las tierras «perdidas» de Egipto en Siria, debió resultar enojoso para el joven Ramsés la pérdida mediante un tratado, de Qadesh, tras haber sido inicialmente recuperada por Seti I. Como príncipe heredero había sido instruido desde temprana edad en los modos y costumbres de la vida en campamento y había participado con su padre en las campañas de Libia y de Siria. Por eso, cuando su padre murió inesperadamente en el verano del año 1304, ascendió al trono de las dos tierras imbuido del deseo de ganar para sí la gloria de su reconquista.

Tenía venticuatro o veintiséis años cuando la doble corona de Egipto fue colocada sobre su cabeza y se anunció su título oficial: «Ramsés II, Rey Halcón, El de las dos Diosas, Horus de Oro, Rey del Alto y Bajo Egipto, Use-mare, Hijo de Re». Como señor de uno de los grandes imperios del mundo, confiado y seguro de su destino, era cuestión de tiempo el que el nuevo faraón tomara el camino de Asia para determinar de una vez para siempre la propiedad de Siria.

Es evidente que la ambición faraónica no consideró que las cláusulas legales del tratado firmado por su padre con Hatti fueran ningún impedimento. Para Ramsés sus posibilidades no terminaban en Qadesh y Amurru, sino que se extendían más allá hasta conseguir igualar los logros de los grandes faraones guerreros de la anterior dinastía. Aunque aún pasarían aproximadamente tres años antes de que la desertión de Amurru precipitara la guerra con Hatti, está claro que Ramsés había estado ya realizando los preparativos necesarios de su inevitable partida durante algún tiempo. Aparte de los cambios y cuidadosas mejoras efectuadas en el E., la reconstrucción de Avaris, capital de viejo Hicsos, ahora rebautizada con el nombre del Pi-Ramsés y transformada en una gran base para las operaciones militares en Asia, sirvió como gran exponente de las intenciones faraónicas.

Mucho menos sabemos de su homólogo en el trono hitita; Muwatallish era el segundo de los cuatro hijos de Mursilis II, el rival de Seti en las guerras sirias. La muerte de su hermano mayor llevó a Muwatallish al trono de Hatti casi cuatro años antes



de que Ramsés fuera coronado rey de Egipto. Era sin duda un gobernante fuerte y capaz y un hombre que carecía de una mente retorcida. Su reorganización del imperio occidental de Hatti le proporcionó las fuerzas que le permitieron reunir contra Ramsés en Qadesh el mayor E. jamás congregado por el imperio hitita. Que estaba absolutamente decidido a terminar de una vez por todas con las pretensiones egipcias de recobrar sus territorios

del norte de Siria no puede ponerse en duda, y en ningún lugar puede verse mejor que en la oración que Muwatallish ofreció a sus dioses:

«En qué campaña Mi Majestad marchará, y después si vosotros ¡Oh Dioses!, me apoyáis y conquistó la tierra de Amurru (tanto si lo logro por la fuerza de las armas, o porque me ofrezca la paz), y capturó al rey de Amurru, entonces... os recompensaré generosamente, Oh Dioses...!»



◀ En el primer y segundo pilares del templo mortuario de Ramsés II, hoy conocido como el Rameseum, hay relieves que representan la batalla de Qadesh. Este edificio fue construido con unas dimensiones colosales y fue erróneamente descrito por Diodoro como «la tumba de Osymandias». Este error se debió al mal empleo de la expresión Use-mare, parte del título del faraón. Sin embargo, fue este nombre y una imagen del coloso caído que representaba a Ramsés en el Rameseum los que vagamente inspiraron a Shelley para escribir su famoso soneto «Ozymandias».



LOS EJÉRCITOS ENFRENTADOS

El poderío de Hatti

El E. reclutado por el rey de Hatti para enfrentarse al emergente imperio egipcio y a su nuevo faraón en Qadesh procedía de todos los rincones del imperio hitita. Las fructíferas campañas llevadas a cabo por Muwatallish contra los inquietos y conflictivos reinos de Anatolia occidental y septentrional, así como su posterior reorganización le permitió reunir un gran número de tropas para la guerra contra Egipto en Siria. En el corazón de este E. compuesto por fuerzas aliadas y vasallas se encontraba el mismísimo E. del Gran Hatti.

Al igual que los demás ejércitos del último periodo de la Edad de Bronce, el de Hatti estaba organizado basándose en los carros de guerra y a la Inf.: los primeros consistían en una pequeña fuerza permanente que era rápidamente aumentada cuando llegaba la época de las campañas, en la que los hombres serían llamados a defender los colores del rey y cumplir así con sus obligaciones feudales hacia él. Al igual que en Egipto, el arma de carros de guerra estaba normalmente formada por hombres de la aristocracia rural y tenía un alto estatus social. Ciertamente, los gastos de mantenimiento de un carro y sus operarios eran también parte de la obligación feudal de un noble terrateniente hacia su señor. Está claro que los hititas empleaban preferentemente tropas mercenarias y en el poema *Rameside*, donde se describe la campaña de Qadesh el faraón alude a ello cuando dice: «...Ya no le quedaba nada de plata en las manos. Despojó de ella a todas sus posesiones y se la dio a países extranjeros con el fin de que acudieran con él a la batalla». Aun teniendo en cuenta la hipérbole faraónica, es totalmente cierto que Muwatallish empleó una gran riqueza para que su E. llegara a las cifras que él consideraba necesarias para conseguir los objetivos de la campaña. Por ello, muchos soldados hititas renunciaban a la paga, ya que la perspectiva de un buen botín era considerada como un incentivo para combatir bien. Esta política tenía riesgos evidentes y, como veremos, fue precisamente el señuelo del botín del campamento de Amón y el del

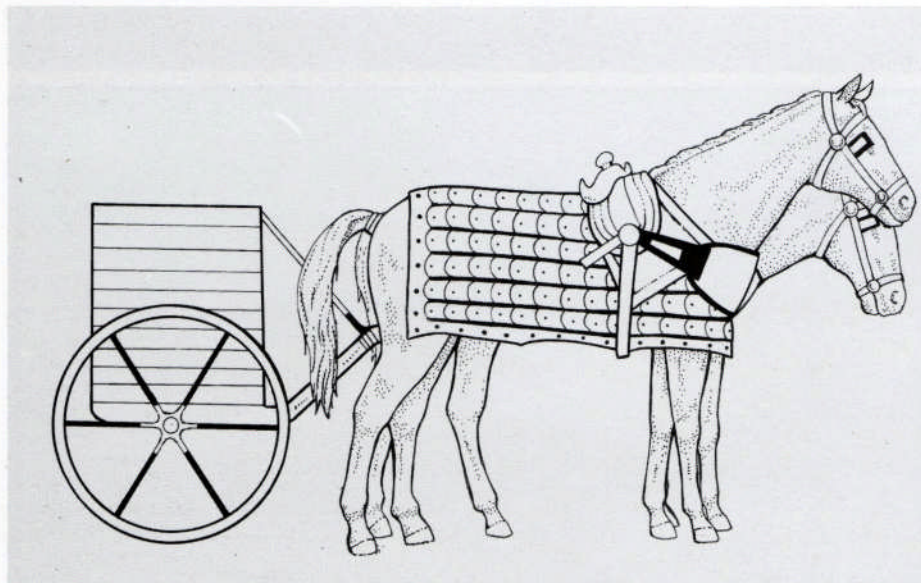
recinto del faraón lo que empujó a los conductores de los carros de guerra hititas a lanzarse a un prematuro combate.

A diferencia de su gran enemigo del sur, la principal arma ofensiva del E. hitita era el carro de guerra. Esa diferencia se extendía hasta su empleo táctico, que partiendo de principios diferentes, se apreciaba más claramente en el diseño y dotación del propio carro. Aunque los tripulantes del carro hitita utilizaban el arco mixto, éste nunca llegó a sustituir al arma predominante, la larga lanza arrojada. Los hititas consideraban el carro de guerra esencialmente como un arma de asalto, concebida para chocar contra las unidades de Inf. enemigas y romper sus filas. Disponía de un eje colocado en el centro lo suficientemente fuerte para transportar a tres hombres y era más lenta y menos maniobrera que el carro egipcio; ambos modelos tenían sus ventajas y desventajas. En condiciones óptimas, la táctica de choque de los carros hititas abría el camino para que la infantería pudiera atravesar las líneas y acabar con el enemigo, de lo que se desprende que ésta jugaba un papel secundario con respecto a las aquellos.

A diferencia de la Inf. egipcia que actuaba en un país con un terreno y temperatura uniformes, como se refleja en la relativa similitud de su vestimenta, la Inf. hitita combatía en condiciones físicas más diversas, por lo que su uniformidad refleja las diferentes necesidades de la campaña. Ciertamente las ilustradas en los relieves de Qadesh no pueden ser tomadas como representativas de su aspecto habitual. El largo guardapolvos blanco que visten muchos soldados en Qadesh no se ve en los uniformes de los infantes de la Puerta de los Reyes en Hattusas. El armamento del soldado de a pie hitita era en muchos aspectos similar al de su homólogo egipcio. Los guerreros *thr* que rodeaban a Muwatallish en Qadesh iban armados con largas lanzas arrojadas y cortas dagas similares a las utilizadas por los aurigas. Aunque en esa época ya habían comenzado a aparecer armas de hierro en el E. hitita, la mayor parte de las armas de mano eran la espada de bronce en forma de hoz y el hacha de

El imperio hitita y sus aliados en Qadesh, 1300 a. C.





▲ La mejor fuente para saber cómo eran los carros de guerra hititas son los relieves egipcios de la batalla de Qadesh. En muchos de ellos se ve claramente que su diseño y sus tácticas estaban basados en diferentes puntos de vista a los utilizados por su gran enemigo del sur. La eficacia del arma de carros yacía en su gran valor como arma de asalto, donde el mismo peso del vehículo en forma masiva y a la

carga era utilizado para aplastar y demoler las líneas de la Inf. enemiga y también se refleja en el hecho de que el arma principal de mano era la larga lanza con la que iban dotados los tres hombres que lo tripulaban: el conductor, el lancero y el escudero. Con el fin de poder distribuir esta pesada carga, el eje del vehículo hitita estaba en el punto medio del carruaje lo que frecuentemente ocasionaba que los

vehículos volcasen cuando iban a gran velocidad, al ser menos estables que sus homólogos egipcios. A causa de su menor maniobrabilidad, la máquina hitita era un blanco «más fácil» para los arqueros egipcios, ya fueran montados como a pie, por lo que era necesario que el lancero estuviera protegido por el escudero, especialmente en la carga cuando eran más vulnerables a la puntería de los arqueros

egipcios. La destrucción sufrida por un gran número de carros hititas a manos de sus rivales egipcios indica que una vez perdidas la inercia y la sorpresa fueron muy vulnerables a las tácticas empleadas por Ramsés y sus carros durante aquel día.

▼ Una sección de los relieves del Rameseum que muestran carros hititas en Qadesh. Estos han sido tallados de nuevo; originariamente representaban carros egipcios con sus ruedas situadas al final del carruaje. Se les ha añadido la típica tripulación compuesta por tres hombres armados con el característico escudo hitita echado muy hacia delante por el escudero, con el fin de proteger a los otros hombres durante la carga.





1-Arquero mercenario sirio.
2-Soldado hitita ocupante de carro.
3-Soldado de infanteria hitita.



Rey hitita acompañado
de su guardia personal



Procesión de doce guerrero hititas.
Relieve de Yazilikaya.



Carros de guerra hititas

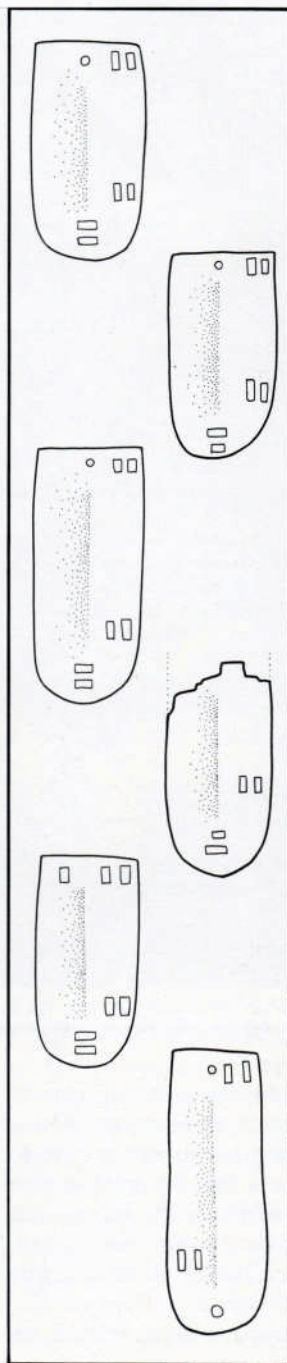


Guerreros hititas

combate, también de bronce. Aunque se sabe que los soldados hititas utilizaban cascos y armaduras de láminas de bronce, muchos de los reflejados en los relieves de Qadesh no llevan ni unos ni otras. Se ha escrito que el guardapolvos «blanco» utilizado durante la campaña en Siria podría cubrir la armadura de láminas utilizada por muchos soldados.

No hay duda de que los hititas eran maestros en

estrategia y estaban preparados y dispuestos a utilizar la astucia y la destreza que fueran necesarias para obtener ventajas; hay evidencias que indican que siempre que era posible los hititas provocaban una situación que les permitiera sorprender a sus rivales en una batalla en campo abierto donde sus carros pudieran ser empleados con ventaja y, de tal forma, que la infantería pudiera seguirles y asestar



◀ Hay pocas fuentes que muestren el aspecto de guerreros hititas. La más famosa se encuentra en el lado interior izquierdo de la Puerta del rey en Bogazkoy, nombre moderno del lugar donde se encontraba la antigua capital hitita Hattusas. Está armado con una espada curva y puntiaguda y con una ahuecada hacha de guerra de cuatro puntas. Su casco es probablemente de bronce con aletas para proteger el cuello y las mejillas y está adornado con un largo penacho que cuelga a su espalda.

◀ Estos fragmentos de una armadura de láminas encontrada en Hattusas, la capital hitita, son al igual que las de sus homólogas egipcias, de bronce. También se han encontrado fragmentos de láminas de hierro, aunque es extremadamente improbable que en la época de la batalla se emplearan armaduras con ese tipo de láminas. Se pueden ver claramente los agujeros por los que las láminas se unían a la falda. En los relieves, muchos tripulantes de los carros de guerra hititas aparecen ataviados con este tipo de armaduras.



◀ **Carro de guerra hitita con su tripulación. Se aprecia claramente que a pesar de la despreciativa referencia de Ramsés a los hititas como «afeminados» por su preferencia a llevar la barba afeitada y el pelo largo, eran unos formidables soldados. Su arma más poderosa era la de los carros, y el que aquí se muestra tipifica las características del vehículo hitita. Los tres hombres que lo tripulaban eran el conductor, que iba desarmado, un lancero armado y un escudero que proporcionaba protección al lancero. El carro hitita estaba diseñado y armado para su primer objetivo, que era el ser empleado en combate próximo.**

y, ciertamente, la desertión de Amurru constituía en un sentido legalmente estricto un *casus belli*. Aunque no hay ninguna mención de ello en las fuentes hititas o egipcias, parece muy probable que Muwatallish diera todos los pasos legalmente necesarios antes de hacer la declaración de guerra y, después de acusar a Ramsés de haber inspirado la desertión de su vasallo, Amurru, el rey hitita habría comunicado a Ramsés que ese contencioso entre ambos tenía que ser resuelto por el juicio de los dioses y en el teatro de la guerra. Es muy probable que en algún momento de principios del invierno del año 1301, un mensajero hitita llegara hasta la corte del faraón en Pi-Ramsés con un mensaje formal de Muwatallish. En su esencia e intención, su redacción poco podría diferir del enviado al rey de Arzawa por su padre Mursilis algunos años antes: «Los hombres que te envié, no me los devolviste cuando te requerí que lo hicieras y me dijiste que era un niño y me tomaste a la ligera. ¡Sea pues! Luchemos y que el dios de la tormenta, mi señor, decida nuestro caso.»

¿Y qué hay del lugar de la batalla? Tenía que ser Qadesh, ya que como veremos no podía ser ningún otro.

Faraón, ejército y estado

Era el noveno día del segundo mes de la estación del verano (de mediados a finales de abril del año 1300) cuando el E. egipcio, después de haberse congregado en la ciudad de Delta y en el destacamento militar de Pi-Ramsés, avanzó hasta más allá de la gran fortaleza de Tjel situada en la frontera y continuó por el camino de la costa hasta Gaza para comenzar desde allí la marcha de un mes hasta el campo de batalla asignado bajo las murallas de Qadesh, en Siria central. Para Ramsés II, en la vanguardia de sus numerosas huestes, imbuido con el ardiente deseo de restablecer las fronteras septentrionales de su imperio y de emular las hazañas guerreras de sus ilustres antepasados faraónicos, la victoria sobre los hititas debía parecer inevitable. Tan optimistas expectativas, compartidas por el rey y por todas las tropas, no eran seguramente infundadas, ya que este E. era uno de los mayores y mejor equipados que jamás habían sido organizados por el estado egipcio para operaciones ofensivas. Con su gran número de carros de guerra, compañías (Cías.) de Inf., sus resplandecientes estandartes y las bandas de música militares, el E. de Ramsés era el heredero y la última expresión de una tradición militar egipcia con más de tres siglos.

Aunque Egipto había mantenido siempre fuerzas militares en los Imperios Antiguo y Medio, la

el golpe de gracia. De hecho, ésta es la interpretación sobre su manera de operar en el campo de batalla defendida por el autor para justificar que lo sucedido en Qadesh no era la batalla prevista por los hititas, sino que, en realidad, estaban esperando la llegada y concentración de la totalidad del E. egipcio en Qadesh antes de efectuar su despliegue y obligarle a combatir en el llano.

Los hititas eran un enemigo militar verdadera-

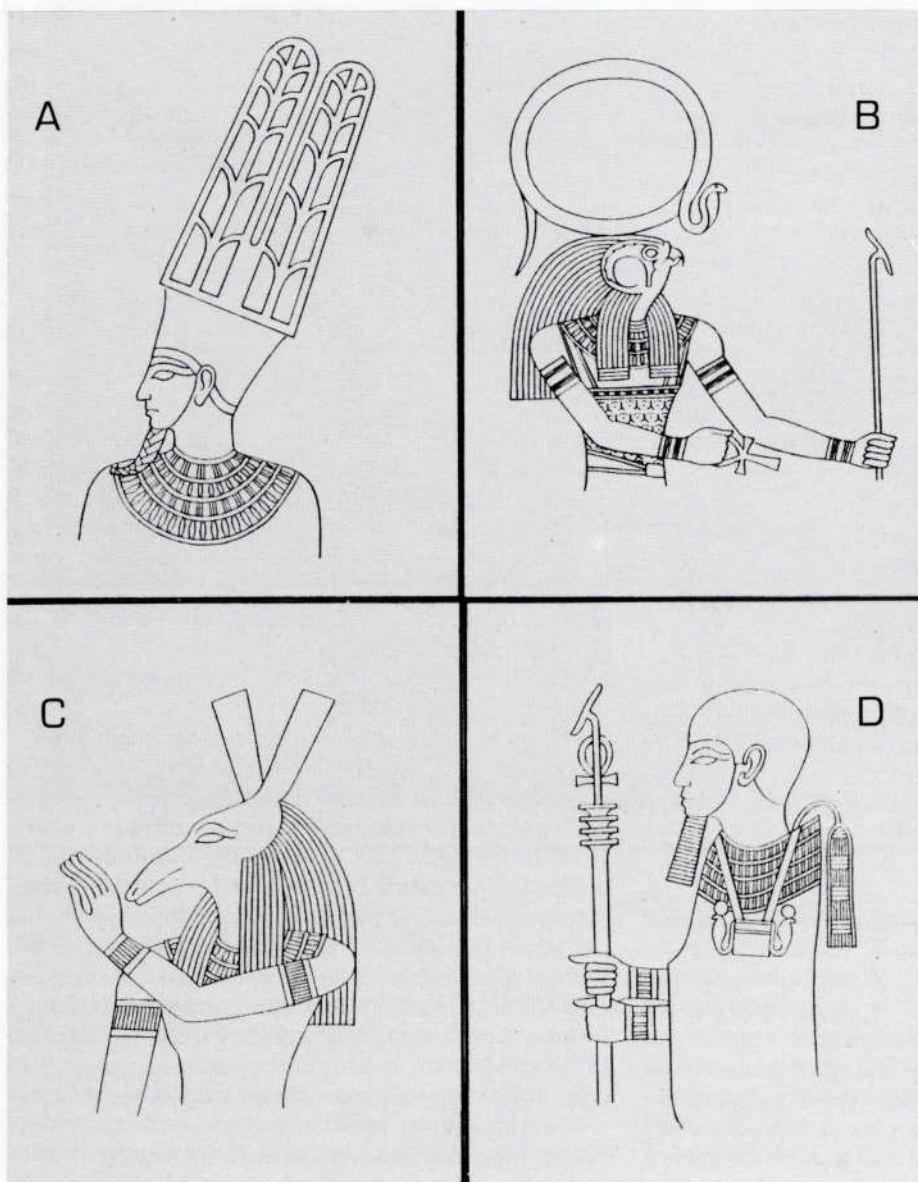
mente formidable y aunque Ramsés les calificaba de forma despreciativa y peyorativa como «afeminados» por su predilección a llevar el pelo largo, pronto aprendería que los guerreros de Hatti eran tan valientes y formidables como cualquier otro soldado del Imperio del Nilo.

Se argumenta en varios lugares de este texto que Hatti y Egipto habían acordado que Qadesh sería el lugar donde se dirimiría la contienda que resol-

vería sus respectivas pretensiones sobre Siria. En parte esta afirmación se basa en el importante papel que la ley jugaba en todo lo referente al imperio hitita. Tras la desertión de Amurru en el invierno de 1302-01, en Hatti se consideró que el tratado ratificado por Seti y Mursilis y que garantizaba las fronteras entre ambos imperios en Siria, había sido roto. Es sabido que los reyes hititas tuvieron gran cuidado en justificar su declaración de guerra

organización característica que apareció en el Imperio Nuevo y la forma en la que el Estado se organizó para satisfacer sus necesidades procede de mediados del siglo XVI. A raíz de la derrota de Hicsos por Amosis I, el primer faraón de la XVIII Dinastía y del Imperio Nuevo, la política de Egipto hacia estos Estados y pueblos situados más allá de sus fronteras orientales cambió fundamentalmente. Al heredar el manto de Hicsos, Egipto se encontró como tácito señor de unos territorios que llegaban por el norte hasta lugares tan lejanos como el río Éufrates. La aparición de una política imperial específica para Canaán y el Levante coincidió con la decisión de que la proyección del poder

militar hasta más allá de la frontera oriental de Egipto, era el método más eficaz para asegurar su defensa, por lo que esto se convirtió en la clave de la política de Egipto en su relación con el Levante, y explica casi completamente su permanencia allí durante los siguientes cuatro siglos. El corolario de tal política fue la creación de un E. profesional permanente equipado con toda la gama del armamento relacionado con la guerra de carros del último período de la Edad de Bronce, y un estado organizado para apoyarle en gran escala. En el período de la reconstrucción económica y centralización política que siguió a la derrota de Hicsos, se pusieron los cimientos de un estado militar egipcio



◀ Cada uno de los cuatro CE. egipcios desplegados en la campaña de Qadesh estaba organizado alrededor de un núcleo de tropas procedentes de una región específica o estado templo de Egipto y recibía el nombre del dios local. El primer CE. era el de Amón, el dios de Tebas («A»). El segundo («B») era el de P'Re (El Re), el dios sol de Heliópolis. Estos dos fueron las unidades originarias del E. a los que se les añadió el de Sutekh o Set («C»). Sutekh estaba considerado como el Señor del Alto Egipto y era especialmente venerado por los faraones de la XIX Dinastía. Seti I recibió su nombre en honor a Sutekh. El CE. de éste estaba estacionado en Avaris, más tarde Pi-Ramsés, en el delta oriental. Ptah («D») fue organizado por Ramsés II recibiendo el nombre del dios de Menfis. Sin embargo, se dijo que Ptah podría haber sido organizado antes que el CE. de Sutekh, aunque Seti I no lo menciona en su campaña del año I en Cana'an, donde solamente aparecen los de Amón, P'Re y Sutekh (Set).

capaz de sostener un poderoso E. permanente así como de una política imperial que llegaba hasta más allá de Canaán. En un sentido real se trataba de la conversión de Egipto en un estado militar, con todo lo que esto presagiaba en la escena internacional del antiguo Oriente Próximo. Esto representa la característica dominante, si no la definitiva, de lo que se conoce como el período de su historia llamado Imperio Nuevo.

La aparición de los militares profesionales como una casta específica durante el Imperio Nuevo tuvo un importante impacto en la política interna del estado egipcio. Entre los factores que contribuyeron al crecimiento de la influencia de los militares no fue el menor la estrecha relación de muchos de los faraones de las XVIII y XIX Dinastías con su E. Instruido desde temprana edad en la disciplina y artes de la guerra, el heredero al trono era confiado a algunos oficiales (Ofs.) que estaban encargados de impartir el conocimiento, destreza y mentalidad necesarios en un dirigente militar. Estos condicionamientos serían posteriormente evidentes en la forma en que ya como faraones gobernarían tanto en Egipto como en el resto del imperio. El arquetipo de rey militar fue Tuthmosis III (1504-1450), que gracias a sus conquistas militares elevó el estado de Egipto a la mayor potencia del antiguo Oriente Próximo (y cuyo ejemplo espolearía más tarde las ambiciones militares de Ramsés II) y transformó el E. egipcio en el más formidable instrumento de guerra que el mundo había conocido hasta entonces.

La influencia y poder de los militares en el gobierno de Egipto creció durante la XVIII Dinastía y se puso totalmente de manifiesto a principios de la XIX Dinastía. Bien prestando servicio como Ofs. en activo con acceso directo a la corte, o «retirados» y nombrados por designación como ayudantes personales, administradores de los estados reales o tutores de los hijos del faraón, los militares llegaron a jugar un papel formativo en la vida del Estado. Tan grande había llegado a ser su influencia que durante el reinado del faraón, aún muchacho, Tutankamon (hacia 1352), fueron los militares los que controlaron las riendas del gobierno. Con la muerte de Ay el trono pasó a las manos del hombre fuerte perteneciente al E. Horemheb, que vigorosamente emprendió una reorganización interna del reino tras las depredaciones que se habían producido durante el reinado de Akhenaten y que no fue sino el preludio de lo que se decidió sería la resurrección del imperio asiático de Egipto y la recuperación de las tierras perdidas ante los hititas al mando de Suppiluliumas. A su muerte, la antorcha pasó a su sucesor y fundador de la XIX

Dinastía, Ramsés I, Seti I y posteriormente a Ramsés II. La nueva XIX Dinastía tenía sus raíces en el estamento militar y bajo su , el E. tuvo una gran influencia.

El impacto sociológico del E. en la vida egipcia del Imperio Nuevo era muy importante y da idea de ello el hecho de que llegó a ser considerado como un medio para progresar social y materialmente, tanto para ricos como para los pobres. Para estos últimos el servicio en el E. les abría perspectivas de adquisición de riqueza y estado social inimaginables para el campesino que permaneciera en sus tierras. Al que demostraba valentía e inteligencia no sólo se le ofrecían perspectivas de recompensa del «Oro del Valor» y de una participación en el ri-



Un magnífico ejemplo de una espada guadaña con la que iban armados la mayor parte de los Es. del antiguo Oriente Próximo durante la Edad de Bronce. Conocida en Egipto como khopesh, tomó su nombre por el parecido de su hoja curvada con la pata delantera de un animal. Los antecedentes agrícolas de esta arma son evidentes; su filo cortante estaba en la sección curvada exterior y la espada fue utilizada como arma de castigo.

co botín que se tomara durante la campaña, sino también la posibilidad de ascenso al rango de oficial. Los beneficios derivados de tener un buen ejército explican la preocupación de los faraones por cuidar y educar a los soldados como una casta profesional. Un papiro de la última época del *Rameside* explica con detalle la concesión de tierras para granjas realizada por el faraón a los oficiales, personal de las carros de guerra, mercenarios e incluso soldados rasos. Además, el faraón proporcionaría al beneficiario rebaños y sirvientes del cuerpo de la casa real para trabajar en dichas granjas. Aunque el beneficiario pagaba impuestos por su empleo, el receptor podía retener aquellos en tanto que uno de los miembros varones de su familia, en línea directa de sucesión, estuviera disponible para prestar servicio en el E. o en la marina. Fue esta política más que cualquier otra lo que explica la naturaleza hereditaria creciente del estamento militar en la última época de la XVIII Dinastía, y en la XIX. Un papiro sobre impuestos anterior, perteneciente al tercer año del reinado de Seti I (hacia 1315), enumera los terratenientes de un distrito en la ciudad de Menfis y demuestra el alto estatus de los militares en la sociedad egipcia. Además de estas ocupaciones civiles, en el documento se enumeran la de un escriba del E., infantes de marina, portaestandartes de Inf. de marina, tropas de carros de guerra, jefes de batallón, un capitán (Cap.) y un teniente general (TG.).

La alta consideración social y riqueza del E., así como la manera en que éste era «mimado» por los faraones desató la ira de otras profesiones que veían cómo los jóvenes más aptos eran «seducidos» y alejados de otras formas tradicionales de progreso social. Esto se puede ver perfectamente en las diatribas que contra las tentaciones del estamento militar realizan los escribas y que aparecen en las fuentes de la XX Dinastía. Estas invectivas de los escribas no llegaron a comprender del todo que la relación del faraón con su E. no era de mimo, sino de un interés pragmático. Los faraones de las Dinastías XVIII y XIX comprendieron que la reciprocidad por la preocupación por sus soldados sería recompensada por ellos en el campo de batalla; esa gratitud exigía que cada soldado luchara para «ganar un buen nombre» y con su valentía y duro combate proporcionar al faraón las victorias en la guerra que le eran debidas. Estos hechos nos ayudan a comprender mejor los sucesos que se desarrollarían en Qadesh.

Ciertamente fue el aparente fracaso de las tropas de Amón y P'Re en Qadesh por mantenerse en su puesto y hacer frente a los carros hititas, lo que provoca que Ramsés, amargamente, les acuse de desertión y cobardía. La vehemencia con la que ri-

diculiza a los supervivientes de las dos divisiones (Divs.) después de la batalla manifiesta su convencimiento de que sus tropas habían roto el pacto con su Señor y, al haber abandonado el campo de batalla habían cometido el pecado capital de traición, cambiando consecuentemente su estatus de súbdito por el de rebelde. El autor del *Poema* pone en boca de Ramsés lo siguiente:

«Cuan cobardes son vuestros corazones, mis aurigas, ya no queda nadie entre vosotros digno de confianza. ¿Hay alguno entre vosotros al que no haya beneficiado en mis tierras? ¿No aparecí ante vosotros como vuestro Señor cuando érais pobres y os elevé a altos oficiales con mi diaria beneficencia, colocando al hijo en las posesiones de su padre y haciendo cesar el mal que había en esta tierra? Y puse en libertad a vuestros sirvientes, y os devolví los que os habían arrebatado. A cualquiera que me hacía una petición siempre le contestaba: «Lo haré». Nunca hubo Señor que hiciera por su E. tanto como Mi Majestad hizo por vosotros. Este crimen cometido por mi infantería y mis aurigas es más grande que todo lo que puede decirse.»

Como veremos en nuestras consideraciones sobre las consecuencias de la batalla, lo que ha sido interpretado por algunos comentaristas como una continuación de aquella al segundo día, puede explicarse más creíblemente como la visita del faraón a los juicios sumarios a un gran número de sus «cobardes» soldados, a los que él había declarado súbditos «rebeldes».

El ejército de Ramsés

Fue con toda probabilidad durante el corto reinado de su padre Ramsés I, cuando el príncipe heredero Seti comenzó la tarea de incrementar el E. egipcio. La necesidad de llevarlo a cabo surgió del objetivo asumido por la nueva dinastía de recuperar las tierras egipcias perdidas en la Siria central. Tal ambición, por su propia naturaleza, sólo podía llevarse a cabo mediante la fuerza de las armas y en el reino de Hatti, la nueva dinastía tenía un enemigo formidable.

Aunque contamos con muy pocos datos acerca del servicio de información militar en el antiguo Egipto, parece razonable pensar que este estado, al igual que otras potencias de la época, realizarían grandes esfuerzos para tratar de descubrir el potencial militar de los reinos rivales. Con esta premisa, se comprende la enorme expansión del E. egipcio, pues el reino hitita ya había demostrado en muchas ocasiones su capacidad para organizar grandes y altamente eficaces ejércitos. Ciertamente las actividades militares de los hititas durante el si-

glo anterior habían hecho mucho para que su enorme poder fuera lo suficientemente conocido. Como consecuencia de ello, Seti no se hacía ilusiones en cuanto a la magnitud de la empresa militar que tenía delante de él y para revitalizar el imperio

egipcio y arrebatar con éxito a Hatti los territorios de Siria central, sería necesario realizar un enorme esfuerzo a fin de equipar y organizar un E. más grande que cualquier otro organizado en Egipto hasta entonces.

► **Miembro de la Inf. pesada egipcia.** Durante todo el Imperio Nuevo, el E. egipcio se organizó alrededor de un núcleo de veteranos como éste que habían servido mucho tiempo en la Inf. pesada. Si bien este *menfiy* a menudo y endurecido por la batalla lleva el mismo armamento formado por la espada *khopesh* de bronce y la lanza típica de la mayor parte de los infantes del Imperio Nuevo, su aspecto es el de un soldado de la XIX Dinastía, por lo que representa a la Inf. pesada que formaba los cuatro CEs. de Amón, P'Re, Sutekh (Set) y Ptah, en la batalla de Qadesh. Entre las características distintivas de la XIX Dinastía se encuentran la prenda de cabeza, más resistente; la armadura corporal endurecida y con forro acolchado, y un taparrabos de gran tamaño y de forma ovalada. (Angus McBride)





El ejército de campaña

Esta expansión puede observarse más claramente en la adición de dos CE. más al E. de campaña. Era tradicional que los soldados egipcios marcharan y combatieran agrupados en contingentes locales. En el Imperio Nuevo éstos estaban organizados en CE. completos que, cuando estaban con todos sus efectivos y preparados para la campaña, tenían aproximadamente 5.000 hombres. Aunque un pasaje incompleto de los anales de Tuthmosis III indica que este E. podría haber estado organizado en cuatro CE. durante la batalla de Megiddo, en fecha posterior solamente se mencionan dos, en un edicto de Horemheb. Un tercero, el de Sutekh (Set) fue organizado bien durante el reinado de Ramsés I, o por Seti, y el cuarto a principios del reinado de su hijo Ramsés II. Cada uno de estos CE. estaba estacionado en una región-estado o templo de Egipto y tomaba su nombre en honor al dios local. El de Amón era el de Tebas, el de P'Re, el de Heliópolis y el de Sutekh, organizado con hombres del delta noreste estaba estacionado en Avaris, capital del viejo Hicsos. El cuarto, nombrado en honor al dios Ptah, había sido reclutado en la región menfita. Estos cuatro CE. eran los que componían el grueso de las fuerzas egipcias que fueron desplegadas para la campaña de Qadesh.

Es interesante observar cómo varios comentaristas consideran la decisión de Ramsés de disponer el avance de su E. sobre Qadesh en cuatro CE. diferentes como un gran error por su parte. Esta interpretación les permite criticarle severamente y argumentar que fue esta «decisión» de «dividir» su E.

▲ Aunque pertenece al siglo XV esta pintura procedente de una tumba tebana muestra la técnica de fabricación de escudos que apenas había cambiado dos siglos más tarde. Una vez raspado el cuero, recibe la forma adecuada para ajustarse a la estructura de madera. Los escudos ya

terminados pueden verse detrás de la figura que se encuentra en la parte superior central de la pintura. Cueros de vacas eran utilizados para los escudos de los soldados ordinarios, en tanto que los de las personas reales se confeccionaban con pieles de animales más exóticos.

la que abrió el camino que permitió a los hititas atacar estas desconectadas fuerzas, poniéndoles al borde de una catastrófica derrota. Estas críticas no son válidas pues está completamente aclarado que el avance del E. hacia Qadesh en cuatro CE. no fue un capricho de Ramsés sino totalmente coherente con la práctica militar egipcia de la época y había, por supuesto, buenas razones estratégicas y logísticas para operar de esta manera.

La naturaleza deliberadamente independiente de cada CE., compuesto cada uno de ellos aproximadamente por 5.000 hombres, de los cuales 4.000 eran de Inf. y los 1.000 restantes a cargo de los 500 carros agregados a aquellos, proporcionaba al faraón un importante grado de flexibilidad en campaña. La separación geográfica en estas operaciones, en las que cada uno de estos CE. podía realizar misiones independientes, quedaba equilibrada por el hecho de que actuaban dentro de una distancia que permitía un apoyo mutuo, aunque está claro que también podían actuar independientemente y a una mayor distancia cuando fuera necesario. Uno de los mejores ejemplos de esta práctica, sin contar

el mismo Qadesh, procede de la primera campaña de Seti, en el norte de Palestina, hacia 1318; con el fin de poder destruir una coalición de príncipes asiáticos, «...Su Majestad envió al primer E. de Amón, llamado "Poder de los Arcos", a la ciudad de Hamath, al primer E. de P'Re, llamado "Abundancia de Valor" a la ciudad de Beth Shan, y al primer E. de Set, llamado "Fuerza de los Arcos" a la ciudad de Yenoam». Una bien equilibrada fuerza de Inf., arqueros y carros fue suficiente para enfrentarse en una campaña por etapas contra una reciente coalición formada por varios príncipes palestinos. Es cierto que este tipo de excursiones armadas es más propia de las operaciones militares egipcias del período del Imperio Nuevo, de lo que jamás lo fueran las batallas totales como las de Megiddo o Qadesh. Mientras que por una parte la estructura del CE. egipcio implicaba una gran flexibilidad táctica, también era una buena y racional respuesta a las dificultades de abastecimiento y avituallamiento de los grandes contingentes de hombres de este período. La toma en consideración de estas circunstancias nos proporcionará elementos de juicio para la correcta comprensión del desarrollo de los acontecimientos en Qadesh.

Aunque el E. egipcio poseía una intendencia bien organizada, el avituallamiento de una gran fuerza expedicionaria en marcha a través de Canaán rumbo norte hasta Siria, dependía grandemente del aprovisionamiento de suministros proporcionados por los gobernantes vasallos a lo largo de la línea de marcha. Aunque las campañas militares estaban limitadas a la época del año conocida como la estación en que «los reyes iban a la guerra», el almacenamiento a largo plazo que efectuaban los vasallos de las provisiones necesarias para alimentar al E. requería un largo preaviso, a lo que se hace referencia en las cartas de El-Amarna donde, por ejemplo, Arzawiya de Rukhizzi afirma «...el rey mi Señor ha escrito en lo concerniente a los preparativos necesarios para la llegada de las tropas del rey mi Señor, y también de la llegada de sus muchos comisionados».

Una vez fuera de los territorios bajo control egipcio el E. tenía que recurrir a las provisiones almacenadas que eran transportadas en carretas tiradas por bueyes. Los beneficiarios de estos suministros serían los oficiales y militares de las categorías superiores; otros vehículos transportaban pienso y forraje para los tiros de caballos de los carros de combate. A pesar de la indudable eficiencia de los escribas que supervisaban la provisión de suministros y el racionamiento, la logística de la Edad del Bronce no preveía el abastecimiento de las necesidades de todas las tropas de un CE. en marcha.

Para una fuerza de 5.000 hombres el tren de suministros no solamente hubiera sido enorme sino lento (¡los bueyes no son conocidos por su rapidez de movimiento!). Los soldados de inferior graduación se veían obligados, al igual que muchos otros ejércitos en la historia, a vivir sobre el terreno; la minuciosidad con que los escribas e intendentes eran instruidos para calcular las necesidades de suministro y la realidad de no tener nunca suficiente para alimentar a todos los soldados de un CE. está muy bien descrita en muchos de los papiros existentes.

El avance por CE. de forma organizada, permitía a una fuerza abastecerse a sí misma sin necesidad de asolar la tierra completamente para los que venían detrás. En la práctica, y suponiendo una media de avance entre trece y quince millas por día (esta cifra no es inventada, sino que es el promedio de millas que avanzaba el E. egipcio a través del Imperio Nuevo en su desplazamiento desde Egipto a Canaán y Siria, cuando se mencionan), la distancia entre cada CE. en una línea de marcha hacia el punto de encuentro designado, en este caso la llanura de Qadesh, debería ser aproximadamente la mitad de esa distancia o menos. Tal es la cifra que se revela en el texto del *Poema*, en que la distancia entre Ramsés, Amón y el CE. de P'Re, en el cruce del vado «al sur de la ciudad de Shabtuna», es de «1 iter». La precisión con la que el autor del *Poema* emplea esta unidad de distancia indica sin lugar a dudas que es una unidad estándar sacada de un manual militar o documento similar. Se han dado cifras muy diferentes por los comentaristas para determinar su valor, que van desde 1,5 millas hasta 12,5-15,5 millas. Tales diferencias son excesivas. Dado que la distancia que separaba los CE. de Amón y P'Re al comienzo de la batalla es en sí misma de gran trascendencia para establecer un marco temporal creíble del desarrollo de los acontecimientos, es muy importante la determinación de esta distancia con cierto grado de exactitud. Con el campamento de Ramsés situado al noroeste de Qadesh, la distancia hasta el vado sería aproximadamente de 7,5 millas con lo que a la medida nacional de «1 iter» le corresponderían aproximadamente 6,5 millas. Utilizando esta cifra como unidad se puede deducir que el 2º CE. en la línea de marcha, suponiendo el ritmo indicado, acamparía siempre en una zona que no había sido ya «asolada» por el saqueo efectuado por las tropas del CE. anterior. Sin embargo, el 3º y 4º CE., si avanzaban a lo largo del mismo eje, apenas encontrarían nada con lo que sustentarse.

Tales consideraciones eminentemente prácticas llevaron a determinados comentaristas a sugerir

con razón que los CE. de Ptah y Sutekh podrían haber seguido una línea de marcha paralela a la de Amón y P'Re a lo largo de la orilla occidental del Orontes, en vez de seguir directamente las huellas de las dos primeras Divs. en su avance por la orilla este, como se cree normalmente. Esto podría estar apoyado por una referencia del *Poema* según la cual Ptah «al estar al sur de la ciudad de Aronama», está situado en la orilla occidental del río. De hecho, dado que Ptah posiblemente no necesitó vadear el río por Shabtuna, como habían hecho Amón y P'Re, pudo avanzar con relativa velocidad en apoyo de Ramsés, tras recibir la noticia traída por el Visir,

que había sido específicamente enviado con ese propósito antes de la batalla, sobre la comprometida situación del faraón. No obstante, la mayor parte de los comentaristas suponen que los cuatro CE. avanzaron a lo largo de la misma ribera del Orontes.

Las armas combatientes

A diferencia de los hititas contra los que se estaban preparando a combatir, la potencia del E. egipcio descansaba en su Inf. en vez de en sus carros, con lo que el E. egipcio del Imperio Nuevo muestra



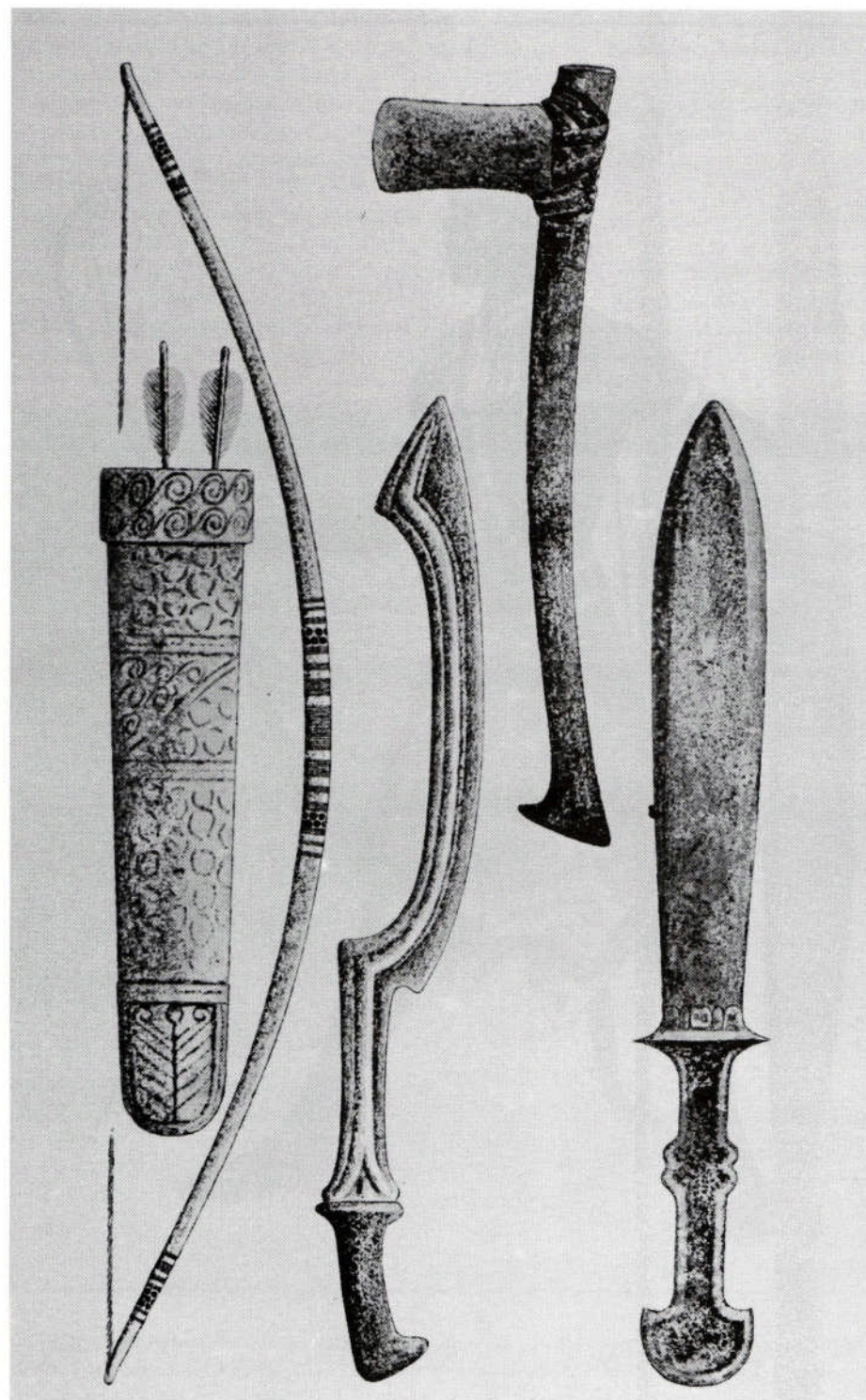
◀ *En la época de Qadesh, en el año 1300 el E. egipcio era una fuerza altamente profesional que tenía un nivel social elevado dentro de Egipto. A pesar de la aparición del arma de carros al comienzo de la XVIII Dinastía, seguía siendo esencialmente un E. de Inf.; la del Rameside que aquí se muestra lleva los escudos sujetos a la espalda y además de las lanzas llevan bien un hacha de combate de cabeza de bronce o la espada guadaña conocida como khopesh.*

► *Arquero nubio de la XIX Dinastía. Nubia era muy apreciada por los faraones del Imperio Nuevo, no solamente por sus provisiones de oro así como de otros productos y recursos naturales, sino también por sus hombres. Los nubios sirvieron como Inf. mercenaria aprovechando su conocida destreza con el arco; conservaron su vestimenta característica y servían en sus propias unidades. Los cuatro CE. que participaron en Qadesh contaron con arqueros nubios. (Angus McBride)*



una extraordinaria continuidad con las fuerzas militares de los Imperios Antiguo y Medio. Esto no es de extrañar ya que Egipto siempre poseyó una mayor dotación de fuerzas nativas que sus enemigos y siempre pudo utilizarla para formar el núcleo de su poder militar. Aunque con la llegada de los carros su movilidad era estimada y se desarrolló como un arma de combate extraordinariamente efi-

caz, incluso en el cenit de su prestigio militar el E. continuó organizado en torno a las Cías. de Inf. de los CE. respectivos. La utilización de grandes cantidades de tropas de Inf. permitió también a los egipcios aprovechar su experiencia en la movilización y administración de grandes organizaciones en sus importantes proyectos arquitectónicos faraónicos. Estas experiencias se trasladaron de manera



▲ El inventario básico del armamento utilizado por la Inf. egipcia en Qadesh. Junto al arco mixto están el hacha de cabeza de bronce, la espada khopesh y la daga de bronce. Estas tres últimas armas

eran utilizadas por las tropas de ataque cuerpo a cuerpo. El arco mixto era muy potente y constituía la principal arma ofensiva tanto de la Inf. como de los carros de guerra.



▲ Una de las más antiguas ilustraciones existentes de un jinete a caballo perteneciente al reinado de Horemheb puede verse en la esquina izquierda de esta foto. La forma de montar como si se tratara de un asno, indica que aún no se dominaba la técnica de cabalgar a lomos de caballo. Es de notar también el tamaño relativamente pequeño del animal que hoy sería considerado como un pony de gran tamaño.

natural al E. que adoptó muchos de los procedimientos administrativos empleados para tales fines en Egipto.

Organización: la infantería

Los 4.000 infantes que componían un CE. estaban organizados en veinte Cías. o *sa* con 200 a 250 hombres cada una. Su espíritu de cuerpo se promovía mediante la adopción de estandartes específicos, muchos de cuyos nombres (procedentes del Imperio Nuevo) han sobrevivido. La mayoría de ellos son anteriores al período de Ramsés como sucede con los del «Toro en Nubia», «los Resplandores de Atón», «el León merodeador», «Menkepere: el destructor de Siria», «Manifiesto en Justicia» y

«Esplendor de Atón» pertenecientes al reinado de Amenophis III. Es probable que en el tiempo de Ramsés II los nombres de las Cías. hicieran, de la misma manera, alusiones específicas a los títulos reales del faraón y a la veneración del dios Sutekh en esa dinastía.

Dentro de cada Cía. los soldados se dividían a su vez en unidades (Us.) de 50 hombres. En la batalla las Cías. se organizarían en una falange; los soldados más experimentados (*menfy*) prestarían servicio en las filas delanteras, y los reclutas (*nefru*) y reservistas en la retaguardia. Los soldados extranjeros, de los que había muchos en la época de Ramsés, mantenían su propia identidad, bien prestando servicio dentro de su propio CE. o empleados como unidades adicionales al lado de las tropas

regulares nativas egipcias. Compañías de libios, nubios, cananitas y sherdenos, estuvieron al servicio de los egipcios y, aunque a veces se les describe como «mercenarios», eran más bien prisioneros que preferían la vida como soldados en el E. del faraón a la alternativa de la esclavitud.

Los *nakhtu-aa* son los que aparecen más frecuentemente representados en los relieves egipcios.

Estos formaban la Inf. conocida coloquialmente como los «muchachos de fuerte brazo», especialistas en combates cuerpo a cuerpo y dotados de un variado armamento, escudo y armadura corporal rudimentarios. El arma principal ofensiva de los Es. de Ramsés, sin embargo, era el arco mixto; empleado en grandes cantidades por la Inf. y los carros, eran disparados bien flecha a flecha o en andana-

das y constituían un arma mortal en las manos de un arquero experto.

El arma de carros

En la época de Qadesh, el arma de carros egipcia tenía ya una tradición de empleo en guerras móviles que se remontaba a casi 300 años atrás. Grandes

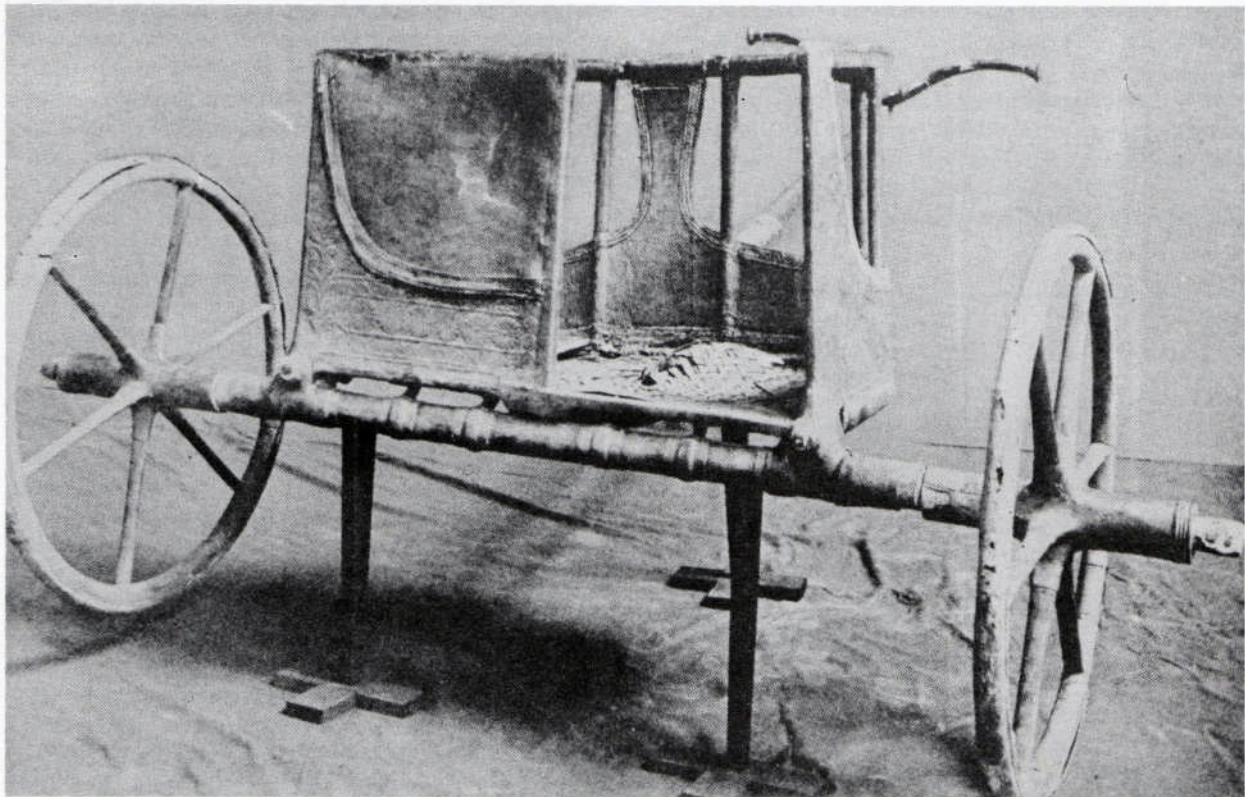
y magníficamente equipados, el modelo específico de carro egipcio había alcanzado el cenit de su desarrollo. A diferencia de su contemporáneo hitita estaba diseñado sobre todo buscando la velocidad y maniobrabilidad; su ligero peso e incluso su aspecto delicado ocultaba lo que en realidad era un robusto y fuerte vehículo. Aquí yacía la clave en su despliegue en el campo de batalla. Su poder ofensivo no estaba en su peso sino en su capacidad de girar con rapidez, cambiar de orientación y volver a la carga, atravesando las líneas enemigas y funcionando como una plataforma de fuego móvil que daba a los *seneny* o tripulantes, la oportunidad de lanzar grandes cantidades de flechas con sus arcos mixtos. La táctica consistía en evitar, dentro de lo posible, resultar empujados en combates cerrados, donde los vehículos hititas, con sus tripulaciones de tres hombres y sus largas lanzas, podrían decidir el combate en su favor. Fue sin duda la versatilidad de los carros de guerra la que salvó a Ramsés en Qadesh.

A diferencia de sus hermanos hititas, el arma de carros de guerra no actuaba de forma totalmente independiente sino que estaba agregada a los CEs. de Inf. En la época de Qadesh, los carros de guerra estaban asignados a estos CEs. en una proporción de 25 vehículos por cada Cía. No todos ellos eran del tipo de combate, más pesado, sino que también había otras versiones más ligeras para las misiones de exploración y de comunicaciones. Para el combate, sin embargo, se establecía una organización jerárquica en la que los carros se agrupaban en escuadras de diez Us., escuadrones de cincuenta y en una U. mayor llamada *pedjet*, al mando de un oficial con el título de «Jefe de las huestes de carros de combate» y que contaba con 250 carros aproximadamente.

No es posible precisar el tamaño de la fuerza de carros de combate egipcios en Qadesh aunque no pudieron ser menos de 2.000 vehículos distribuidos entre los CEs. de Amón, P'Re, Ptah y Sutekh, si suponemos que, aproximadamente, cada CE. tenía asignadas aproximadamente 500 máquinas. A éstas necesitamos añadir las de Ne'arin, ya que al no ser tropas egipcias nativas, sus carros no habrían sido asignados a los CEs. Lo que está claro es que un considerable número de carros egipcios estaban aún de camino a Qadesh cuando tuvo lugar la batalla y jamás participaron en el combate. Su llegada después de terminada la batalla proporcionó a Ramsés un nuevo contingente de carros de refresco, quizás lo suficientemente numeroso para disuadir a los hititas de realizar un nuevo combate. Ciertamente, si Ptah y Sutekh no participaron en la batalla, los carros disponibles por el faraón habrían

◀ El carro de guerra de Ramsés II. Esta lámina ilustra muy bien el aspecto del faraón dirigiendo el contraataque contra los carros hititas durante su asalto al campamento de Amón. Tirado por sus dos famosos caballos, «Victoria en Tebas» y «Mut está contento», y dirigido por su conductor personal, Menna, Ramsés se dispone a disparar su arco contra los carros enemigos. Se puede ver claramente la armadura de láminas de bronce de los caballos y la larga cota de laminas del faraón. (Angus McBride)



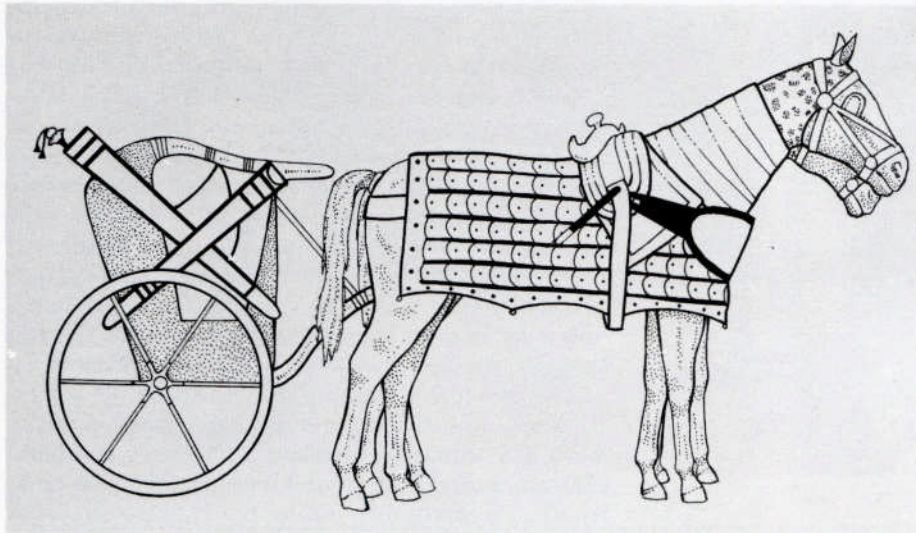


▲▼ En la época de la batalla de Qadesh los carros de guerra egipcios y sus tripulaciones habían evolucionado hasta convertirse en una sofisticada y altamente refinada máquina de guerra. Con una buena combinación de movilidad y potencia de

fuego, puede decirse que era lo último en la guerra de carros en la Edad de Bronce. Originariamente basado en los modelos cananitas legados por sus mentores de Hicsos, se habían convertido en la época de Qadesh en auténticamente «egipcios». La ligereza de

su diseño fue siempre una de sus características que ha sido frecuentemente confundida con debilidad estructural, cosa que está muy lejos de ser cierta, y de hecho, sus características representan el equilibrio óptimo entre la ligereza y la fortaleza. La

fotografía, que ilustra un carro ligero perteneciente al reinado de Amenophis III, muestra las características comunes a todos los tipos de carros egipcios, especialmente el eje situado en la parte posterior del carruaje y las ruedas muy separadas que facilitaban un extraordinariamente rápido y pequeño radio de giro tan importante en las tácticas egipcias. El carro de guerra, más pesado, que se muestra en la parte inferior era estructuralmente más fuerte, con el fin de poder acomodar la gran cantidad de armas que transportaba, y al seneniy con armadura de laminas o arquero que utilizaba el arco compuesto en combate. Ciertamente fue la altamente efectiva utilización mixta de los carros lo que salvó a Ramsés en Qadesh.

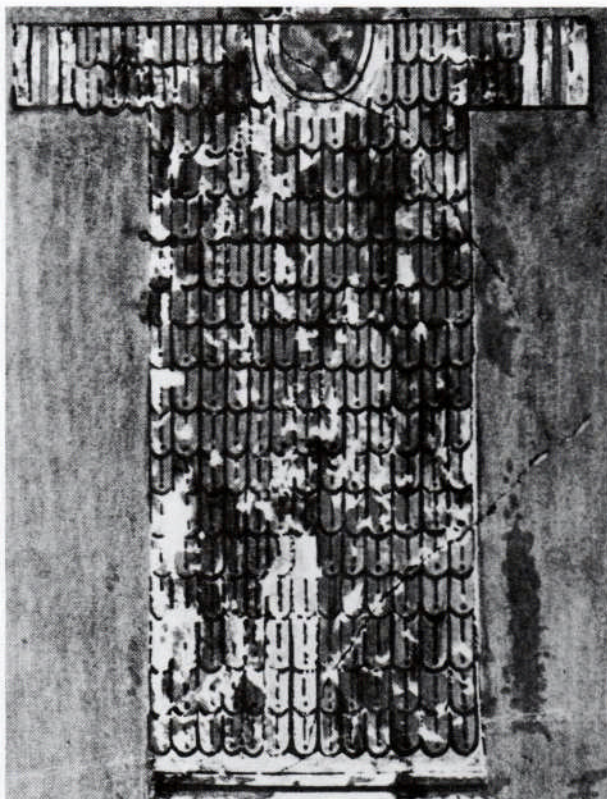


alcanzado aproximadamente la mitad de los disponibles para la campaña. El gran logro de los egipcios en Qadesh fue el haber mellado el poder ofensivo de los carros hititas, de tal forma que privaron a Muwatallish del arma en la que había confiado su victoria.

► Esta pintura mural perteneciente a la tumba de Kenamon en Tebas y que data del reinado de Amenophis II nos muestra las características esenciales de la armadura de láminas de bronce utilizadas por muchos de los hombres que tripulaban los carros en Qadesh. Otros modelos, entre los que se incluye el que utilizó el faraón en la batalla y que se muestra en otro lugar de este libro, indican que también se emplearon láminas de menor tamaño.

▼ Aunque no es históricamente rigurosa en muchos aspectos, las

siguientes fotografías de la versión de Los Diez Mandamientos de Cecil B. de Mille, de 1956, muestran de una manera muy fiel el aspecto de los carros del Rameside. Muchas de las características esenciales de los carros utilizados en Qadesh han sido muy bien reproducidas; el anacronismo más evidente es la utilización de metal y plástico en lugar de madera en las ruedas de seis radios. A pesar de todo, estas reconstrucciones ofrecen extraordinariamente bien el aspecto de ligereza del carro egipcio. (BFI)





▲ Una magnífica instantánea que nos muestra el avance en masa de los carros egipcios. Está muy bien conseguida la densidad de los vehículos en movimiento y la impresión de la gran longitud de la fila formada en realidad por un pequeño número de carros. Aquí puede verse un escuadrón formado por cincuenta carros, que normalmente estaría al mando de un oficial conocido como el «portaestandarte de los guerreros de carros». En cada uno de los CE. egipcio había de 200 a 250 de ellos, o cuatro o cinco escuadrones. Si se examina atentamente la fotografía de la carreta árabe vadeando el Orontes «al sur de Shabtuna», que aparece más tarde en este libro, se ve claramente que el cruce de un número tan grande de carros habría llevado

bastante tiempo. ¿Cuanta credibilidad por tanto podemos dar a la afirmación del Rameside de que en la primera oleada del ataque hitita cruzaron el Orontes 2.500 carros para asaltar el CE. de P'Re y atacar el campamento de Amón? El cruce de tan gran número de carros habría llevado muchas horas. Si tal suposición es correcta, estaremos de hecho admitiendo la presencia de un número de carros hititas mucho más pequeño del que hasta ahora se ha dado por supuesto. (BFI)

◀ En esta instantánea perteneciente a Los Diez Mandamientos Ramsés sujeta una de las largas y pesadas flechas de las que se ven frecuentemente atravesando los cuerpos de los muertos hititas en Qadesh. Disparadas desde arcos muy potentes estaban diseñadas para penetrar las armaduras de láminas de bronce utilizadas por muchos hititas. La figura del león rampante en el alojamiento del arco en la parte frontal derecha del carruaje era especialmente venerada por Ramsés II, y era símbolo de su poder y voluntad de combatir.

► Los guerreros sherden que formaron parte de la guardia de élite de Ramsés II en Qadesh aparecen en muchos de los relieves que representan la batalla. Estos extranjeros habían llegado al E. después de haber sido capturados mucho tiempo antes durante el reinado del faraón tras invadir el delta del Nilo. Su destreza en el combate y especialmente su armamento, sobre todo sus largas espadas, había producido una gran impresión a los egipcios. (Rob Chapman)



LA BATALLA DE QADESH

Sucedió que Ramsés II, rey del Alto y Bajo Egipto, despertó en su tienda en la mañana del noveno día, del 3^{er} mes (finales de mayo) del verano, en el 5^o año de su reinado. Acampado entre las tropas del CE. más veterano de Amón, la vanguardia del E. egipcio se encontraba aproximadamente a un día de marcha de Qadesh, en el «montañoso país al sur» de la ciudad. El emplazamiento de la morada nocturna del faraón fue identificado a principios de siglo por el egiptólogo y arqueólogo americano Henry Breasted: un alto y llamativo montículo, conocido como Kamuat el-Harmel, que se eleva unos 600 pies sobre la orilla este del río Orontes. Detrás del faraón y aproximadamente a medio día de marcha se encontraban los CE. de P'Re, Ptah y Sutekh.

Si bien hasta aquí todo es cierto, lo que sucede a continuación está basado en los poco específicos y diferentes relatos de las inscripciones de la época de Ramsés y obliga al lector a ser consciente de las dificultades inherentes a la reconstrucción de los acontecimientos con una exactitud y certeza similares a las de cualquier otra narración. De hecho, la forma en la que los relatos del *Poema*, el *Boletín* y «los relieves» parecen encajar en vez de concordar, origina muchos problemas y deja muchas cuestiones importantes relativas a la batalla sin resolver. No es la menor de ellas la observación de que los sucesos que de forma conjunta forman la «batalla», requieren un marco temporal mayor que el que frecuentemente se da en otras narraciones. De hecho, aparte de la referencia del *Poema* en la que fija el campamento del faraón, al sur de Qadesh, el día 9, no existe ninguna otra referencia a fechas específicas. Por tanto el tiempo, como dimensión de las inscripciones, transcurre sin interrupciones y los sucesos, si se leen de manera no crítica, fluyen en una narración continua. Esta circunstancia ha sido reproducida con frecuencia en los comentarios sobre la batalla, dando la impresión de que todo lo sucedido en ella tuvo lugar en el día 9. El punto de vista que aquí se defiende es que ésto no tendría porqué ser así y que la «batalla» principal pudo tener lugar en el día 10, es decir el día después de que Ramsés y el CE. de Amón acamparan en la llanura de Qadesh. Solamente este marco temporal

tiene en cuenta las complejidades prácticas inherentes a las operaciones de un E. de la última parte de la Edad del Bronce, y que cualquier narración creíble debe considerar.

De acuerdo con el plan de campaña acordado entre Ramsés y sus generales (Grals.), él y Amón levantaron el campamento poco después del amanecer del día 9 con la intención de alcanzar el lugar designado para acampar en la llanura de Qadesh antes del anochecer. No hay ninguna indicación de que el E. avanzara por «nuevos territorios». Qadesh y sus alrededores eran un «terreno privado» conocido de antiguo por el E. egipcio. De hecho, probablemente habría muchos soldados y oficiales en los diversos CE. que podrían recordar claramente la gran batalla que tuvo lugar bajo las murallas de Qadesh con el padre de su joven rey. Tenemos muchas razones para creer que Ramsés compartía este recuerdo, al haber estado presente en ella como príncipe heredero. A causa de su anterior experiencia es probable que el emplazamiento del campamento estuviera ya determinado. A pesar del posterior desarrollo de los acontecimientos, hemos de suponer que Ramsés y sus generales contaban con que en unos cuantos días los cuatro CE. egipcios y el de Ne'arin, procedente la tierra de Amor, estarían concentrados en la llanura de Qadesh. Esta es una suposición razonable dado que, como veremos, aunque la llegada de Ne'arin en el día 10 fue altamente fortuita, dada la situación desesperada del faraón, no fue completamente inesperada. Si las cosas hubieran sucedido como el faraón había previsto, la concentración del E. egipcio en Qadesh se hubiera efectuado el día 11, aunque no hubiera estado listo para el combate hasta unos días después (hombres y caballos de ambos bandos necesitaban tiempo para recuperarse de los esfuerzos efectuados durante un mes de marcha).

Es muy importante repetir que ni Ramsés ni Muwatallish tenían ninguna duda de que Qadesh era el lugar de la batalla. Hemos dicho ya que el momento y lugar estaban probablemente determinados con anterioridad. Esto es debido a las limitadas posibilidades logísticas de los Es. de la Edad de Bronce en el antiguo Oriente Próximo. La noción

de sorpresa estratégica mediante una guerra de maniobra era entonces impensable; su equivalente en esta campaña podría ser la más rápida disponibilidad para la batalla una vez finalizada la marcha. Aunque los dos reyes conocían el lugar de la batalla y, aproximadamente, cuando iba a tener lugar, ninguno de los dos podía saber hasta haber establecido contacto entre sus respectivos ejércitos, dónde estaba exactamente el otro. Más importante aún, ambos dependían totalmente de los ojos y oídos de sus exploradores para poder disponer de la información vital que les proporcionaría la decisiva ventaja sobre el otro una vez que se hubiera establecido aquel contacto. ¿Estaba el enemigo listo para la batalla? Porque si uno estaba listo y el otro no, el primero estaría en condiciones de determinar su curso, aumentando al máximo sus ventajas particulares, su táctica y el equipo de su propio E. Solamente si podemos apreciar la importancia vital que tal ventaja daría a los respectivos contendientes, podemos comenzar a comprender lo que ocurrió a continuación.

Engaño

Durante toda la mañana, Ramsés y el CE. de Amón descendieron de la zona montañosa y tras salir del bosque de Robawi comenzó el penoso cruce del Orontes en las proximidades de Shabtuna. Una de las investigaciones topográficas más recientes de ese área, ha identificado, lo que resulta muy interesante, Shabtuna con Tell Ma'ayan, que se encuentra a unas 3,5 millas al norte del vado utilizado con toda probabilidad por los egipcios. De hecho

en ninguna inscripción se dice que sea el mismo Shabtuna, aunque así se ha supuesto y confirmado repetidamente por otros comentaristas. El mayor asentamiento existente cerca del lugar de cruce del río es Ribla, cuya pretensión de fama procede de haber sido utilizado como base por Nabucodonosor II de Babilonia cuando, algunos siglos después, dirigió desde lejos el asedio de Jerusalén.

Como unidad de vanguardia del E. egipcio, Amón tenía un tren de bagaje mucho mayor que el de cualquiera de los otros tres. Se desprende claramente de los relieves que muestran el campamento de Ramsés en Qadesh que muchos componentes de su séquito personal estaban presentes. No solamente estaban varios príncipes reales acompañando a su padre sino también muchos sirvientes y escribas del séquito real para atender las necesidades de su augusto y divino Señor. Por tanto la «cola» del CE. era bastante larga y el cruce del Orontes llevó probablemente bastante tiempo, desde media mañana hasta quizás primera hora de la tarde. La atenta observación de la fotografía del tiro de asnos árabes tirando de un carro, que vadea el río en las inmediaciones de lo que se cree que fue el lugar de cruce de los egipcios, revela que el agua le llega hasta la mitad de las ruedas. El transcurso de tres mil años no ha alterado aparentemente ni el flujo, ni la dirección del Orontes en gran manera. No se necesita mucha imaginación para imaginar que el vadeo de este río por más de 500 carros de guerra, 4.000 infantes, numerosos tiros de asnos y carretas tiradas por bueyes tuvo que llevar mucho tiempo. La manera tan a la ligera en que algunos comentaristas hablan de «cruces de vados» por los egipcios e hiti-

► *Vadeando hoy el río Orontes en las proximidades del «vado de Shabtuna». Fue en esta zona por donde Ramsés y el CE. de Amón cruzaron antes de continuar su avance hacia Qadesh el día 9, tras descender desde las colinas hacia el sur. Los comentarios hechos anteriormente acerca de la forma más bien frívola en que se explica el «vadeo», como si algo sin importancia, se ven confirmados por esta imagen. Probablemente, el cruce del Orontes llevó a Amón varias horas.*



Hatti y sus vasallos sirios en la víspera de Qadesh, hacia 1300 a. C.



► El E. reunido por Muwatallish para luchar por la posesión de la ciudad de Qadesh (Kinsa) contra Ramsés II fue probablemente el mayor jamás congregado por el imperio hitita. A diferencia del E. egipcio era más bien un E. «aliado»; reinos satélites y estados vasallos contribuyeron conjuntamente para reunir la fuerza congregada por el rey hitita, con el fin de acabar con las ambiciones militares de Egipto en Siria central y otros.

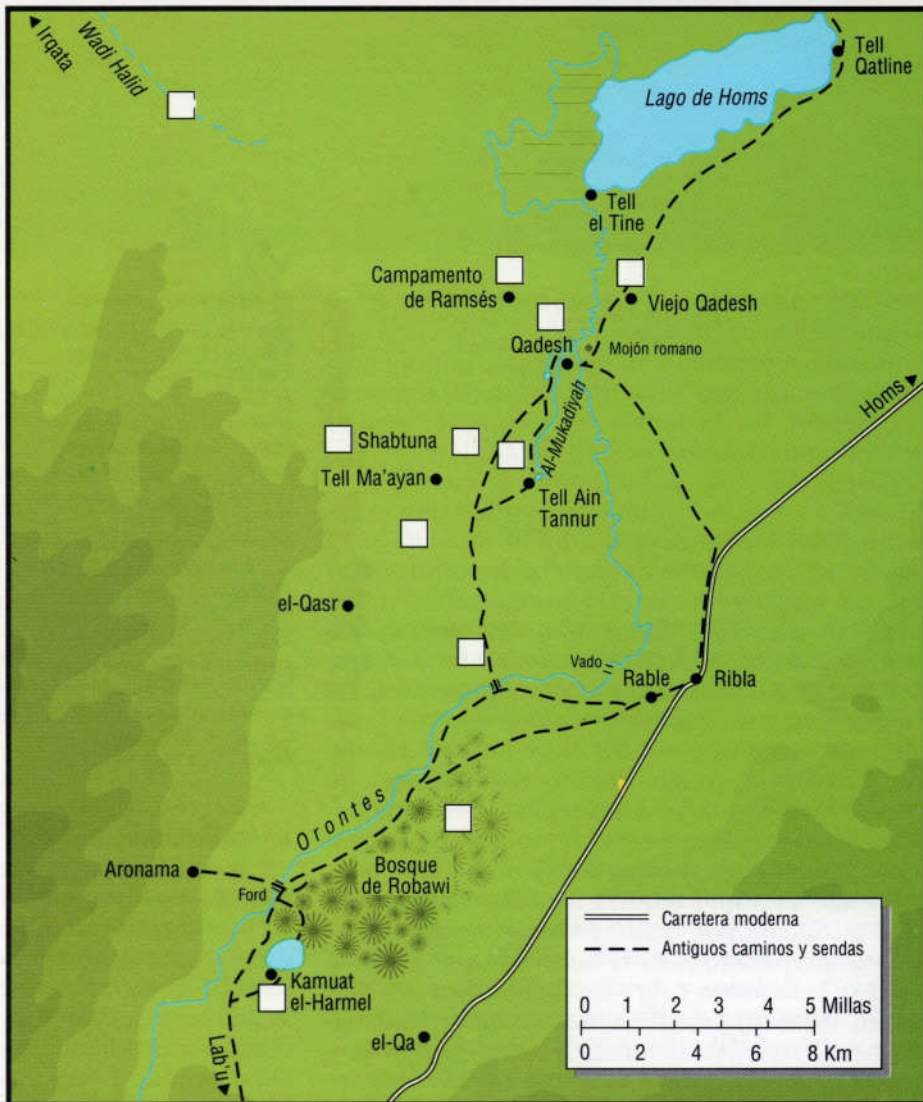
norte de Qadesh, a última hora de la mañana del día 10.

tas sin tener en cuenta las dificultades y el tiempo empleados en ello, roza la incredulidad. El hecho de que tal empresa fue lenta y laboriosa tiene mucha importancia para comprender los acontecimientos posteriores.

Fue poco después de que el Orontes hubiera sido vadeado cuando los dos beduinos shasu fueron descubiertos y llevados ante el faraón. No hay duda en el *Boletín* de que la información que ofrecieron a Ramsés era falsa. De hecho, al ser interrogados dijeron que Muwatallish y el E. hitita no se encontraban cerca de Qadesh «...porque el Venido de Hatti (Muwatallish) está en la tierra de Khaleb al norte de Tunip». Si de hecho habían

Qadesh y alrededores

► Este mapa muestra las principales características de la ciudad de Qadesh (Kinsa) en el momento de la batalla en el año 1300. El campamento de Ramsés en la noche del día 8-9 ha sido identificado con el Kamuat El-Harmel («1»). El bosque de Robawi, a través del cual pasó el CE. de Amón durante la mañana del día 9 estaba en las proximidades de («2»). El cruce del Orontes se realizó con toda probabilidad a través del vado («3») de Ribla, al que se refieren las inscripciones como situado «al sur de la ciudad de Shabtuna» («4»). Desde ahí Amón, procedió directamente a través de la llanura para establecer el campamento del faraón («1») al noroeste de Qadesh («8»). Al día siguiente P'Re siguió la misma ruta y llegó a la zona («6»), cuando la fuerza de carros hitita cruzaba el Al-Mukadiyah, y les atacó en el flanco. A esta hora, el grueso de las fuerzas hititas permanecía aún en el campamento del Viejo Qadesh («9»). El Wadi Halid («1») señala la entrada este al valle Eleuterios, desde donde cruzó el Naharin para dirigirse a la llanura





recibido instrucciones del monarca hitita sobre lo que debían decir al joven faraón, está claro que Muwatallish conocía a su oponente. En un engaño deliberado para alimentar el ego del vanidoso rey egipcio, los beduinos recibieron el encargo de decir que, debido a que Muwatallish tenía miedo del faraón, ¡no había traído su ejército a la ciudad! La suposición de que esto fue una estrategia del astuto monarca hitita pensada para hacer bajar la guardia del faraón, ha contribuido en gran medida a establecer su reputación de inteligente estrategia. No hay ninguna duda de los motivos que impulsaron al rey hitita. En palabras del *Boletín*, los shasu fueron enviados específicamente para ...«impedir que su Majestad se preparara para combatir contra el Venido de Hatti». Un E. egipcio recién llegado a la llanura de Qadesh desordenado, e inducido a creer que había llegado en primer lugar, no solamente necesitaría tiempo para recuperarse y prepararse para la batalla sino que tendría un falso sentimiento de seguridad y por tanto, no estaría psicológicamente preparado para la tormenta que estaba a punto de desatarse sobre él. Con las huestes hititas en su asentamiento y descansadas, Muwatallish estaba en condiciones de desplegar su E. y forzar la batalla mucho antes de que Ramsés estuviera preparado. En la carrera para la ventaja

▲ *Esta es la vista de Qadesh que Ramsés y el CE. de Amun habrían tenido en su avance desde el sur. La misma Qadesh se levantaría orgullosa contra la línea del horizonte sobre el montículo de la Edad de Bronce marcado «A». La línea de vegetación señala el curso del afluente del Orontes Al-Mukadiyah. Es al otro lado de éste y desde la línea de árboles por donde las cuádrigas hititas habrían aparecido de repente para atacar al CE. de P'RE. Esta fotografía nos permite*

una excelente apreciación de la probable proximidad de los egipcios en relación con el Al-Mukadiyah, en el momento de ser atacada. La corta distancia y las buenas condiciones del terreno para la guerra de carros indican lo difícil que habría sido para la columna egipcia que avanzaba rápidamente, disponer de tiempo para efectuar un despliegue defensivo antes de que la fuerza hitita atacara el flanco de su cuerpo de E. (P. Parr)

estratégica en la llanura de Qadesh Hatti, sin duda, ¡había ganado!

No se hace ningún intento en las narraciones egipcias por disimular la candidez del faraón, al aceptar esta información sin contrastarla y embarcarse consecuentemente en una dinámica que llevó al E. egipcio al borde de la catástrofe. Solamente se puede deducir que su mente había quedado tan confusa ante el panorama de posibilidades que se abrían ante la supuesta no llegada de Hatti a Qadesh, que su capacidad de juicio quedó tempo-



ralmente incapacitada. Quizás su aún corta experiencia como jefe militar, junto a un gratuito exceso de confianza y un gran sentido personal sobre su propio destino, le llevaron a ver en ese fortuito desarrollo de los acontecimientos la mano de «su padre» el dios Amón. Sin considerar siquiera la necesidad de confirmar la información de sus exploradores, y desatendiendo la opinión de sus oficiales, dió la orden de que el CE. se dirigiera a Qadesh de inmediato.

La posición exacta del campamento egipcio no ha sido establecida, pero es muy probable que estuviera casi exactamente en la misma posición ocupada por Seti algunos años antes. Con acceso a fuentes de agua sería un emplazamiento adecuado para que el E. egipcio pudiera acampar y esperar, según se suponía, al E. de Hattí. De una manera parecida a las *castra* de las legiones romanas de un milenio después, las tropas de Amón levantaron el campamento, cavándose un perímetro defensivo con terraplén y con los escudos de la Inf. colocados alrededor de la parte superior como protección adicional. En el interior del campamento todo estaba siendo organizado para una estancia prolongada; en el centro se colocó un santuario para el dios Amón y la gran tienda del faraón donde podía ser atendido por su séquito. Ciertamente, todo parecía estar bien, y «Su Majestad tomó asiento en un

▲ *En esta panorámica del Tell Nebi-Mend desde el sureste, el montículo de la Edad de Bronce queda a la derecha del Tell. Han sido descubiertos niveles helénicos y romanos en*

la parte media e inferior de aquel (al sur). (P. Parr)

trono de oro». Tal y como se le representa en los relieves acerca de la batalla, el campamento tenía un aire casi doméstico. En la complacencia de esta tranquila tarde de primeros de mayo, y con el faraón probablemente de excelente humor creyendo que había tomado la delantera a su adversario, llegaron de repente, las noticias que debieron haber estremecido a Ramsés, aunque fuera de manera temporal, hasta el mismo tuétano.

Uno de los exploradores del faraón había regresado con dos prisioneros que se hallaban merodeando cerca del campamento egipcio; al negarse a hablar, fueron sometidos a un fuerte castigo antes de ser arrastrados a la «Presencia». Las preguntas que el faraón les hizo indican sin lugar a dudas que aún no había comenzado a sospechar el peligro que aquellos representaban. A continuación, Su Majestad les dijo, «¿Qué sois vosotros?»; quienes eran ellos como personas no le interesaba, lo que quería conocer era quién les había enviado. Al ad-

▼ *Vista de Qadesh, la Kinza hitita, desde el noreste. El campamento hitita quedaba en esta dirección, aunque algunas millas más al norte en el lugar del Viejo Qadesh. Se supone que el avance hitita hacia Qadesh habría quedado oculto por la vegetación de las orillas del Orontes así como por el montículo del mismo Qadesh, y si es así, la consecuencia debe también ser aceptada y es que sin sus exploradores, Muwatallish no podría haber sabido el momento exacto en que Ramsés llegó y acampó en el día 9, debido a que el E. egipcio en la llanura al oeste también quedaba oculto para los hititas. Esta fotografía es también significativa en cuanto que muestra como, en realidad, el desplazamiento del E. hitita, de gran tamaño, desde su base al noreste de Qadesh al sur de la ciudad habría sido una operación larga y compleja, por lo que es*

muy dudoso que Muwatallish lo hubiera efectuado en la mañana del día 10 sin conocer los efectivos del E. de Ramsés. (P. Parr)

► *En esta vista desde el montículo en dirección este, es fácil ver como Qadesh dominaba la llanura que le rodeaba. Puede verse claramente el perezoso y sinuoso flujo del viejo río Orontes. No fue éste el río que los carros hititas vadearon para poder atacar al CE. de P'Re, sino el afluente Al-Mukadiyah, más pequeño que fluye en dirección norte sur al oeste del Tell.*

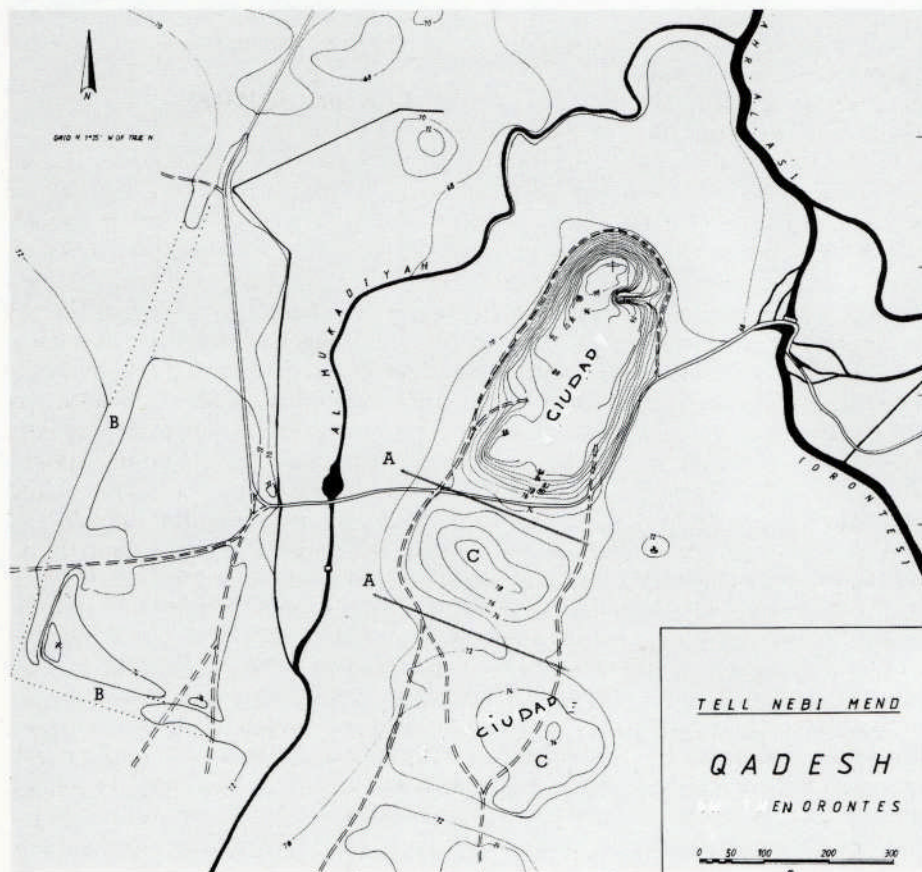


mitir «pertenecer» al rey de Hatti los exploradores enemigos comenzaron a sacar a Ramsés de su error de que el E. hitita se encontraba a varios días de distancia al norte, y que en realidad, «Están la Inf. y los carros que transportan sus armas de guerra, y son más numerosos que la arena de las orillas del río. Están, equipados y listos para combatir, detrás de Qadesh el Viejo». Ramsés se sentó incrédulo y, en seguida, cayó en la cuenta de la enorme trascendencia de esa información. En la situación

en que se encontraba no podía evitar la abrumadora probabilidad de que él y su E. egipcio se hallaban ante un desastre total. Convocando rápidamente una conferencia con su estado mayor, Ramsés les reveló la terrible situación a que les había conducido su decisión anterior y hubo total unanimidad en que el único paso que podía darse era efectuar una rapidísima concentración de los tres CE. restantes en Qadesh. «Rápidamente se dio la orden al Visir de que se dirigiera a toda veloci-



◀ Qadesh es representado, en algunos relieves de Luxor, en el Ramesseum y en Abu Simbel (que aquí se muestra). Los tres tienen diferencias en los detalles según el artista, pero los rasgos y características principales se muestran claramente. Qadesh se presenta como una ciudad bien fortificada, construida sobre un elevado montículo y rodeada por ríos y un foso (algunos dicen que dos). Dos puentes salvan el foso, dando acceso y salida a la ciudad.



◀ En este reciente reconocimiento topográfico del Tell Nebi-Mend, se ven algunas características de interés. El montículo de la Edad de Bronce sobre el que se encontraba la ciudadela de Qadesh, que se ilustra en la siguiente fotografía, queda al norte de la línea superior marcada «A». Las dos líneas «A» señalan el posible emplazamiento del foso que conecta el río Orontes situado a la izquierda, con el Al-Mukadiyah situado a la derecha. Una acequia muy posterior, romana o bizantina, está marcada con «B». La «C» señala la situación sobre el Tell del asentamiento helénico o romano. (P. Parr)

dad al E. de Su Majestad que marchaba por la carretera hacia el sur de la ciudad de Shabtuna, para que vinieran hasta donde se encontraba Su Majestad». Parece también razonable suponer que otro mensajero fuera enviado para apremiar la llegada de Naharin al día siguiente. Lleno de consternación Ramsés se dio cuenta de que el monarca hitita que ahora «se hallaba listo al noreste de la ciudad de Qadesh» había sido más astuto que él y que la iniciativa quedaba totalmente en manos de Muwatallish.

¿Qué pasó con los hititas?

Cualquier intento de situar los movimientos de Muwatallish y de las huestes hititas en una secuencia plausible en relación con la llegada de Ramsés a Qadesh, debe hacerse al margen de la narración del *Boletín* según el cual, el E. hitita lanza una acción ofensiva en el mismo momento en que el faraón se encuentra conferenciando con sus oficiales. Hay bastantes razones para hacerlo así y merece la pena exponerlas.

No es la menor de ellas la suposición de que si la conferencia de Ramsés con su estado mayor tuvo lugar en la noche del día 9, como ciertamente se argumentó antes, y suponemos que el *Boletín* está en lo cierto, debemos admitir la realización de un ataque nocturno por el rey hitita. Si bien este tipo de ataques no era desconocido en esta época, la descripción del *Boletín* que habla de «...el miserable Venido de Hatti llegó con su Inf. y sus carros así como con los muchos países extranjeros que se hallaban con él», implica que todas las huestes hititas participaron en aquel. Teniendo en cuenta el tamaño del E. hitita, podemos deducir que tal operación, que requería cruzar del río en una creciente oscuridad, habría sido un desastre con toda seguridad. Aún más importante, la rapidez de la reacción hitita ante la llegada del faraón que sugiere el *Boletín* significa que todo el E. hitita estaba ya en pie y así habría estado durante todo el día, a las espaldas de Qadesh a la espera de que Ramsés llegara. No solamente no tiene sentido la idea de que 40.000 infantes y más de 3.500 carros de guerra estuvieran esperando pacientemente en el calor creciente de principios del verano sirio y con el viento arrastrando el polvo de la llanura contra sus caras, sino que simplemente no cuadra en absoluto con la observación de que Muwatallish no habría sabido hasta última hora del día 9 con certeza que Ramsés había llegado. Para entonces hubiera sido demasiado tarde el inicio del despliegue de un E. del tamaño del que los hititas tenían acampado al noreste de Qadesh.

La información que poseía había llegado al rey hitita procedente de dos fuentes. La más importante de ellas fue con toda probabilidad la de los dos beduinos shasu que, habiendo sido liberados por los egipcios, volvieron a su señor con la noticia de que Ramsés y el CE. de Amón se hallaban en las «inmediaciones al sur de Shabtuna». La otra procedía de los exploradores que Muwatallish había enviado posteriormente para identificar el emplazamiento exacto del campamento del faraón. Parece razonable suponer que otros exploradores, aparte de los dos capturados, participaron en el reconocimiento del lugar de asentamiento de los egipcios. De hecho, lo tardío de la hora en que fueron capturados dos de ellos indica que fueron enviados después de haber recibido la información de los dos beduinos que habían regresado a última hora de la tarde. Por tanto podemos deducir que a última hora del día 9 el rey hitita conocía la situación del campamento del faraón, aunque no sabía cuantas tropas había en él. Debe suponerse que Muwatallish, sabiendo que su E. estaba totalmente descansado y listo para el combate hubiera decidido emprender algún tipo de acción al día siguiente. Lo que importa saber ahora es qué tipo de acción, porque hay buenas razones para suponer que en este momento ni él ni Ramsés tenían prevista una batalla total al día siguiente.

El avance de P'Re

Eran las primeras horas de la mañana del día 10 cuando el Visir llegó al campamento del CE. de P'Re el cual, si el razonamiento anterior es correcto, se hallaba vivaqueado en los alrededores del vado de Ribla. Eran las primeras luces de la fría mañana y los soldados se hallaban aún durmiendo tras las fatigas de la marcha del día anterior. Exceptuando algunas Us. de guardia, los carros estaban desenganchados y los caballos trabados. La tranquilidad de esta escena al amanecer fue rota por la inesperada llegada del carro que transportaba al primer ministro del faraón, a la que siguió una intensa actividad mientras los altos oficiales del CE. eran despertados para escuchar la llamada urgente de su Señor. En un evidente estado de agitación el Visir les dio la orden en nombre de Ramsés de marchar hacia Qadesh y hasta el otro lado del campamento llegaron los gritos de órdenes en sucesión, sonaron las trompetas y repicaron los tambores. Los soldados aún abotargados por el sueño eran despertados con sacudidas o a patadas recibiendo la orden de prepararse para una rápida salida. A pesar de la urgencia el CE. debió haber necesitado unas cuantas horas para preparar la mar-



◀ La línea de vegetación que cruza la fotografía marca el curso del afluente del Orontes, Al-Mukadiyah. Más allá se encuentra la llanura sobre la cual tuvo lugar la batalla, y que se extendía de tres a cuatro millas hasta el pie de las montañas libanesas. Es probable que en la antigüedad esta llanura no estuviera cultivada por lo que habría sido perfecta para las maniobras de grandes masas de carros de guerra, al proporcionar unas condiciones físicas óptimas para su empleo. El ataque hitita a P'Re, que seguramente avanzó de izquierda a derecha a una distancia del Al-Mukadiyah no determinada, habría emergido desde la línea de vegetación tras vadear el río. Se puede ver fácilmente como después de haber sido diseminados por efectos del asalto sobre su flanco, apenas había cobertura para los soldados egipcios presas del pánico, muchos de los cuales habrían sido arrollados por los hititas. (P. Parr)

Paradójicamente, ¡lo que ha llegado a ser considerado como el arquetipo de batalla iniciada por la astucia y la estratagema puede en realidad haber sido cualquier cosa menos eso!

Se entra en combate

El sol ascendía ya sobre la bruma de las primeras horas de la mañana cuando el CE. de P'Re, tras atravesar las frías aguas del Orontes, comenzó su concentración final antes de emprender la marcha en dirección al campamento del faraón situado a unas 6,5 millas hacia el norte.

Desde *mer-mesha* se había transmitido la noticia, a lo largo de la columna, que la marcha al norte se haría a paso rápido, ya que la urgencia era lo más prioritario. Para los *menfy* de las filas delanteras de la columna de Inf., canosos veteranos de las campañas anteriores de Seti y Ramsés, la marcha de combate no era ninguna novedad. Para los que ésta era la primera campaña, sin embargo, la urgencia de las horas anteriores les habría puesto nerviosos y en un estado de ansiedad, ante la inseguridad de lo que podría pasar. Durante el mes anterior muchos veteranos habrían probablemente animado a su manera a los *nefru* que ahora estaban congregados en la retaguardia de la columna. A pesar del duro entrenamiento que estos jóvenes habían recibido en el *sekheperu* bajo el constante ojo vigilante de los severos sargentos instructores, es evidente que la larga marcha desde Egipto a través de Canaán había dejado exhaustos a muchos de ellos. Para algunos, el cuidado que se daba a estos soldados novatos se debía a un auténtico paternalismo, ya que los hijos de muchos de estos veteranos se encontraban por vez primera entre las filas del E. con ellos. La visible expresión de la compacta relación generacional entre el faraón y su E. era tal, que hacía que muchos de esos hombres tuvieran su propia tierra en Egipto con tal que uno de los hijos estuviera disponible cuando llegara el momento de servir en las filas de su señor. Ahora había llegado el día de pagar la deuda al faraón en el campo de batalla.

A lo largo de la columna se transmitía el sonido de las trompetas de guerra, y sus discordantes notas se unían en una cacofonía de sonidos señalando el comienzo de la marcha. Con una última orden proferida bruscamente por el *tjai-seryt*, los escudos se colgaron de la espalda y las lanzas y arcos fueron echados sobre los hombros mientras que, uno tras otro, con sus estandartes alzados a lo alto y adelante, todos los *sa* de Inf. iniciaron la marcha. Pronto se alcanzó un rápido ritmo. Poco se podía ver a izquierda y derecha de la columna, ya que los

cha al tener que desmontar las tiendas, alimentar los caballos y cargar los carros tirados por asnos y bueyes. El Visir, una vez que hubo recibido nuevos caballos se dirigió al sur para apremiar al CE. de Ptah que se hallaba «al sur de la ciudad de Aronama» (este comentario procedente de los relieves de Abu Simbel atribuye la realización de esta misma tarea al mayordomo del faraón y a un mensajero a caballo. No es descabellado suponer que ambos fueran enviados al día siguiente, aunque a horas diferentes).

Más horas transcurrieron mientras P'Re vadeaba el Orontes, salvando con alguna dificultad las orillas aún revueltas por las tropas de Amón el día anterior. Es totalmente concebible que, ante la urgencia de acudir en apoyo del faraón, la cohesión de las tropas comenzara a romperse al alcanzar la ribera oeste, y es posible que en su deseo de ayudar a su Señor se hubiera descuidado la prudencia mi-

litar hasta cierto punto y fueran enviadas por delante algunas Us. de carros. Si, aunque parezca extraño, las tropas de P'Re no eran conscientes aún de que el combate era inminente, ello podría explicar lo que sucedió a continuación.

En un sentido real nuestra capacidad para entender la «batalla» que tuvo lugar a continuación depende grandemente de si la acción fue deliberadamente iniciada por los hititas, o de si lo que sucedió fue un simple error. Esta especulación nace de la consideración de la importancia que jugaba el protocolo en la determinación de los procedimientos para entablar batalla en el mundo antiguo, y hasta qué punto los egipcios y los hititas en Qadesh estuvieron influenciados por aquellos. Los ejércitos solían acampar primero y el combate se iniciaba mediante acuerdo, y no por un ataque sorpresa. De hecho, hay indicios que señalan que en el antiguo Oriente Próximo el empleo de la sorpresa

como medio de asegurarse una ventaja militar estratégica estaba considerado como ilegítimo. Se ha subrayado también que la sorpresa estratégica conseguida en Qadesh fue considerada por ambos bandos en terminos de una pronta llegada al campo de batalla. Cuanto más tiempo hubiera descansado un E. antes de la batalla mayor era su ventaja ante un desenlace. Es más, el respeto por la legalidad y el protocolo eran característicos de las relaciones de los hititas con sus estados vasallos y con las otras potencias. Es por tanto sorprendente que Muwatallish sea tenido en gran estima si hubiera iniciado la batalla sin observar el mismo protocolo que él, probablemente, se había preocupado en conservar. Este puede o no haber sido el caso en Qadesh, pero hay bastantes indicios que señalan que lo que se conoce como «La Batalla de Qadesh» podría no haber sido el encuentro que tanto Ramsés como su rival hitita habían previsto.

pesados pies y los carros que acompañaban a la columna elevaban nubes de fino polvo que oscurecían todo con excepción del escenario inmediatamente por delante. Por encima de este ruido sordo llegaba el débil sonido de los cánticos de guerra de los *menfy* de la vanguardia, mientras que desde la retaguardia llegaban los estribillos en lenguas extranjeras denotando que los nubios o libios de las tropas auxiliares añadían también sus plegarias. Pero con la llegada del calor de la mañana, el dolor de los castigados miembros y el polvo que todo lo envolvía, los cánticos se fueron amortiguando y todo quedó en silencio a excepción de las roncadas de los soldados y del vibrante, rítmico y pesado paso de miles de pies en marcha. Mientras que Shabtuna quedaba a la izquierda de la columna, la vista hacia el noreste se vio dominada cada vez más por el montículo de Qadesh, con su gran fortaleza destacando orgullosa contra el azul profundo del horizonte y dominando la llanura que la rodeaba. Sobre las almenadas murallas un estandarte a rayas de gran tamaño y con forma de vela ondeaba con la brisa. A la derecha de la columna y a poco más de 3/4 de milla, una franja de vegetación verde marcaba los comienzos de Al-Mukadiyah, el afluente del Orontes que discurría a lo largo de la base del monte y, más tarde, hacia el sur de la ciudad. Aquí la maleza del borde de la llanura se convertía en una lujuriosa vegetación de matorrales, arbustos y árboles que impedían ver lo que se extendía más allá. Fue desde esta línea de árboles, que ofrecía tan extraordinaria cobertura, tras la que comenzaron a salir en ese momento una ingente cantidad de carros de guerra hititas que se abalanzaron sobre las tropas egipcias. Los carros egipcios que protegían el flanco derecho de la columna no tuvieron tiempo de reaccionar siendo atropellados e inmersos en medio de una gigantesca ola de vehículos. Apenas habían comenzado los pesados carros hititas a acelerar sobre la llanura cuando se encontraron de improviso con las abarrotadas filas egipcias situadas en el centro de la columna, disipándose en un momento la inercia de su carrera. El flanco derecho de la columna de P'Re se derrumbó cuando sus hombres fueron atropellados y aplastados bajo las ruedas y las pezuñas de los carros hititas. Las largas lanzas destelleaban a izquierda y derecha en una orgía de muerte, mientras los guerreros hititas apuñalaban a los infantes derribados, los conductores de los carros azotaban a sus caballos hasta que estuvieron cubiertos de espuma mientras profundizaban su camino en las filas egipcias que se desintegraban rápidamente. Fue tal la aglomeración y el miedo en-

gendrado por este feroz asalto que la disciplina desapareció y la Inf. apenas opuso poca o ninguna resistencia. Los soldados arrojaron al suelo sus escudos, arcos y el resto de sus armas; todo era ahora pánico esfumándose la cohesión en el interior del cuerpo de E. En unos minutos había desaparecido cualquier vestigio de orden ante este rápido y totalmente imprevisto asalto. Más cuadrigas hititas seguían apareciendo en la llanura desde un hueco existente entre los árboles que marcaba el camino desde el vado que habían cruzado algunos minutos antes. Tal fue la confusión ocasionada por tantos carros de guerra concentrados en un tan pequeño espacio, que muchas máquinas de Anatolia volcaron, lanzando a sus tripulantes bajo las pezuñas y las ruedas de los carros que venían detrás. Mientras el pánico se extendía por toda la columna egipcia, los hombres de delante se volvieron para observar la desesperada situación de sus camaradas. Una ancha y sangrienta franja había sido abierta a través del centro de la columna de P'Re por la que los carros hititas circulaban, acelerando hasta llegar a la llanura situada al otro lado. A diferencia de las máquinas egipcias, más ligeras, los carros hititas, más pesados, no podían efectuar rápidos virajes o cambios de trayectoria sin volcar, pero desplazándose hacia el oeste podían aprovechar el espacio de la llanura para iniciar un giro hacia el norte.

Todo sucedió tan rápidamente que los Of. superiores situados al frente de la columna necesitaron algún tiempo para comprender exactamente qué es lo que estaba sucediendo. Maniobrando sus carros para obtener una mejor perspectiva vieron cómo el CE. se desintegraba ante sus ojos; una salvaje *mêlée* de carros volcados y tropas llenas de pánico dispersándose por todos los puntos de la rosa de vientos. Sin embargo, estaba claro que el mayor peligro en este momento era la larga fila de carros hititas que avanzaban en una trayectoria deliberadamente paralela al oeste de la columna y al parecer despreocupados del caos de los egipcios a su alrededor. No había dudas de cual era la intención de los hititas. Poco podía hacerse en este momento para salvar a P'Re, por lo que sin más demoras, algunos escuadrones de carros egipcios que estaban a la cabeza de la columna fueron enviados hacia el norte para avisar al faraón de la inminencia del ataque hitita. Con un chasquido de sus latigos los *kedjen* de los carros aceleraron sus caballos tan rápidamente como pudieron, pendientes de la columna hitita que ahora se encontraba en el otro extremo de la llanura y en un camino paralelo siguiendo a la inmensa nube de polvo acelerando también hacia el campamento de Amón y Ramsés.

► Esta variante en los detalles puede verse en la representación de Qadesh en el Rameseum. La representación no está tan bien ejecutada como la de Abu Simbel o la de Luxor, aunque sigue siendo evidente la gran fortaleza que le proporciona su emplazamiento.



El asalto hitita

Durante las primeras horas de la mañana los centinelas situados en la pared de escudos del campamento de Amón habían recibido la orden de mantenerse vigilantes en busca de señales del avance de P'Re. La monótona llanura de la planicie que se extendía al sur hacía difícil distinguir claramente la llegada de una gran columna de tropas a cierta distancia. Esto se empeoraba con la calima del calor que a media mañana creaba reflejo en el aire, y con el polvo fino que transportado por el viento de la superficie contribuían a refractar la clara luz de este día de principios del verano sirio. Aunque el campamento había permanecido en tensión durante la noche siguiente a la alarmante noticia de la proximidad del E. hitita en la orilla opuesta del Orontes, había pocos indicios de que Amón estuviera en peligro de ser atacado. Se suponía que el combate tendría lugar algunos días más tarde, aunque eran pocos los que en el interior de la pared de escudos estuvieran tan seguros como para no desear la pronta llegada del resto del E. Aunque el proceso de levantar el campamento no había terminado totalmente, se había considerado prudente mantener al menos algunos hombres en armas y varias Cías. de Inf. y escuadrones de carros estaban listos para entrar en acción. Si todo iba bien los CE. de P'Re y P'tah, que habían sido llamados con urgencia por el Visir del faraón, llegarían al anochecer y Sutekh les seguiría a primera hora del día siguiente.

Otros ojos estaban vueltos al norte, hacia las montañas desde donde se suponía que pronto llegaría el Naharin tras haber atravesado Amurru por el valle Eleuteros.

Fueron los apremiantes e insistentes gritos procedentes de los guardias de la pared sur los que dieron la primera indicación de que las cosas no marchaban bien. Dedos que apuntaban saliendo de brazos estirados dirigían la atención de los oficiales a las nubes de polvo que venían del sur. Mientras que la de la izquierda se aproximaba con toda claridad al campamento con gran rapidez, la de la derecha se hacía visiblemente más grande a cada momento. Los ojos expertos reconocieron rápidamente la identidad de los carros que se acercaban a gran velocidad y fuertes gritos atravesaron el campamento anunciando la inminencia de su llegada, aunque todavía no estaban seguros de su origen. Transcurrieron sólo unos minutos antes de que el primero de los carros supervivientes de P'Re entrara a toda velocidad en el campamento; los *senenys* señalaban a la enorme nube de polvo que comenzaba a transformarse en una ingente masa de carros hititas que se extendían desde el oeste. La ola de pánico que sacudió el campamento de Amón era casi tangible y en un loco zafarrancho la Inf. tomó las armas que tenía a mano, mientras que en el otro extremo del campamento se producía una frenética actividad entre las tripulaciones que enganchaban los tiros a sus respectivos carros. Entonces los hititas, a los que se distinguía perfectamente

1 Habiendo sido despertado a primeras horas de la mañana por el visir de Ramsés II, con el requerimiento de acudir urgentemente en ayuda del faraón, el CE. de P'Re cruza el Orontes por el vado situado en las proximidades de Ribla y comienza una rápida marcha a través de la llanura hacia el campamento de Amón, que queda a poco más de un iter (aproximadamente 7 millas) hacia el norte.

4 Con la presión aumentando sobre la columna y sin espacio suficiente para maniobrar con sus carros, los hititas no tienen más remedio que «abalanzarse» contra el

Carros de guerra hititas

Llanura de Qadesh

CE. de P'Re

Shabtuna

EG XXXX
RAMSÉS II

2 El rey hitita, al enterarse de la llegada de Ramsés II la noche anterior, ordena efectuar un detallado reconocimiento masivo del campamento egipcio a la mañana siguiente. Un numeroso destacamento de carros se desplaza hacia el sur desde el campamento, rodea las faldas del Tell sobre el que se encuentra Qadesh y cruza el Orontes.

Río Orontes

CE. egipcio y abrirse paso. Los carros de protección del flanco derecho de la columna egipcia son barridos por la acometida de este inesperado asalto. En tan sólo unos momentos la columna egipcia comienza a desintegrarse.

5 En la cabeza de la columna egipcia se ha abierto, como cortada por una guadaña, una amplia abertura que atraviesa el CE. de P'Re por la que la fila de carros hititas que

A Amurra

Campamento de Ramsés II y de Amón

continúan apareciendo en la llanura desde la línea de árboles se abre paso hasta el otro lado de aquella. Varios carros egipcios son enviados al norte para avisar al faraón del ataque hitita.

6 Aparentemente desinteresada en ocasionar la destrucción de P'Re, la columna de carros hitita aprovecha la amplitud de la llanura de Qadesh para iniciar un viraje al norte con el fin de cumplir las órdenes recibidas de reconocer el campamento egipcio.

Lago de Homs

Campamento hitita en el «Viejo Qadesh»

HT XXXX
MUWATALLISH

Possible lugar prominente del rey hitita Muwatallish

Qadesh

Fuerza de reconocimiento hitita

Al-Mukadiyah

7 En el campamento egipcio solamente se encontraban en armas algunas tropas en el momento en que llegaron los carros de P'Re con la noticia del ataque; en ese mismo momento se comienza a distinguir el polvo procedente de la columna hitita.
8 La desintegración del CE. de P'Re parece total, y las tropas

supervivientes se dispersan por todas las direcciones de la rosa de los vientos. A pesar de todo, el grueso de la fuerza sobrevive y muchos consiguen llegar hasta el campamento del faraón al anochecer.
9 La columna hitita se abalanza contra el lado oeste del campamento de Amón.

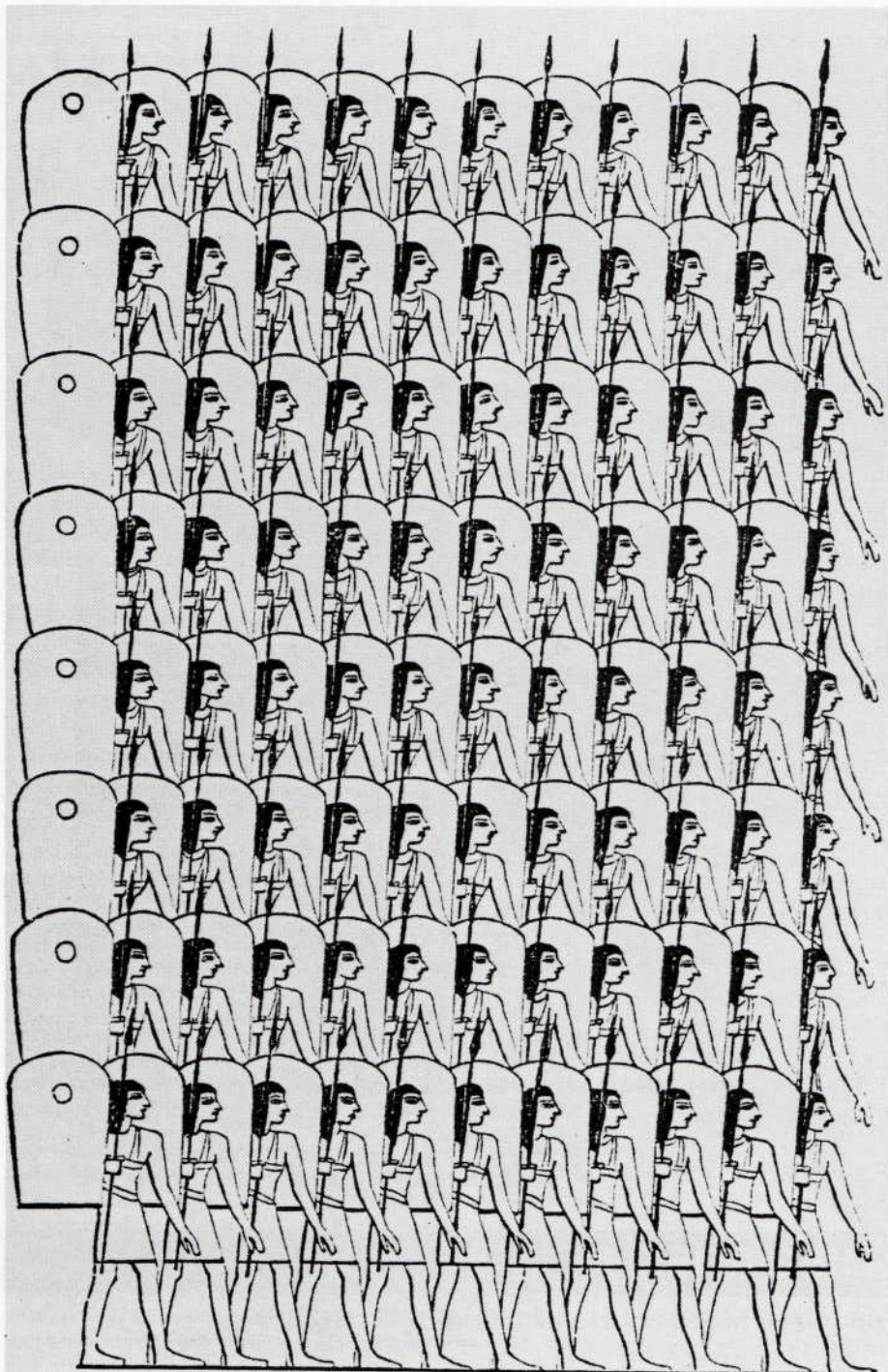
LA BATALLA DE QADESH

Fase primera: El ataque inicial hitita contra el CE. de P'Re y contra el campamento egipcio

formando una inmensa e interminable columna, se extendieron alrededor del extremo oeste y norte del campamento antes de derribar la pared de escudos y comenzar su asalto.

Aunque inicialmente los guerreros de Anatolia habían arrollado a la masa de soldados egipcios en el extremo oeste del campamento su impulso em-

pezaba a disiparse; los carros disminuyeron su marcha debido a que las numerosas tiendas, almacenamiento de equipos y otros impedimentos eran como un rompeolas. En medio del caos de los soldados egipcios llenos de pánico, los que habían estado en armas durante toda la noche, al darse cuenta de la disminución del impulso hitita co-



◀ Pueden verse claramente en marcha en esta reproducción basada en los murales de las tumbas tebanas, Infantes del Imperio Nuevo. La marcha en orden cerrado, con los escudos cruzados a la espalda nos ofrecen una buena idea del aspecto que debía presentar la Inf. de P'Re en el momento en que fue lanzado el ataque de carros hititas. Es fácil ver como un repentino asalto efectuado a gran velocidad podría haber llevado al pánico, y a la posterior desintegración del CE.

menzaron a avanzar con sus *khopesh* y lanzas en mano dispuestos a atacar al enemigo, produciéndose a continuación una desesperada *mêlée* cuerpo a cuerpo, en la que los egipcios derribaban a las tripulaciones hititas de sus carros o caían atravesados por las largas lanzas arrojadas del enemigo. Los carros tuvieron que reducir su marcha hasta ponerse al paso, mientras que los caballos se afanaban en vano por avanzar, acorralados por sus propios compañeros al acumularse cada vez más carros en el interior del campamento. Los gritos de los moribundos se unían a los relinchos de los aterrorizados caballos que caían a manos de los arqueros egipcios los cuales disparaban a la masa formada por los tiros de los carros. Si se detenían o caían sus los tripulantes eran atacados por los egipcios; muchos supervivientes recordarían la grotesca vista de tripulantes hititas puestos de espaldas tirando de sus largos cabellos y ejecutados por el rápido golpe del *khopesh* del *menfyt*. Más y más carros hititas seguían abriéndose camino al interior del campamento y se veía claramente que muchas de las tripulaciones estaban menos preocupados por combatir contra los egipcios que por poner sus manos sobre el inmenso botín.

No bien había comenzado el asalto al campamento, cuando la guardia del faraón ya se había desplegado para impedir el acceso al recinto real. La Inf. experta en el combate cuerpo a cuerpo se cuadró junto a los guerreros sherden que, con sus cascos adornados con cuernos y con sus largas espadas en la mano, se preparaban para recibir a los carros hititas. Dentro todo eran prisas; el faraón fue rápidamente informado de lo que había sucedido y recuperándose rápidamente de la sorpresa que le habían producido las noticias de lo sucedido a P'Re y del ataque hitita al campamento, inmediatamente «...tomó los arreos de batalla y se puso la armadura», preparándose para presentar batalla con los carros de su guardia personal y con unos cuantos escuadrones que, al fondo del campamento, se encontraban listos para entrar en acción y que aún no habían sido afectados por el asalto hitita. El personal de servicio se apresuraba en el interior del recinto real y el abanicador del faraón reunía a los hijos del rey, incluyendo el mayor, Prahwiwnamef, en un lugar seguro en el extremo opuesto del campamento donde quedaron bajo protección. Sus instrucciones fueron precisas: «No salgáis del lado oeste del campamento y manteneos alejados de la batalla». Colocándose la corona azul *khepresh*, el faraón subió a su carro y con una breve orden a Menna, su *kedjen*, se puso al frente de los carros del CE. que quedaban disponibles, dirigiéndose hacia la entrada este del campa-

mento a galope tendido, iniciando el despliegue para efectuar un rápido contraataque contra las huestes hititas.

La columna egipcia giró rápidamente y se dirigió hacia el noroeste desplegándose rápidamente en línea de batalla; todavía los carros egipcios no se habían encontrado con los atacantes hititas cuya atención estaba casi completamente fija en el campamento. Muchos cabalgaban de un lado a otro abatiendo a los infantes egipcios que intentaban salir del campamento con la esperanza de poder huir hacia el norte. Sin embargo, estaba claro que en este caos la unión de los hititas se había perdido ya y que la confusión de sus hombres daba la oportunidad a Ramsés de llevar a cabo la recuperación de la desesperada posición egipcia, que lanzó un rápido e insospechado contraataque, aprovechando la evidente fatiga de los tiros de los carros hititas, su falta de unión, la nube de polvo que inundaba el campo de batalla y, sobre todo, la potencia y alcance de los arcos mixtos egipcios. En estas circunstancias el tamaño mucho mayor de la fuerza hitita contaba poco.

A una señal de Ramsés, los carros comenzaron a rodar y a ganar velocidad mientras se dirigían hacia la confusa masa del enemigo que parecía no haberse dado cuenta todavía de su presencia. Aprovechando el alcance de sus arcos los egipcios que se desplazaban con gran rapidez disparaban sus flechas y, de una forma similar a lo que habían practicado en sus entrenamientos, disparaban andanada tras andanada sobre una densa masa de carros que se movía lentamente. Aproximándose a gran velocidad, los egipcios pudieron efectuar varios giros tácticos sin llegar a contactar antes de que los hititas, que reaccionaban lentamente a la visión de sus compatriotas cayendo a su alrededor atravesados por las flechas, se dieran cuenta de que estaban siendo atacados. El disciplinado fuego de los *senenys* egipcios comenzó a ocasionar una terrible destrucción; no era necesario que apuntaran a un blanco determinado, pues la gran concentración de los confusos carros hititas hacía que todas las flechas de una andanada encontraran un objetivo. Pesadamente los hititas comenzaron a reaccionar al contraataque, muchos de ellos azotando a sus cansados tiros intentaron acortar la distancia que les separaba de los egipcios, pero fueron derribados cuando se aproximaban; los supervivientes, sintiendo ya que habían perdido la iniciativa, intentaron abandonar el combate en el campamento y efectuar una retirada hacia el sur. Comenzaron a alejarse de manera desorganizada dirigiéndose en sentido opuesto al que habían llegado a través de la llanura con tanta rapidez como



◀ Ramsés II, ¡por cortesía de Yul Brynner! Hemos elegido esta fotografía con el fin de ofrecer una mejor visión del armamento que transportaba un carro de guerra del E. de Ramsés en Qadesh, y especialmente el del mismo faraón. La reproducción del carro estaba basada en el que muestra a Ramsés en los relieves del Rameseum y que aparece en otro lugar de este mismo libro. Pueden verse claramente el arco mixto en su alojamiento, sujeto en un lateral del carruaje y las largas y pesadas flechas, así como las jabalinas utilizadas cuando se veían obligados a luchar en combate cerrado, o cuando se habían terminado las flechas. (BFI)

▶ Basado en un relieve de Ramsés hallado en la segunda columna de la torre norte de la muralla oeste del Rameseum. La armadura de pequeñas láminas de bronce está claramente representada y también se empleaba para los caballos; a los hititas también se los representan utilizando armaduras de láminas. En la pintura original están coloreados de rojo y azul, significando o bien que

les permitían los cansados tiros de sus carros. Detrás Ramsés, dándose cuenta de que el sentido del combate había cambiado a su favor, dio la orden de avance a los aún frescos carros egipcios. Un gran grito se elevó procedente de las tropas del campamento que sólo unos minutos antes combatían por su supervivencia. Corriendo entre los escombros y carros destrozados, muertos, moribundos y caballos esparcidos en el extremo occidental del campamento, partieron tras los carros que les pasaban a toda velocidad, convirtiéndose en improvisados pilotos de carros decididos a tomar venganza en sus enemigos.

Con Ramsés al frente, los carros de guerra egipcios se dispersaron por el extremo occidental de su devastado campamento en persecución de los hiti-

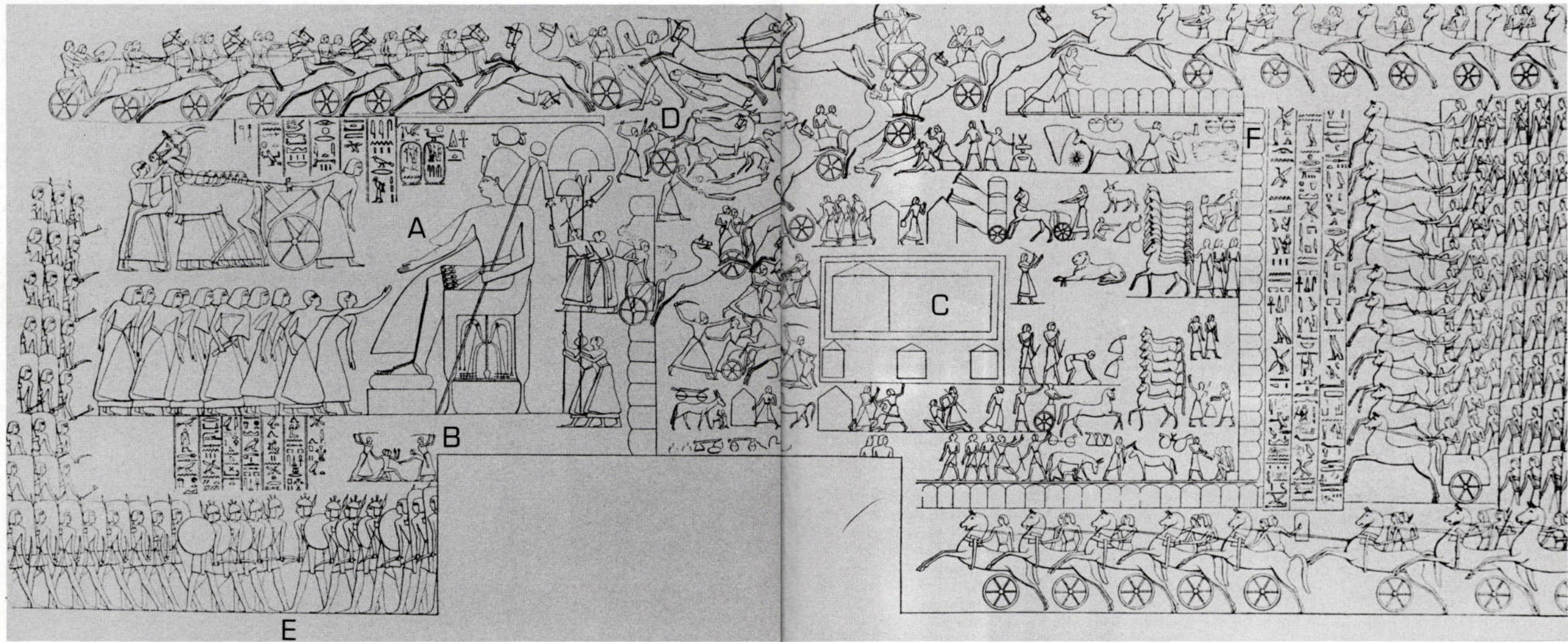
tas que se hallaban en plena retirada; ahora se requería más precisión en los arqueros, ya que los vehículos hititas se habían dispersado formando blancos individuales. Al acortar los egipcios la distancia, los asustados conductores hititas azotaban sus caballos hasta que echaban espuma pero éstos, exhaustos por el prolongado combate, disminuían su velocidad de manera apreciable cruzando la llanura en busca de la seguridad del río. Sin dudarlo, los arqueros egipcios les atravesaban al igual que a sus conductores con flechas y jabalinas. La retirada se convirtió rápidamente en una fuga desordenada mientras que el paso de la fuerza hitita se obstaculizaba con carros destrozados o chocados entre sí. Para aquellos que sobrevivían a la destrucción de sus vehículos y quedaban inmovilizados o heridos



realmente estaban pintados de esos colores, o que las filas de láminas se alternan con otras de costuras. Puede apreciarse claramente la gran longitud de las pesadas flechas; es significativo que los caballos son un blanco tan frecuente como los mismos guerreros hititas que yacen en el suelo.

▶ Una fotografía de la imagen de los relieves en la que está basado el dibujo anterior. La pose triunfante del faraón en su carro de guerra disparando el arco, y sus caballos pisoteando a los enemigos bajo sus patas era un motivo artístico habitual de la época.





gravemente en tierra, la muerte llegaba rápidamente. Los soldados de a pie egipcios que seguían tras los carros les ejecutaban y cortaban las manos como un espeluznante trofeo para demostrar su valentía y para que, después de la batalla, los escribas pudieran escribir sus nombres en un esfuerzo por ganar la atención del faraón y el «oro del valor».

Primer Excursus

Lo que se ha dicho hasta aquí es un intento de presentar un guión coherente y realista de los más bien concisos relatos acerca de las fases iniciales del ataque hitita a P'Re y del asalto al campamento de Amón que nos ofrecen tanto el *Poema* como el *Boletín*. En esta narración, que difiere de la interpretación tradicional de los textos y de la manera en que han sido representados en otros comenta-

rios y descripciones de la batalla, se ha partido de varios supuestos importantes.

El primero y más significativo de ellos concierne a la reacción de P'Re al ataque hitita. El que el CE. se desintegró totalmente es aceptado como el resultado más probable en caso de que hubiera sido sorprendido durante la marcha. Pero esta incuestionada presunción, aceptada por Ramsés (aunque este podría haber tenido otros motivos importantes para propagar esta explicación de los acontecimientos) de que las tropas de P'Re fueron presas del pánico por que eran miedosos y cobardes parece, en el mejor de los casos, dudoso. Es más creíble que ese pánico fuera ocasionado por la sorpresa y ferocidad del ataque hitita en unas condiciones en las que los egipcios estaban completamente desprevenidos e incapacitados para responder, lo cual estaba con toda probabilidad avalado por la expec-

▲ Esta imagen está basada en uno de los varios relieves de Luxor que representan la batalla de Qadesh. Es necesario hacer algunas observaciones relativas a los convencionalismos utilizados por los artistas egipcios antes de explicar su contenido. El primero de ellos se refiere al tamaño de la figura: cuanto mayor es ésta más importante es la persona. Por esta razón Ramsés domina toda la escena. Además, el relieve representa en una sola imagen muchos sucesos separados en el tiempo, por lo que es importante tener en cuenta la referencia temporal que se indica en el texto y situar los sucesos representados en el relieve en ese contexto. En («A»), el faraón está sentado en su «trono de oro» dando la espalda al campamento. A él se acerca un grupo de altos oficiales superiores que le dan la noticia de que el rey hitita y su E., lejos de estar «al norte de Tunip» se encuentran acampados en las proximidades de Qadesh. Encima del grupo de oficiales el carro del faraón y sus caballos «Victoria en Tebas» y «Mut está contento» son preparados para la batalla por su conductor y escudero Menna. En el motivo debajo de esta escena («B») se muestra el apaleamiento de los exploradores hititas

apresados durante la noche del día 9. El texto asociado a la escena dice: «La llegada del explorador del faraón trayendo dos exploradores del Venido de Hatti ante su presencia. Les golpearon para obligarles a decir donde se encontraba el odiado Venido de Hatti». («C») proporciona una extraordinaria perspectiva de la primera representación conocida de un campamento militar rodeada por una pared de escudos («F»). Aparte del recinto real se ven carros y caballos desenganchados, asnos y otras bestias de carga así como los suministros que éstos han transportado. Esta calma cambiaría en el momento en que los carros hititas llegan hasta el campamento y comienzan a asaltarlo, («D») tentados por el botín que hay en su interior. A la izquierda del recinto real se pueden ver soldados egipcios arrastrando a los conductores hititas fuera de sus carros y matándoles con sus espadas khopesh y sus dagas de bronce. También se ven varios carros egipcios en acción, lo que desmiente la afirmación de Ramsés de que «se mantuvo solo» ante los carros hititas. («E») muestra a los soldados de la guardia personal sherden del faraón ataviados con sus característicos cascos con cuernos.

tativa que tenían ante ellos en su relajada marcha para unirse con Amón, de que el combate no era inminente. Nos hallamos ante un avezado CE. del E. profesional egipcio que tenía un largo y distinguido historial y una gran experiencia en el combate con los hititas. La idea de que lo sucedido fue debido a una cobardía colectiva no es una explicación creíble de su disolución como una unidad de combate organizada. De hecho, el *Poema* implica que muchas tropas de P'Re consiguieron llegar al campamento del faraón con la noticia del ataque sufrido, ¡lo cual no indica que todos los componentes del CE. hubieran perdido la cabeza!

Lo más intrigante acerca del ataque hitita es que P'Re no fue completamente destruido; al anoecer muchas de sus tropas se habían recuperado en el campamento del faraón. ¿De donde entonces procede la supuesta premonición que se atribuye a Muwatallish al situar sus carros de guerra exactamente en la posición adecuada para asaltar a P'Re mientras cruzaba la llanura, si su intención no era la de destruirle? Si Muwatallish deseaba la derrota de Ramsés, la destrucción del E. del faraón y no su simple dispersión debería haber sido su principal objetivo. Solamente mediante esta acción podría haber sido capaz de infligir a Ramsés el resultado decisivo que exigía su estrategia. ¿Por qué entonces si encontró a P'Re aislado y desprevenido no destruyó su CE.? Es del todo falso el argumento de que los carros hititas habían recibido órdenes de dispersar solamente las tropas de Ramsés. De hecho, ¡es una absoluta tontería creer que los carros hititas estaban en condiciones de realizar un objetivo tan limitado y concreto! Pero más extraño aún es el hecho de que Muwatallish no desplegara su Inf. para asegurarse la destrucción del CE. egipcio; los carros por sí solos no hubieran derrotado a P'Re y la Inf. hubiera sido necesaria para completar el éxito inicial del pretendido asalto sorpresa. De hecho las tácticas hititas en el campo de batalla funcionaban de esa forma. La pretensión de que decidió emplear deliberadamente sus carros de guerra y no utilizar conscientemente su Inf. no es sostenible. Dada la gran proximidad del vado a la columna egipcia, la Inf. hitita solamente hubiera necesitado avanzar una corta distancia para establecer contacto con el enemigo y el que no lo hicieran así es muy significativo. Tan importante omisión por parte de Muwatallish es muy difícil de explicar y no es congruente con la astucia y habilidad que se supone demostró en la batalla. Sin embargo, este razonamiento admite sin cuestionarla la afirmación egipcia de que la Inf. hitita estaba de hecho desplegada para la batalla de Qadesh. Hay fuertes razones para creer que esto no era así; si el propósito del ata-

que sorprende a P'Re fue el maximizar la ventaja militar de los hititas atacando Us. aisladas del E. egipcio en marcha, debe admitirse que lejos de ser un extraordinario golpe como siempre se ha supuesto, el ataque hitita fue en realidad, ¡un fracaso!

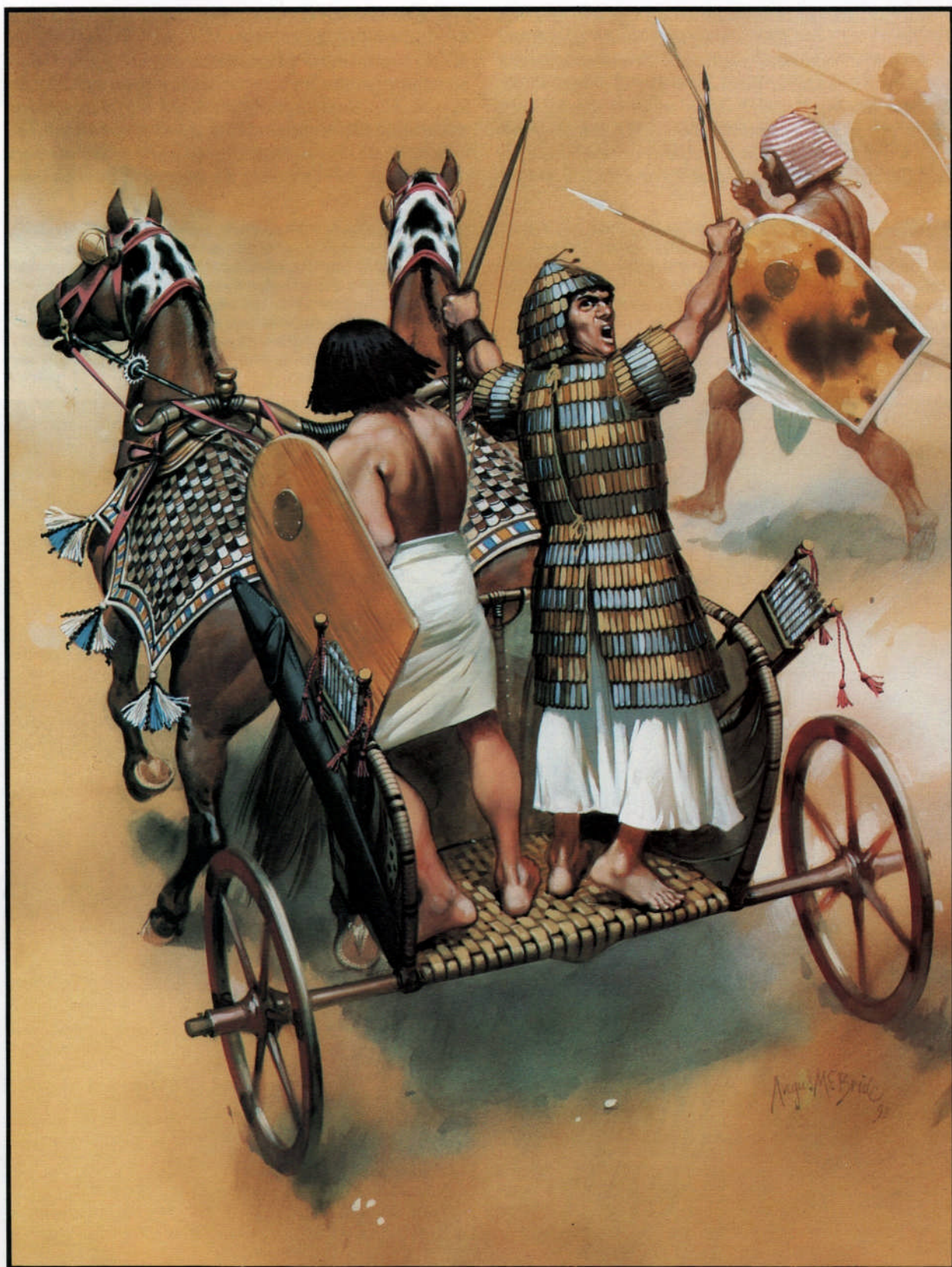
El autor de este trabajo sostiene que el ataque de los hititas a la columna tuvo lugar en un frente muy estrecho y que éstos estaban más preocupados por atravesar el CE. de P'Re que en buscar su destrucción. ¿Por qué? Muy simple, lejos de buscar atacar a P'Re, la fuerza hitita no sabía de su presencia en la llanura de Qadesh antes de cruzar el vado, y que su misión asignada era en realidad efectuar un reconocimiento del campamento del faraón. Muwatallish, consciente de la presencia del faraón, no contaba con la información suficiente que le permitiera conocer con detalle el tamaño de la fuerza egipcia. Cuando consiguió esa información, cambió su actitud y realizó el despliegue de sus fuerzas para la batalla. Hasta el mismo momento en que los primeros carros hititas emergieron de la línea de árboles y vieron al CE. de P'Re marchar directamente a través de su línea de avance, aquellos no supieron que los egipcios estaban allí. Dado el gran tamaño del CE. y de su cola de carretas de bueyes, convoyes tirados por asnos, etc., la columna tendría probablemente unas dos millas de longitud en una línea de marcha paralela al río Mukadiyah, afluente del Orontes y a no menos de media milla de éste, lo que era una pequeña distancia para un carro de guerra. El lapso de tiempo desde la línea de árboles de Mukadiyah, cruzando la media milla de tierra hasta el flanco derecho de P'Re hubiera sido como mucho de unos cuantos minutos y no hubiera dado tiempo a los hititas ni a los egipcios para reaccionar. Ciertamente no había espacio suficiente para que los hititas maniobraran para poder evitar a la columna egipcia y, con la fuerza hitita agolpándose en la retaguardia a causa de que más carros de guerra seguían cruzando el vado, ¡los vehículos de delante no tendrían más alternativa que abalanzarse sobre las filas egipcias e intentar atravesarlas!

Esto es lo que Gardiner parece insinuar en su

► *Carro de guerra egipcio de la XIX Dinastía.*

Esencialmente había poca diferencia entre éste y el montado por Ramsés II y que se muestra en la página 63. Esta perspectiva proporciona una buena visión de la anchura existente entre sus ruedas y el eje montado en la parte posterior que

proporcionaba al vehículo egipcio una maniobrabilidad superior a la de su equivalente hitita. La misión del corredor sería la de seguir tan rápidamente como podía tras el carro y matar o capturar a los hititas heridos o dejados fuera de combate durante la carga. (Angus McBride)



traducción de las inscripciones de Qadesh cuando da cuenta de este ataque en el *Poema* de la manera siguiente, «...entonces avanzaron desde el lado sur de Qadesh y se abalanzaron[?] sobre el centro del E. de P'Re mientras marchaba, y ni lo sabían ni estaban preparados para combatir». ¡«Abalanzarse» parece ser el término más adecuado en ese contexto para describir la táctica hitita! Es una lógica *post fac-*

tum tanto de los comentaristas antiguos como modernos, que ha atribuido a Muwatallish su fama de previsor por lanzar el asalto contra el CE. de P'RE. Su reputación se ha beneficiado en gran medida de lo que, con toda probabilidad, no fue sino una extraordinaria coincidencia fortuita. En realidad los hombres de los carros hititas quedaron tan sorprendidos al ver la columna egipcia como sus ene-

migos al ser asaltados por ellos. El testimonio más revelador de esta hipótesis es la ruta tomada por los carros hititas al norte hacia el campamento del faraón, dejando tras de sí los restos de un destrozado, pero no destruido CE. egipcio.

La aceptación del punto de vista de que la columna de carros hitita no fue atacada en un asalto planeado a P'Re, sino que en realidad se estaba re-

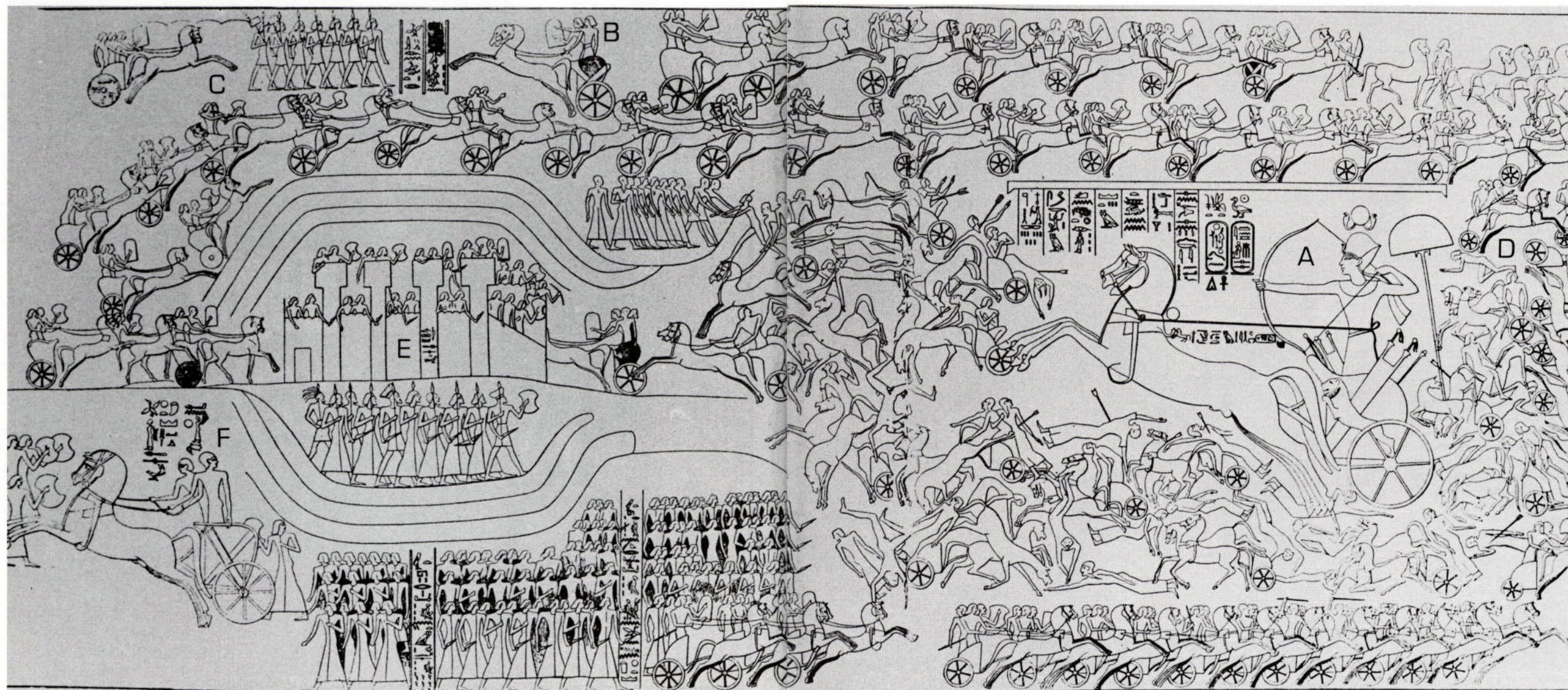
alizando un reconocimiento a gran escala del campamento de Amón para determinar el tamaño exacto de las fuerzas egipcias tiene consecuencias importantes en otros aspectos de la aceptada versión de la batalla. Entre estas, la «resistencia de Ramsés» solo y abandonado por sus carros destaca como una de las historias más absurdas. Mientras que el *Boletín* habla de la fuerza hitita simplemente

▼ La segunda de estas imágenes gráficas basadas en los relieves de la muralla de Luxor se refiere al curso del combate que tuvo lugar tras el ataque sorpresa hitita al campamento de Amón. En («A») Ramsés, representado en un tamaño mucho mayor que el de cualquier otra persona en el campo de batalla, aparece cargando en solitario contra el grueso de los carros hititas. En los relieves de Abu Simbel se puede ver un

jinete avisando al CE. de Ptah, en tanto que en los de Luxor, un carro de guerra es enviado apresuradamente a llamarlo para que acuda al campo de batalla; mientras tanto, en («C») Ptah llega al campo de batalla en un momento diferente al de los sucesos que se muestran en («A»). Si el razonamiento que se ofrece en el texto es válido, Ptah tendría que haber realizado una rápida marcha forzada durante todo el día 10, llegando a

Qadesh probablemente a media tarde. Es de notar cómo el papel de Ptah en la batalla es subestimado tanto en el *Poema* como en el *Boletín*. La oportuna llegada del Ne'arin («D») ocurrida anteriormente en ese mismo día salvó sin duda a Ramsés de la destrucción. En («E») los carros de guerra hititas se retiran y entran en la misma ciudad de Qadesh, dejando tras ellos un campo lleno de sus muertos. Uno de los aspectos más extraños de la

estrategia hitita (si suponemos que los relatos egipcios son ciertos), es el hecho de que Muwatallish («F») no utilizara a su Inf. para apoyar el ataque de sus carros que, supuestamente, observaron el contraataque egipcio desde la otra orilla del Orontes.



1 Atraídos por la perspectiva de un buen botín, la fuerza de carros hitita se aglomera en el extremo occidental del campamento egipcio. Algunos soldados egipcios se recuperan y comienzan a contraatacar. La guardia personal sherden del faraón se despliega para impedir cualquier avance hitita hacia el recinto real. Los príncipes reales son trasladados al extremo este del campamento para aumentar su protección.

Shabtuna

Llanura de Qadesh

Contraataque egipcio

XXXX
EG
RAMSÉS II

A Amurra

Campamento de Ramsés II y de Amón

Qadesh

Lago de Homs

Campamento hitita en el «Viejo Qadesh»
Río Orontes

Al-Mukadiyah

2 Ramsés se coloca su armadura de batalla y rápidamente se pone al frente de varios escuadrones de carros que salen por la puerta este del campamento para contraatacar a los hititas. 3 Dado que la atención de los hititas está aparentemente fija en el campamento por el señuelo del botín de su interior, la fuerza egipcia consigue desplegarse y atacar la densa masa de carros enemigos con relativa impunidad. Ramsés y sus hombres comienzan a disparar masivamente contra las filas abarrotadas y densamente apretadas de los hititas que ahora se mueven muy lentamente. Perdido su impulso y sometidos a un fiero

ataque, los hititas son presas del pánico y comienzan a abandonar el combate y retirarse hacia el sur. 4 Con los carros egipcios persiguiéndoles, los hititas retroceden tan rápidamente como los cansados tiros de caballos de sus carros les permiten, de nuevo hacia el Al-Mukadiyah.

Posible lugar predominante del rey hitita Muwatallish

XXXX
HT
MUWATALLISH

6 Muwatallish, presenciando los acontecimientos desde un lugar prominente situado ligeramente al norte de Qadesh, observa la derrota de sus carros de guerra. Da la orden de que se efectúe un ataque diversionario sobre el campamento egipcio, pero

solamente cuenta con su séquito a mano, el cual comprende a muchos altos personajes hititas y jefes aliados. Son éstos los que, formando una fuerza ad hoc, cruzan el Orontes con cierta dificultad e inician el avance hacia el campamento de Amón.

LA BATALLA DE QADESH

Segunda fase: El contraataque egipcio y el segundo cruce hitita del río Orontes



como «las huestes del enemigo del E. de Hatti» el *Poema* detalla que Ramsés «se encontró con 2.500 carros que le rodeaban por el exterior». Esta cifra, citada sin ser cuestionada por casi todos los comentaristas de la batalla, es altamente imaginaria, lo cual puede verse considerando el tiempo necesario para que una fuerza tan considerable cruzara el vado. Una simple fórmula matemática es suficiente para demostrarlo; suponiendo que cada carro necesitara solamente un minuto para cruzar el río (¡y con toda seguridad habría necesitado mucho más que eso!), hubiera llevado más de 41 horas el cruce de los 2.500 vehículos hititas. Incluso si los carros cruzaron de dos en dos aún se conseguiría demostrar la exageración, a pesar de haber partido el tiempo por la mitad. Este mismo principio es también aplicable a la segunda oleada compuesta por 1.000 carros, que hubieran requerido 16 horas y media para efectuar el cruce.

Pero incluso si aceptamos estas cifras, ¿cómo es posible que el campamento egipcio sobreviviera ante tales cifras de carros de combate? La primera oleada de 2.500 carros hititas hubiera sido más que suficiente para haber arrollado el campamento independientemente del grado de resistencia que Ramsés y sus carros hubieran podido presentar. Las cifras del *Poema* son en realidad el total de todas las fuerzas de carros de los hititas para la campaña de Qadesh y de ninguna manera contra las que Ramsés combatió realmente. Dando por supuesto la existencia de una fuerza de carros inicial hitita mucho menor, aún habría sido suficiente para haber conseguido la desintegración de P'Re y haber comprometido gravemente la posición egipcia en el campamento de Amón. Los relieves pictóricos de la batalla nos muestran solamente carros hititas con tripulaciones de tres hom-

▲ *De los diecinueve estados aliados y vasallos ennumerados en las inscripciones de Ramsés en Qadesh presentes con los hititas, los jefes de doce de ellos están representados en esta sección de un relieve de Luxor. Ninguno de ellos está específicamente identificado en el relieve propiamente dicho, aunque su manera de vestir, el armamento y estilo del peinado han hecho que algunos les hayan identificado, de manera poco precisa, con posteriores imágenes que representan a los «Pueblos del Mar» descubiertos en las murallas del templo de Ramsés III en Medinet Habu.*

► *También procedente del Rameseum, esta fotografía muestra el carro del faraón, aunque*

solamente se ven las patas delanteras de su tiro de caballos en la esquina superior izquierda, atacando una masa de carros hititas. Muchos soldados hititas yacen muertos, atravesados por las largas flechas disparadas desde los arcos egipcios. El número de muertos era tan grande que en el Poema Ramsés afirma, «Hice que el campo se tiñera de color blanco (Gardiner dice «claro») con los de la tierra de Hatti» haciendo referencia a los atuendos largos y de colores claros utilizados por muchos tripulantes hititas. Ciertamente no todos ellos vestían las largas armaduras de láminas. El color claro de la vestimenta podía también deberse a un grueso tejido utilizado como armadura.

bres en su combate con los egipcios. Sin embargo, muchos de los aliados sirios de Hatti desplegaron *mariyannu*, carros de guerra derivados de la tradición militar hurria, tripulados por dos hombres, que utilizaban tácticas más parecidas a las de los egipcios, y que habrían desplegado, con toda probabilidad, en sus propias Us. y no mezcladas con las de los hititas. Las que encontró el faraón en la oleada inicial era con toda probabilidad sólo y exclusivamente la fuerza hitita, lo cual exige que sus cifras fueran solamente de 500 carros (¡una cifra





◀ Durante el proceso de ejecución de los relieves del Rameseum fueron introducidos varios cambios por el artista encargado de transformar las imágenes, que originariamente representaban hombres egipcios, en hititas. Son por tanto ejemplos de palimpsestos, puesto que el trabajo anterior puede distinguirse claramente. Si bien el artista modificó los escudos para que representaran los empleados por los hititas, el número de tripulantes siguió siendo el

correspondiente a los vehículos egipcios.

▲ Perteneciente al Rameseum, una excelente visión de un carro de guerra egipcio dirigiéndose al combate a toda velocidad. De manera inusual el seneney o arquero, en este caso, es el que mantiene delante el escudo en vez del kedjen. Puede verse claramente el asidero que sobresale de la parte superior del carruaje.

«resistencia de Ramsés». No hay duda de que esta rápida acción de ponerse al frente de todos los carros disponibles para el contraataque impidió la destrucción de Amón. Los excesivos adornos que se aprecian en los relatos no pueden ocultar el excelente liderazgo desplegado por el faraón ya que, en realidad, fue la bravura personal de Ramsés la que salvó a los egipcios.

La segunda oleada hitita

Para Muwatallish, que observaba lo que sucedía desde un lugar destacado próximo a Qadesh, los acontecimientos no se estaban desarrollando como había previsto. Aunque estaba claro que el grueso del E. egipcio aún no había llegado, la acción precipitada de su fuerza de carros al atacar el campamento del faraón había iniciado el combate antes de lo previsto. A pesar de todo, Ramsés había conseguido controlar la situación e incluso consiguió con éxito la destrucción de un gran número de valiosos carros hititas. Sin ayuda, muy pocos de los carros enviados poco tiempo antes podrían regresar; la situación requería urgentemente una maniobra de diversión para aliviar la presión de las tropas en

mucho más creíble!). La incapacidad de los carros de Amón para reaccionar a este ataque a causa de su falta de preparación para el combate hubiera significado a pesar de todo, que el faraón y la pequeña fuerza que consiguió reunir hubiera tenido la sensación hasta cierto punto real de estar «combatiendo contra todos los carros del E. hitita», lo cual de ninguna manera disminuye el mérito de la

retirada y para empujar a Ramsés de nuevo a su campamento.

Con pocas tropas disponibles, el rey hitita solamente contaba con los miembros de su séquito personal; éstos, que se le habían unido para observar el desarrollo de los acontecimientos en la llanura situada más abajo, eran sin duda los últimos que esperaban entrar en combate. Hacia ellos se volvió Muwatallish, pidiéndoles que organizaran una fuerza de carros para cruzar el río y asaltar el campamento de Ramsés. Entre ellos se encontraban algunos de los hombres más importantes del E. hitita, incluyendo los «hijos y hermanos» del rey así como varios jefes de los contingentes aliados. Sin dudar, por lealtad a su Señor, los carros fueron reunidos y organizados en una fuerza *ad hoc*, emprendiendo la marcha para cruzar el río por un lugar no lejano al campamento del faraón.

El cruce del Orontes se realizó con algunas dificultades, pero una vez concentrados en el otro lado, la fuerza comenzó a avanzar a paso rápido hacia el extremo este del campamento. Apenas habían comenzado los primeros carros hititas a penetrar en el campamento, cuando fueron asaltados furiosamente por un cuerpo de carros egipcios y aliados que apareció de forma totalmente inesperada procedente del norte. El largamente esperado Naharin había llegado finalmente, justo en el momento en que más le necesitaba el faraón. Tras desbarazarse de su Inf., más lenta, que seguía algunas millas detrás en la misma línea de marcha, los carros se habían adelantado a toda velocidad para unirse al faraón, el cual aparte de las Us. de carros supervivientes, que sólo entonces comenzaban a recuperarse de la sorpresa que les produjo el avistamiento de la primera fuerza hitita al sur del campamento, no contaba aparentemente con ninguna otra fuerza para defender su ahora vulnerable campamento, en el cual se alojaban los príncipes reales y el séquito. Más tarde, el faraón inscribiría en las paredes de su templo funerario en Tebas, «...El Naharin irrumpió entre las huestes del odiado Venido de Hatti, en el momento en que éstos penetraban en el campamento del faraón y los servidores de Su Majestad les mataron...».

Como una repetición de la huida ante Ramsés de la primera oleada de carros, el Naharin lanzó masivas andanadas de flechas contra las filas de los hititas que, incapaces de acercarse a su enemigo, no podían defenderse. La fuerza hitita, visiblemente vacilante, comenzó su retirada, pero su paso de vuelta al río fue doblemente horrible ante la aparición por el sur del faraón al frente de algunas Us. de su fuerza de carros (incluyendo seguramente los elementos avanzados de Ptah). En una batalla que

duró todo el trayecto hasta el río los egipcios lanzaron fulminantes disparos desde sus arcos mixtos contra las filas hititas que se aclaraban rápidamente, y cuyo paso estaba marcado por una gran cantidad de vehículos aplastados y estrellados y un revoltijo de cuerpos envueltos en blancos sudarios. Desesperados por salvar sus vidas, los primeros conductores de los carros se lanzaron al Orontes en un intento fatalista de escapar de los egipcios que se acercaban a toda velocidad. Un caos de hombres, caballos y carros marcaron en seguida el cruce en sentido opuesto de la fuerza hitita; algunos fueron lo suficientemente afortunados para conseguir llegar a la otra orilla, en tanto que otros fueron arrastrados por la corriente o se ahogaron por el peso de su armadura.

Con la retirada de las últimas Us. de carros hititas a la orilla este del Orontes, el combate había terminado en todos los sentidos. El faraón se retiró a las ruinas de su campamento mientras que por toda la llanura los infantes cortaban las manos de los hititas muertos para que los escribas pudieran hacer las listas con las cifras de hititas caídos. A éstos se añadieron los prisioneros, muchos de los cuales se habían recuperado del destrozo efectuado en los carros del segundo asalto hitita. Al igual que entre los muertos, se veía que había muchos hombres de alta graduación y elevado estado social entre ellos. La llegada del CE. de Ptah a última hora del día estuvo acompañada por la lenta llegada al campamento de los soldados de Amón y de P'Re que se habían «desconcertado» por los respectivos asaltos hititas. Pero su destino, al igual que el de la propia campaña egipcia, esperaba ahora la sentencia del faraón. Ramsés había escuchado en silencio las felicitaciones de sus altos Ofc. por su bravura personal en la batalla y, a continuación, les dirigió una fulminante diatriba verbal dando suelta a su ira por la pésima conducta mostrada por sus soldados ante el enemigo. Como «Use-mare Setpenre, Ramsés Meryamón se sentó en su trono de oro, meditando lugubramente en el interior de su tienda hasta altas horas de la noche; muchos tuvieron la sensa-

► *Los artistas egipcios han tenido que sufrir grandes dificultades para poder representar la Inf. hitita al completo formada para el combate delante de Qadesh, en el extremo superior derecho de la fotografía. Ninguno de estos soldados participó en la batalla y, si el razonamiento ofrecido en el texto es correcto, posiblemente ni*

siquiera estuvieron presentes, sino en su campamento situado al noroeste de la ciudad. Pueden verse claramente en la esquina inferior izquierda tripulantes hititas ayudados a salir del agua, tras ser perseguidos hasta allí por los carros egipcios.





Después de atravesar el Orontes, la segunda columna hitita inicia su aproximación al campamento egipcio. 2 Esto coincide con la llegada fortuita de las tropas del Naharin que, después de haber cruzado Amurru a través del valle Eleuteros, caen sobre la segunda oleada hitita cuando ésta ataca el campamento.

3 Retrocediendo ante el inesperado asalto, la columna hitita abandona el combate e inicia una rápida huida volviendo hacia el Orontes en medio del desorden y el pánico.

Llanura de Qadesh

Campamento de Ramsés II y Amón

Llegada del Naharin procedente de Amurru

Qadesh

Lago de Homs

Río Orontes

Shabtuna

XXXX
EG
RAMSÉS II

Campamento hitita en el «Viejo Qadesh»

Al-Mukadiyah

Posible lugar dominante del rey hitita Muwatallish

XXXX
HT
MUWATALLISH

4 Avanzando paralelamente a la línea de retirada hitita, los carros del Naharin disparan una descarga fulminante de flechas sobre las filas hititas cada vez mas vacías.

5 Desde el sur llegan los carros de Ramsés, que para entonces había sido alertado de la situación. Cogidos entre las dos fuerzas egipcias, la retirada hitita se convierte en una huida desenfrenada.

6 Los supervivientes hititas se lanzan de cabeza al río en un intento por alcanzar la seguridad de la otra orilla y el de las otras fuerzas hititas que esperan allí. Muchos mueren ahogados mientras que otros, entre los que se incluye el rey de Alepo, consiguen librarse siendo sacados desde el agua.

7 Supervivientes de la primera oleada hitita vuelven a cruzar el afluente Al-Mukadiyah buscando su seguridad.

8 Durante el transcurso de esta «batalla» o poco después, las unidades de vanguardia del CE. de Ptah llegan a Qadesh después de una marcha forzada, con carros e Inf. de refresco a la cual seguiría más tarde ese mismo día el CE. de Sutekh. Algunas interpretaciones de la batalla consideran que ésta continuó al día siguiente.



LA BATALLA DE QADESH

Tercera fase: Segundo ataque de los hititas e intervención del Naharin



ción de que tenían mucho que temer del día siguiente.

Segundo Excursus

Que la segunda oleada de carros hititas fue enviada a atacar el campamento de Ramsés con fin de aliviar la presión de los carros del sur de llano, no puede ser puesto seriamente en duda. Fue fortuito para Ramsés y decididamente desafortunado para los hititas que su penetración por el extremo este del campamento se realizara exactamente en el mismo momento en que el Naharin hacía su aparición en escena. Parece ser que la existencia de éste era totalmente desconocida para los hititas. Mucho se ha especulado acerca de la identidad de esta U. «egipcia»; la dificultad surge principalmente del impreciso significado del termino Naharin, uno de sus principales usos viene de su asociación con los antecedentes «semíticos» de aquellos a los que normalmente se les aplica. Se ha supuesto por tanto que era un destacamento canaánita de *mariyannus* al servicio del faraón, aunque también se ha ofrecido la versión de que eran los de «...la primera

▲ En medio de la escena del combate puede verse un jinete que sin duda porta información u órdenes a algún lugar del campo de batalla. Inmediatamente debajo de él se encuentra un guerrero hitita atravesado por una flecha, claramente identificable por el pelo largo que llevó a Ramsés a referirse a ellos despectivamente como

«mujeres soldados». En los relieves de Abu Simbel se encuentra un jinete al que se ve aproximándose al CE. de Ptah. El texto asociado con el relieve afirma, «El explorador del faraón fue enviado con rapidez al E. de Ptah. Y les fue dicho: «Vamos, el faraón, vuestro Señor está en la batalla completamente solo».

fuerza de batalla formada por los mejores del E., y se hallaban en la costa de la Tierra de Amor», que se menciona en el *Poema*.

Ciertamente, las inscripciones acerca de la llegada del Naharin a Qadesh en los relieves de Luxor les representan conduciendo carros del modelo egipcio y empleando sus mismas tácticas. Una versión creíble les ha identificado con el 4º CE. de *sutekh*, la connotación «semítica» debería según esa versión a la alusión a su título y posiblemente al gran número de tropas semitas que servían en sus filas. De hecho, el avance hasta Amurru a través del



valle Eleuteros podría haber sido pensado no solamente para mantener Benteshina, sino para asegurar la presencia de sus carros en Qadesh. La vaguedad con la que se habla de la posición de Sutekh en las inscripciones da credibilidad a la versión que identifica al Naharin con ese cuerpo de E.

Está claro que Muwatallish no tenía otra elección que utilizar las fuerzas más próximas a su persona si quería salvar los carros de la primera oleada. Que esta era una fuerza de circunstancias parece muy probable, dados los nombres de las altas personalidades del E. hitita muertos y capturados que aparecen en la lista del Rameseum. Parece razonable deducir que, en circunstancias normales, tan gran número de altos dignatarios no hubieran participado en la batalla si hubiera estado disponible toda la fuerza normal de carros. Esta hipótesis se afianza aún más si se argumenta que, contrariamente a las inscripciones y a los relieves, la masa de Inf. hitita tampoco se hallaba presente en esta ocasión. La versión que afirma que Muwatallish había traído su Inf. pero no sus carros no es sostenible; la ausencia de una de ellas implica la de la otra. Cualquiera otra pequeña fuerza de Inf. que se ha-

▲ *Como consecuencia del contraataque egipcio a la segunda oleada de los carros hititas, muchos de sus tripulantes acabaron siendo empujados de nuevo al Orontes. Esta imagen, perteneciente al Rameseum con su comentario adjunto, dice,*

«...El maldito Jefe de Khaleb (Alepo) fue sacado (del agua) por sus soldados, después de que Su Majestad le hubiera arrojado al agua».

llara presente, quizás para proteger su persona, no habría sido utilizada para la misión asignada a la fuerza de carros *ad hoc*.

Hay muchos indicios que sugieren que Qadesh no fue la gran batalla aceptada y presentada en tantas otras narraciones, y de hecho, ni Ramsés ni Muwatallish entablaron la «batalla» que esperaban o que habían previsto. Una serie de acontecimientos no planificados transformó una pequeña misión de reconocimiento hitita en un combate a la carrera que, no obstante, estuvo a punto de destruir el campamento de Amón y de matar al faraón. Sin embargo, sus consecuencias fueron muy parecidas a las que se hubieran producido si la batalla

propiamente dicha hubiera tenido lugar realmente. A pesar de la recuperación de los egipcios, la valentía del faraón y la superioridad táctica de los carros egipcios, la dislocación de su E. acabó con las más

amplias aspiraciones estratégicas del faraón. Es en este sentido en el que se puede decir que Ramsés fue derrotado en Qadesh. ¡Muwatallish y Hatti habían triunfado por ausencia de su adversario!



◀ **Arquero libio.** Al igual que los nubios, los egipcios incorporaban también tropas auxiliares en su E.; en tanto que algunos de ellos utilizaban prendas propias de los egipcios, el arquero que aquí se muestra utiliza pocas prendas a excepción de la funda fálica de cuero y la capa de piel de toro o de jirafa, que proporcionaba una pequeña protección contra los disparos de flecha. El pelo lo llevaban trenzado con una pluma de avestruz como adorno. (Angus McBride)



Batalla de Qadesh



CONSECUENCIAS

En muchas narraciones sobre Qadesh, los acontecimientos del día 11 se interpretan como que hubo una reanudación de la batalla. Esto se deriva de una particular interpretación del texto del *Poema*, y da por supuesto que los enemigos que en él se describen son los hititas. Sin embargo, hay muchos indicios que sugieren una alternativa diferente y más creíble, que lejos de identificar a sus enemigos por la fórmula estándar utilizada en las inscripciones que denota pertenencia a «el Venido de Hatti» son simplemente descritos como «rebeldes». Tal término es inapropiado para describir a los hititas y, cier-

▼ *Al cortar la mano de un enemigo muerto, presentándola como trofeo ante un escriba después de la batalla, el soldado egipcio demostraba su valentía en el combate, siendo condecorado con «el oro del valor». A la derecha de la fotografía, un infante egipcio se dispone a tomar la mano derecha de un guerrero moribundo hitita, mientras que en la*

izquierda un sherden acaba de comenzar a cortar la mano de un soldado muerto, las cuales permitían también evaluar el número de enemigos muertos.





tamente, en ninguna de las inscripciones del *Rameside* se les describe de tal forma. En realidad estos rebeldes no eran otros que las tropas de Amón y P'Re que, «abandonando» a Ramsés en el campo de batalla, habían roto la especial y recíproca relación que existía entre el faraón y sus soldados. Tras disponer a los que él llamaba «rebeldes» en filas como si se prepararan para la batalla, aquel afirma que: «....Mi Majestad prevaleció ante ellos y les maté sin descanso, caían abatidos delante de mis caballos y yacían en medio de su propia sangre en el mismo lugar en el que estaban». ¡Aquellos a los que Ramsés había matado no eran otros que sus propios hombres! Este es sin duda el primer ejem-

▲ *Los muertos hititas cubren el campo en otra fotografía procedente del Rameseum. Esta muestra en detalle el «campo de los muertos» hitita que se ve en la penúltima fotografía, pero que aquí se prolonga arriba y hacia*

su derecha. Un examen cuidadoso de esta fotografía nos permite ver las patas delanteras del tiro de caballos de Ramsés en la esquina inferior izquierda.

plo documentado de lo que los romanos describían como «diezmar» y fue llevado a cabo en la llanura de Qadesh, con toda probabilidad ante la plena e intencionada presencia de Muwatallish.

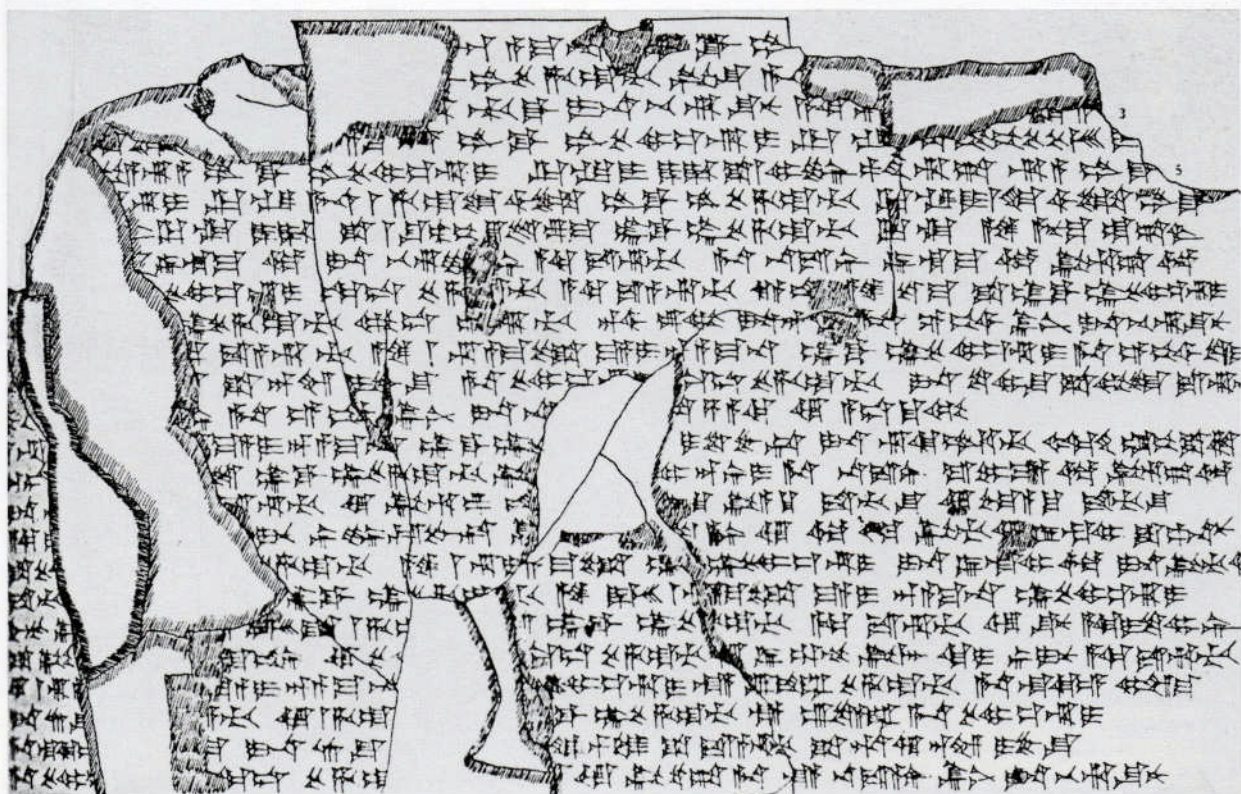
El *Poema* nos lleva a creer que fue esta despiadada demostración contra sus propias fuerzas la

que obligó al rey hitita a ofrecer una tregua a Ramsés. A pesar del psicológico impacto que el espectáculo debió producirle, Muwatallish tenía claramente sus propias razones para hacer esta proposición. Las pérdidas ocasionadas a sus carros lo eran en el arma ofensiva principal de la fuerza hitita, por lo que el impacto sobre su fuerza de carros así como en la moral de las restantes Us. debió haber sido muy profunda. Más aún debió serlo el impacto producido por la pérdida de muchos de los principales jefes de la expedición en la segunda oleada. El inicio prematuro de la batalla del día anterior había impedido la explotación de la ventaja de haber llegado el primero a Qadesh. La llegada de los CE. egipcios de Ptah y Sutekh, significaba que Ramsés poseía ahora una fuerza muy considerable, aunque no lo suficiente para forzar la situación y ganar una batalla en caso de que se produjera. Se habían desvanecido las aspiraciones faraónicas de invadir el norte de Siria (al menos a corto plazo), Qadesh quedaba segura en manos hititas y dado que Ramsés, debido a sus grandes pérdidas, no estaba en condiciones de permanecer en Siria, no tendría más remedio que regresar a Egipto. En estas circunstancias Amurru estaba destinada a caer del lado hitita (de hecho poco después Benteshina sería cautivada por

Hatti). ¿Por qué entonces gastar hombres y material si la mayor parte de sus ambiciones estratégicas de esta campaña podían realizarse aunque fuera pasivamente? ¿El monarca hitita tenía muchas razones para pensar que si Ramsés aceptaba su propuesta, el faraón estaría revelando su debilidad! Además el mantenimiento del E. hitita tal y como estaba era vital; Muwatallish era plenamente consciente de que los reinos vasallos de Anatolia y Siria así como la de Ada-Nirari de Asiria, estaban esperando ansiosamente las noti-

▼ *Unos dieciséis años después de la batalla de Qadesh y tras una larga guerra fría entre el imperio del Nilo y el de Hatti, se firmó un tratado de paz entre las dos grandes potencias. Inscritas sobre tablas de plata las cláusulas, muchas de ellas relativas a la demarcación de las fronteras entre los respectivos imperios en Siria, terminaban con la declaración de que no volverían a hacer la guerra entre sí. En cuanto*

a las fronteras en Siria, Egipto aceptaba la pérdida para siempre de Qadesh y Amurru y de las tierras del norte. Este es un gráfico de la tabla de escayola que contiene una copia del tratado en cuneiforme babilónico, la lengua franca de la diplomacia en el Antiguo Oriente Próximo, que fue descubierto en Hattusas, la antigua capital hitita (Bogazkoy) en la moderna Turquía.



▼ Aunque la imagen típica del soldado de a pie egipcio es la que se muestra en la página 31, eran los arqueros los que formaban el elemento más importante del E. egipcio. Mientras que los arqueros de las tropas auxiliares o

mercenarias como los nubios disponían principalmente del arco de duela, en Qadesh el armamento estándar de los arqueros nativos egipcios de a pie, que se muestran aquí y en los carros, era el arco mixto. Modernos experimentos realizados con esta arma nos indican la potencia de disparo que podía desarrollar. Con una gran precisión hasta 60 metros, tenía un alcance efectivo de 175 metros y en las manos de un tirador excepcional podía llegar hasta los 500 metros. (Rob Chapman)



Consecuencias de la batalla



cias del resultado de la batalla. Hatti no tenía nada que ganar en el combate y sí y mucho en un cese de las hostilidades.

Tras la tregua pactada, Ramsés y su E. se dirigieron hacia Egipto acompañados según se dice por pitadas y silbidos a su paso por las ciudades de Canaán. Como para hacer más patente la evidente ventaja hitita, Muwatallish siguió al E. egipcio en su retirada y ocupó, aunque temporalmente, la provincia de Upe. Las noticias de Qadesh, del fracaso del E. egipcio y de la humillación del altivo faraón fueron suficientes para que todo Canaán se sublevara incluso hasta la entrada del E. en Egipto. A pesar de la posterior recuperación egipcia en los campos de batalla, las repercusiones de Qadesh tendrían como consecuencia que Ramsés

necesitara emplear muchos años para conseguir imponer de nuevo el dominio egipcio en Canaán y Siria.

Cuando finalmente Egipto y Hatti llegaron a un acuerdo en el 21 año del reinado de Ramsés, la distribución territorial obligó al Reino del Nilo a tener que resignarse a la pérdida definitiva de Amurru y Qadesh, y da sus aspiraciones al norte de Siria. Bajo la égida de Re y del Dios de la Tormenta de Hatti, el tratado debería ¡«...establecer una próspera paz y una excelente hermandad entre el gran rey, el rey de Egipto, y el gran rey de Hatti, su hermano, por siempre jamás!». Hasta la caída del imperio hitita en el año 1190, el tratado permaneció vigente y el Antiguo Oriente Próximo vivió ochenta años de paz y prosperidad extraordinarias.



◀ Fue en el 34 año del reinado de Ramsés cuando éste contrajo matrimonio con la hija de Hattushilish III, rey de Hatti como un signo de la estabilidad del acuerdo egipcio hitita; el faraón contaba más de cincuenta años de edad cuando tuvo lugar la unión matrimonial. Aunque no está claro que el rey hitita visitara Egipto en alguna ocasión, se le representa con sus manos levantadas en súplica junto a su hija mientras se acercan al faraón. En ningún momento los propagandistas reales dejaron de sugerir que el faraón no fuera el más grande gobernante. Ramsés evidentemente era muy feliz con su nueva esposa hitita: «su nombre (egipcio) fue proclamado como, «Reina Maat-Hor-Nefrure». ¡Viva la hija del Gran rey de Hatti y hija de la gran Reina de Hatti!». Egipto y Hatti permanecieron en paz hasta que los «Pueblos del Mar» asolaron la gran potencia del norte hacia el año 1190.

CRONOLOGÍA

A pesar del permanente debate concerniente a la fiabilidad de la cronología de este período, y cuya sustancia queda fuera de los límites de este libro, la que aquí se utiliza es la misma que la empleada por la *Cambridge Ancient History* (Historia Antigua de Cambridge). Esto permite una continuidad con la del título de *Imperio Nuevo Egipto*, del mismo autor. Los lectores deben tener en cuenta que mientras que aquí se fecha Qadesh en el año 1300, otros textos que emplean una fecha más «baja», lo sitúan aproximadamente en el año 1275.

Hacia 1674: Los invasores de Hicsos toman el control del Bajo Egipto y someten el resto del reino a vasallaje.

Hacia 1570: Amosis es coronado rey y establece la XVIII Dinastía Tebana. Continúa la guerra de «liberación» contra Hicsos.

Hacia 1565: Los invasores de Hyksos son finalmente arrojados de Egipto. El reino del Nilo se convierte tácitamente en dueño de Canaán y del Levante, llegando por el norte hasta el río Éufrates.

Hacia 1546-1526: Posible campaña militar en Siria de Amenophis I.

Hacia 1525-12: Tuthmosis I dirige su E. a Siria y combate contra las fuerzas del emergente Reino de Mitanni. Establece una *stela* en la orillas del Éufrates, que marca el punto más septentrional de la expansión egipcia en el Imperio Nuevo.

Hacia 1482-50: Tuthmosis III emprende diecisiete campañas en Canaán y Siria para imponer la ley egipcia. En su campaña del año 33, Tuthmosis invade el mismo Mitanni, infligiendo una gran derrota a esa potencia que eleva el prestigio y reputación del E. egipcio en el Antiguo Oriente Próximo a su cenit. Pero incluso antes de su muerte el poder del Reino del Nilo en Siria comienza a decaer ante un resurgimiento de Mitanni.

Hacia 1450-hacia 25: Amenophis II hace una campaña en el norte de Siria para restablecer el imperio egipcio, pero Mitanni consigue mantener el dominio en la región. El resurgir de Hatti propicia las conversaciones con Mitanni para establecer una duradera «hermandad» con Egipto.

Hacia 1425-17: El tratado entre Egipto y Mitanni se firma durante el reinado de Tuthmosis IV. Su pri-

mera consecuencia es la clara demarcación de sus respectivos imperios en la Siria central. Egipto renuncia a las pretensiones a sus antiguos territorios del norte. Estas fronteras son consideradas por Egipto como los verdaderos límites de su imperio en Asia. Siguen dos generaciones de paz.

Hacia 1380-50: Bajo el reinado de Suppiluliumas, y mediante dos grandes guerras, los hititas destruyen totalmente el reino de Mitanni y de su imperio en el norte de Siria. Egipto pierde Ugarit, Qadesh y Amurru y comparte ahora sus fronteras septentrionales con el imperio hitita.

Hacia 1320-18: La ascensión de Ramsés I al trono marca el comienzo de la XIX Dinastía y el compromiso para la recuperación de los territorios «perdidos» por Egipto en Siria.

Hacia 1318-04: Seti I comienza el proceso de recuperación de Qadesh y Amurru. Aunque este último territorio parece haber permanecido firmemente en el campo hitita, Qadesh es recuperada por última vez para Egipto por el nuevo faraón. Sin embargo, es recuperada de nuevo mediante tratado por Hatti antes incluso de la muerte de Seti.

1304-01: Ramsés II asciende al trono, pero hasta el año 1301 Benteshina, rey de Amurru, no repudia su tratado de vasallaje con Hatti y deserta a Egipto. Una rápida campaña efectuada por Ramsés en ese mismo año pasa Amurru al campo egipcio. Muwatallish, rey de Hatti, se prepara para la guerra.

LA BATALLA DE QADESH

Día 9, segundo mes de la estación de verano, año 5 (finales de abril del año 1300): El E. egipcio abandona Egipto comenzando su marcha hacia Qadesh a orillas del Orontes.

Día 9, tercer mes de la estación de verano, año 5 (finales de mayo del año 1300): Ramsés y el CE. avanzado de Amón acampan al sur de Qadesh. Sin que ellos lo sepan, el E. hitita está ya acampado en las inmediaciones. Los egipcios no saben de su presencia hasta el anochecer cuando exploradores hititas son capturados e interrogados. El faraón envía a su Visir para acelerar la llegada del E.

Día 10: El CE. de P'Re es atacado por un numeroso destacamento de reconocimiento hitita y disper-

sado mientras atraviesa la llanura de Qadesh en dirección al campamento de Ramsés y Amón. La fuerza de carros hitita ataca el campamento egipcio, atraída por el gran botín que hay en su interior. Ramsés consigue salvar la situación con un pequeño destacamento de carros. Tras forzar a los hititas a retirarse con grandes bajas, una fuerza hitita es enviada por Muwatallish al otro lado del Orontes para aliviar la presión de la primera fuerza. En el momento en que este segundo destacamento ataca el campamento del faraón se ven sorprendidos por el Naharin, una fuerza formada por carros egipcios y aliados. Los hititas se retiran dejando muchos muertos; otros se ahogan intentando cruzar el río. La llegada del CE. de Ptah a última hora del día aumenta la fuerza del E. egipcio en Qadesh. Cesa el combate.

Día 11: El faraón, dando un castigo ejemplar a aquellos que cree que han mostrado cobardía el día anterior, ejecuta a un gran número de soldados pertenecientes a los CEs. de Amón y P'Re en presencia de los hititas. La tregua ofrecida por Muwatallish es aceptada por Ramsés. El E. egipcio se retira a Egipto y los hititas ocupan la provincia de Upe. Prácticamente todo el imperio de Canaán y Siria se alza en rebelión al considerar Qadesh como una importante victoria hitita. Ramsés tarda muchos años en volver a imponer la ley egipcia en esos territorios.

Hacia 1283: Egipto y Hatti llegan finalmente a un acuerdo y establecen sus fronteras en Siria. Hatti retiene Qadesh y Amurru que permanecen dentro del imperio hitita hasta su caída, aproximadamente en el año 1190, a manos de «Los Pueblos del Mar».